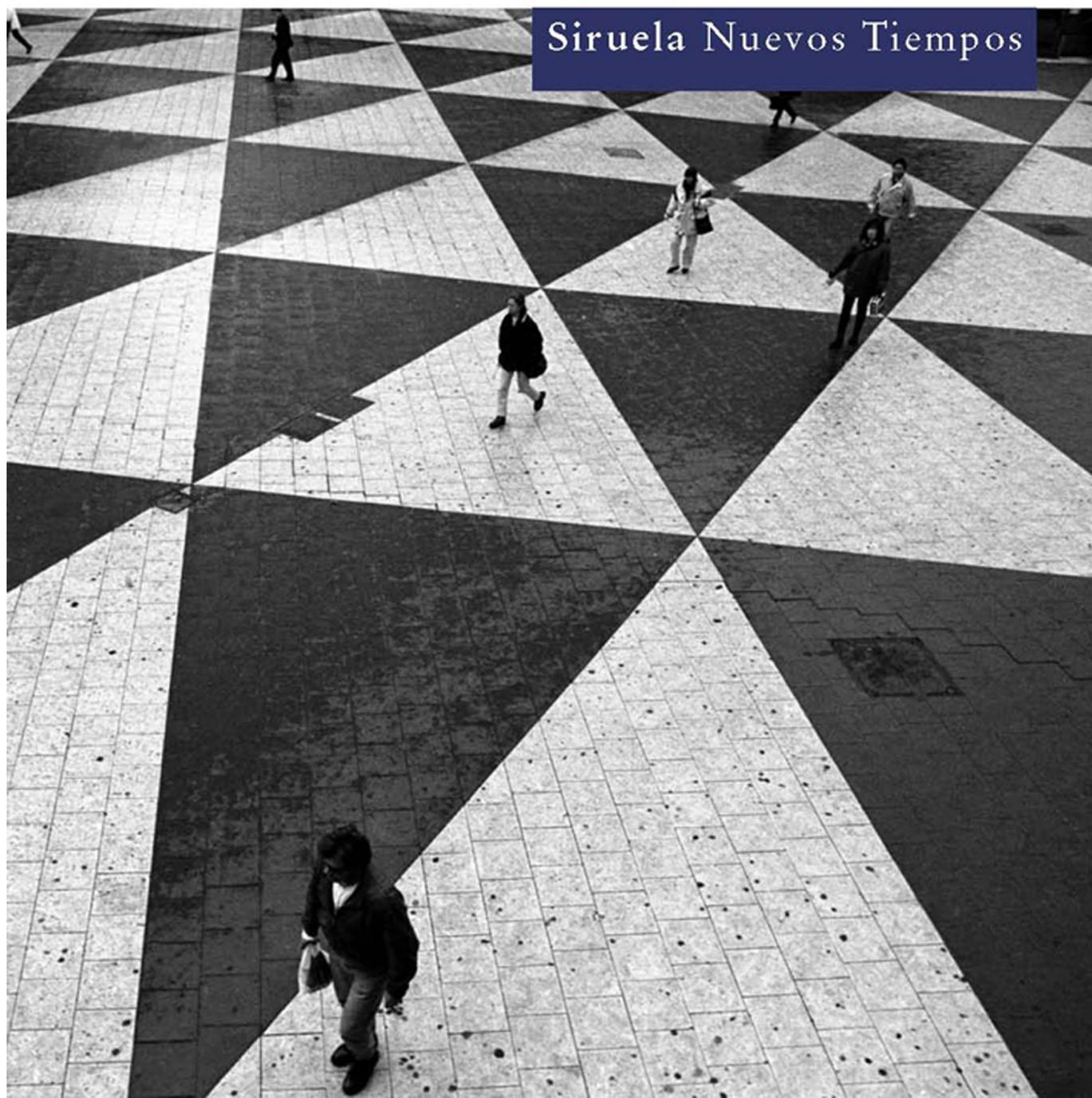


Philip y los otros

CEES NOOTEBOOM

Prólogo de Rüdiger Safranski



CEES NOOTEBOOM

Philip y los otros



Ediciones Siruela

CEES NOOTEBOOM

Philip y los otros



Índice

[Cubierta](#)
[Portadilla](#)
[Prólogo](#)
[Philip y los otros](#)
[Libro primero](#)
[Libro segundo](#)
[Epílogo](#)
[Créditos](#)

Cees Nooteboom

Philip y los otros

Prólogo de Rüdiger Safranski

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal y Pedro Gómez Carrizo

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Prólogo

Cees Nooteboom escribió la novela *Philip y los otros* en 1954, cuando tenía veinte años y, como él mismo dice, aún había visto poco del mundo. El libro causó entonces una gran sensación al mostrarse tan juvenil y romántico, indiferente a la tradición realista de la literatura neerlandesa.

Emanaba de este libro un hechizo que al parecer llegó hasta Rottweil, una pequeña población del sudoeste de Alemania. Yo también era joven en aquella época, estaba en el colegio; fue en 1962 cuando, en una pequeña librería, me tropecé con esta maravilla, que en la traducción entonces existente se titulaba *Das Paradies ist nebenan* [*El paraíso está aquí al lado*]. De inmediato tuve la sensación de que no era yo quien había encontrado un libro sino que el libro me había encontrado a mí. Seguramente eso es lo que ocurre cuando una experiencia de lectura tiene el poder de cambiar nuestro destino. Esta novela se convirtió en mi libro personal de culto. Se lo contagié a mis amigos y cada vez que me enamoraba de nuevo leía algo de él.

E. T. A. Hoffmann dijo una vez que nos gusta creer de los libros que amamos «que el buen Dios los hace brotar como si fuesen setas». Y es que esos libros nos arrebatan de tal manera que de buen grado damos por hecho que su autor ha desaparecido en ellos. De todos modos, en los años sesenta y setenta no supe más de Nooteboom. Así que supuse que había muerto. No importa –pensé–, un libro como éste vale por la obra de una vida.

Un día, en 1988, me dijo mi mujer que se iba a celebrar una lectura del *Paradies*: ¡resulta que Nooteboom vive, esta tarde viene a leer en la librería! Entretanto habían aparecido en Alemania *Rituales* y *En las montañas de Holanda*, pero yo no me había enterado. Así pues, me fui corriendo a la lectura, y cuando más tarde presenté al autor mi viejo y desgastado ejemplar del *Paradies* para que lo firmara, él sacó de su bolsillo mi biografía de Schopenhauer. Lo acababa de comprar en la librería, naturalmente sin conocerme. Aquella tarde comenzó nuestra amistad en la realidad, tras haber existido –por mi parte– desde hacía muchos años en la imaginación.

¿Qué clase de libro es éste en cuyo mágico efecto a distancia se cimentó nuestra amistad?

Cuenta cómo Philip cruza Europa haciendo autostop y se encuentra con personas raras en su búsqueda de una muchacha de rasgos orientales a la que jamás ha visto y a la que sólo conoce por los relatos de un monje fugado. Al final la encuentra, pero sólo para perderla. Un libro romántico para el que se eligió como lema «Sueño que sueño», de Paul Éluard. El relato se desarrolla aquí como el arte de aplazar el despertar. Triunfa el absolutismo de la poesía. La muchacha china narra en la narración del monje Maventer en la narración de Philip en la narración del joven Nooteboom...., narra –triplemente protegida de la realidad exterior al relato sus historias y a la vez traza un círculo en la arena, un recinto mágico donde «un insoportable delirio se apoderó del paisaje. Todas las cosas empezaron a respirar y a vivir en ella, era algo abrumador». Para el monje fugado Maventer acabará por ser demasiado, rompe el círculo mágico y la joven china sólo puede gritarle: «Tienes miedo porque tu mundo, el mundo seguro en el que eras capaz de reconocer las cosas, se ha esfumado, y ahora ves que las cosas son creadas de nuevo a cada instante y están vivas. Todos vosotros creéis que vuestro mundo es el verdadero, pero no es así; el mundo real es el mío, la vida que existe detrás de la primera realidad visible, una vida que es tangible, y que tiembla. Y lo que tú ves, lo que la gente como tú ve, está muerto».

Una despreocupada declaración de magia poética que no volveremos a encontrar en los posteriores relatos de Cees Nooteboom. La añoranza y el deseo de desaparecer en las imágenes de sí mismo se convierten luego en ironía, a través de la cual se relativizan mutuamente realidad y poesía. Podría decirse que en el autor moderno Nooteboom se ha cumplido una vez más el destino del romántico histórico: el vaivén entre nostalgia romántica e ironía asimismo romántica.

«Al dar una apariencia misteriosa a lo corriente, lo hago romántico», había dicho Novalis, descubriendo así el secreto de fabricación de todo el romanticismo. El romanticismo está enamorado de lo misterioso y de lo

maravilloso, pero también se da cuenta de que lo que tiene que hacer con este misterio y esta maravilla no es encontrarlos sino inventarlos. La ironía es la conciencia de que, cuando ingenuamente creemos haber encontrado algo, estamos inventando.

En *Philip y los otros*, el narrador no se comporta todavía de forma irónica sino melancólica en la interacción de encontrar e inventar. Él desea que la magia esté realmente en las cosas y en las personas y no sólo atribuida a ellas. Que la realidad detrás de la realidad tal vez solamente existe en nuestra imaginación es para él un dato decepcionante. Los románticos han interpretado esta tensión entre realidad e imaginación como la «duplicidad de todo ser», en expresión de E. T. A. Hoffmann, quien a menudo presenta figuras que no son totalmente compactas y por ello se escapan a lo imaginario. Con frecuencia les sucede, como al Philip de Nooteboom, enamorarse de una mujer de la que han oído hablar o cuyo retrato han visto. La manera en que Philip conoce a la muchacha china, a través de los relatos del monje fugado Maventer, para luego buscarla en la realidad, es un motivo romántico.

La «duplicidad de todo ser», la tensión entre fantasía y realidad, hace que la vida sea como andar por la cuerda floja. En cualquier momento podemos caer. O bien, lo que a pocos sucede, del lado del mundo hermético de la imaginación, de una locura poética, de un mundo cerrado de fantasía; nos ensimismamos en los mundos de nuestra imaginación e intentamos mantener fuera la realidad, trazamos un círculo mágico a nuestro alrededor, un sistema inmunológico que impida entrar a las exigencias de la realidad. O bien, lo que es más frecuente, caemos del lado del mundo igualmente hermético, sólo que mucho más limitado, de un comedido principio de realidad que no conoce nada más que la obligatoriedad del mundo exterior. Es la locura racional de la búsqueda de lo real.

Aquéllos se sumergen en la fantasía, éstos en la realidad. No soportan la tensión desgarradora entre fantasía y realidad, esa «duplicidad» que E. T. A. Hoffmann describió así: «Existe un mundo interior, y también la fuerza espiritual para contemplarlo con total claridad, en el fulgor más pleno de la vida más animada, pero es nuestra herencia terrenal que el mundo exterior que nos envuelve actúe como la palanca que pone en marcha esa fuerza. Las apariencias interiores brotan en el círculo que las exteriores forman en torno a nosotros y que sólo el espíritu es capaz de entrever en oscuros y misteriosos presentimientos».

La novela *Philip y los otros* está impregnada de la conciencia de esta «duplicidad»: ya se abandone la fantasía por la realidad, ya la realidad por la fantasía, la tensión permanece y se soporta con el sentimiento de la melancolía. El espíritu de esta novela es, de una manera amable, demasiado serio para conservar una plácida ironía ante tan dolorosas contradicciones.

El extraño tío, Antonin Alexander, con su gorrilla judía y las sortijas cuyo oro es cobre y cuyos rubíes y esmeraldas no son más que piedras rojas y verdes, este tío da al muchacho en su primera visita una lección que éste nunca olvidará: somos dioses malogrados, dice, «hemos nacidos para convertirnos en dioses y para morir; es una locura [...] siempre acabamos atascados en algún tramo del camino». El tío calla y, al cabo de un rato, se pone en pie y exclama: «Venga, vamos a celebrar una fiesta». Y entonces se celebra una de esas «fiestas» de las que la novela está sembrada como de flores.

¿Qué es una «fiesta»? Es un pequeño y discreto ritual que expresa los «misteriosos presentimientos» de los que habla Hoffmann, algo a un tiempo descomunal y tierno, elevado y sencillo, por ejemplo lo que desea Philip: «Ir en autobús al atardecer, o de noche [...]. Sentarme junto al agua, caminar bajo la lluvia y a veces besar a alguien».

Philip, pues, celebra la primera fiesta con su tío Antonin Alexander y la última con la joven china. En Nyhavn, junto a Copenhague, los dos suben a una barca por la noche. Se dan nombres nuevos y reciben a su séquito, compuesto por los poetas y compositores a los que aman. Al final los rodean varias barcas con caballeros de la Antigüedad a bordo, una pequeña orquesta, aquí y allá se descubre a los pelirrojos Vivaldi y Scarlatti con sus pelucas plateadas a la luz de la luna. Cuando la música deja de sonar, se oye el murmullo de los hombres que están en las barcas, «y al rayar el alba, cuando la ciudad empezó a palidecer, partieron los botes y nosotros regresamos, caminando al filo del agua hasta donde estaba la gente».

¿Cuánta realidad hay en esas «fiestas»?

En esta primera novela, las «fiestas» son disposiciones que viven por la fuerza de la fantasía y, por así decirlo, son recortadas de la cotidianidad habitual. El círculo que la muchacha china traza a su alrededor en la arena es símbolo de ello.

Pero la imaginación puede ser más poderosa todavía; no se limita a trazar su círculo mágico sino que contagia a la realidad de tal modo que al final lo imaginado y lo soñado son algo que no se puede zandar sin causar el

derrumbamiento de la realidad. Este descubrimiento determina la obra posterior de Nootboom. ¿Cómo iban las personas reales, pregunta en un ensayo sobre *La ficción europea*, «a hacer comprensibles unas a otras los problemas de su breve y efímera vida, si no dispusieran de las palabras clave que las personas imaginarias les presentan continuamente en la forma de sus nombres? ¿Se podría aún hablar de duda sin despertar a Hamlet de su sueño, sería posible aún aludir a ciertas formas de promiscuidad si Don Juan no estuviera dispuesto a hacer horas extraordinarias noche y día, no está Josef K. detrás de todos los periodistas de tercera que se sienten obligados a decir algo sobre la burocracia o el terror del Estado totalitario?».

Efectivamente: no podemos separar nuestra naturaleza de nuestra cultura. Lo que experimentamos y hacemos, también la relación personal con uno mismo, se mueve en el horizonte de las grandes invenciones cuya influencia sobre nosotros tomamos por nuestro yo. Hasta hace poco todavía citábamos el invento mítico de Edipo para dar forma a nuestras oscuras obsesiones y complejos, y nunca llegaremos a saber si el complejo de Edipo habría existido sin Edipo. No sólo en el alma, también en la política domina la invención. El socialismo realmente existente o el fascismo fueron unas invenciones grandes y atroces, unos mitos que organizaron y sojuzgaron a la realidad. Allá donde levantemos la vista, nada más que imaginaciones. Y ¿en qué mundo viven aquellos que se pasan de la mañana a la noche sentados delante de la pantalla? ¿Cuán real es la realidad en la época de la telecomunicación? El universo de las invenciones se amplía y es probable que, mientras tanto, la capacidad inventiva de la poesía haya venido a hallarse por ello en una situación más difícil, porque se encuentra con una competencia aplastante aunque trivial.

Cuando Nootboom, en su libro sobre España *El desvío a Santiago*, reflexiona sobre Cervantes, recuerda la época heroica de la poesía, cuando ésta era todavía sin discusión la reina del mundo de las invenciones. Cuenta que quiere seguir las huellas de Cervantes, pero que siempre se ve conducido a las huellas de don Quijote, Dulcinea y Sancho Panza, como si fuesen éstos y no Cervantes los que vivieron realmente. Sea como fuere, conocemos el semblante de don Quijote pero no el de Cervantes, y aún hoy se puede visitar la casa de Dulcinea con su mobiliario, amorosamente conservado. «Para alguien cuya vida es escribir, un momento memorable. Entrar en la auténtica casa de una persona que jamás ha existido no es ninguna bagatela».

Don Quijote, como es sabido, se dejó engañar por su imaginación: creyó que los molinos de viento eran gigantes. Sin embargo, como este caballero de la triste figura ha llegado entretanto a ser más real que su inventor, la imaginación ha triunfado al final. Como héroe de la imaginación, a don Quijote se le ha hecho justicia tras un rodeo por la historia de la repercusión de la obra: eran gigantes y no molinos. Y él ha vencido.

Esas ideas desarrolla un Nootboom que en el ínterin ha pasado al otro lado del romanticismo, de la melancolía a la serena ironía.

*

Así era cuando lo conocí personalmente. Sin embargo, me sorprendió el distanciamiento con que hablaba de su primer libro. Lo describió como «un libro excesivamente efusivo». Sentí la necesidad de defender al libro contra su autor. Como luego supe, le ocurrió algo similar con los estudiantes de Berkeley: «Estaban verdaderamente enfadados conmigo», me explicó, «y de pronto tuve la sensación de que el joven escritor de antaño estaba entre ellos y se había aliado con ellos contra mí, el viejo escritor».

¿Qué había sucedido entretanto? Nootboom me contó cómo le vino la idea de este libro y cuál fue el resultado.

Había abandonado prematuramente una escuela conventual católica –por eso rondan por sus relatos monjes fugados y no fugados y de ahí también el juego con la metafísica–; no «encajaba», como él dice, el ceremonial le atraía pero no el dogma. Ganó su primer dinero trabajando en un banco de Hilversum. Después de un viaje por Francia haciendo autostop, en 1953, escribió de un tirón el primer capítulo de *Philip y los otros*. Un editor mostró interés y le dio un anticipo. Pudo por fin escribir la novela, que causaría sensación en Holanda.

Con este «libro inocente» se convirtió, pues, Cees Nootboom en escritor. Ya algo famoso y elogiado anduvo por Amsterdam, un «dandi sin dinero», dice, con chaqueta de terciopelo, bufanda multicolor y bastón. Pronto puso pies en polvorosa; en cierto modo sigue los pasos del héroe de su novela, pues, por una muchacha de Surinam, se enrola como marinero y navega al Caribe, escribe poemas, reportajes, relatos breves. Pero este primer libro poéticamente ligero pesó mucho sobre él. Traté de entenderlo: la publicación puede ser también una especie de desposeimiento. Lo que antaño salió de uno viene ahora a su encuentro desde fuera, como obligación

de escribir simplemente porque antaño empezó a hacerlo. El embrollado tráfico de frontera entre literatura y mentira, la autoadministración de las obsesiones propias. Sea como fuere, Cees Nootboom tuvo que liberarse de esta primera novela escribiendo en 1963 otra cuyo tema es, sin tapujos, el hastío de la literatura: *El caballero ha muerto*. Una «despedida de la literatura» denomina Nootboom a esta novela, «pensé: ahora está dicho todo, ya no puede ser».

Lo que ya no podía ser era escribir novelas, y así fue durante diecisiete años. Pero en su lugar publicó poemas y sobre todo libros de viajes de carácter poético, un género al que dotó de nuevo esplendor.

Con su despedida temporal de la novela había establecido una distancia que le hacía falta para poder volver a la novela con una ligereza, una sabiduría e incluso una ironía nuevas. Cuando todo está dicho es posible intentar decir lo que con ello se ha dicho en realidad. En 1980 apareció *Rituales*. En Holanda se habló entonces de la vuelta del novelista Cees Nootboom. Esta novela, cuyo arte comparó Mary McCarthy con el de Nabokov, tiene también para el propio Nootboom la importancia de un *opus magnum*. Su plan originario era más extenso. El relato *Una canción del ser y la apariencia* formaba parte de él, así como muchas otras cosas que suprimió. Entre la temprana genialidad de *Philip y los otros* y *Rituales*, veinticinco años posterior, hay una ruptura, pero también continuidad. La ruptura se expresa en la actitud: la añoranza y la melancolía no han desaparecido del todo, sino que se han retraído. La continuidad se deja ver en el tema del ritual. La primera novela celebraba el ritual de la fiesta poética. Ahora se cuenta que en nuestros días hay gente que extrae de la vida, y las fortifica, unas islas de trascendencia –eso son exactamente los rituales– contra el tiempo, ya corra veloz o fluya perezosamente, que todo lo absorbe. Lo que ocurre siempre en esta novela –una especie de murmullo básico de la existencia, ante el cual se destacan las diferentes melodías de la vida– sigue siendo siempre audible. La novela es una variación sutil y narrativamente virtuosista sobre el tema del ser y la nada.

En el sur de Marruecos, al borde del desierto, en cierta ocasión –me contó Nootboom– se sintió invadido por un terrible pavor que le siguió afectando durante muchos años: el repentino terror de pensar que nos agitamos en un vacío sin límites. Diminutos, insignificantes y sin embargo, de un modo escandaloso y ridículo, persuadidos de nuestra propia importancia.

En *Philip y los otros* se nos arrastra a las tiernas y frágiles fiestas, se nos permite participar en ellas por un instante, cuando el cielo y la tierra se tocan. En *Rituales*, sin embargo, somos espectadores del juego desde fuera, una galería de interpretaciones del absurdo más o menos forzadas. En el «hermoso y vacío universo», uno, enemistado con el resto del mundo, se aferra a su pequeño yo, se encierra en un extraño ritual que debe desafiar al tiempo que pasa. Una defensa contra la exigencia del mundo. Otro quiere liberarse de su individualidad, busca el vacío, el Tao. Una defensa contra la exigencia de tener que ser yo. Una taza de té vacía no está aún lo bastante vacía, él la rompe y luego se mata. El narrador ficticio es alguien que empieza a vivir sobreviviéndose a sí mismo. Así que se pasea por el escenario de Amsterdam de los años setenta, observa los rituales de los demás, siente la atracción que emanan y el deseo de resistirse a ella. Desde luego *Rituales* no es un libro excesivamente efusivo, pero hay en él pasajes en los que uno quiere apostar a que dentro de un momento va a reaparecer Philip con su muchacha china.

Para mí, en todo caso, este Philip de la primera novela mágica aún no ha muerto. Lo veo rondar todavía por la obra de Nootboom, sobre todo allí donde haya juegos, rituales, fiestas; es un aparecido. Desde luego, se ha hecho mayor, tiene la edad, por ejemplo, del narrador de la novela *En las montañas de Holanda*. Éste se ha apretujado en un banco del aula vacía, ha puesto por escrito su narración y ahora teme que los niños puedan volver de improviso del recreo y ver allí sentado al infectado por la edad, «que quizá ya huele un poco a muerte» y precisamente por eso quiere vivir en un mundo «en el que las reglas generales de los mayores aún no tienen validez, en el que la existencia aún no es historia cierta, un mundo en el que aún está todo por suceder».

El narrador sale al patio de la escuela. En él los niños han dibujado en el suelo con tiza las cuatro esquinas del juego del cielo y el infierno. Alfonso Tiburón de Mendoza, así se llama el narrador, ya no sabe exactamente cómo se juega a este juego. Empieza a saltar, entre el cielo y el infierno, con la gozosa sensación de poder seguir urdiendo infinitamente una historia finita.

Sí, quiere escribir sobre Dios alguna vez, dijo Nootboom una tarde de domingo mientras estábamos sentados en la arena brandenburguesa hablando de su primera novela. Y al decirlo guiñó los ojos, no sé muy bien si por el sol o por la ironía.

Rüdiger Safranski

(trad. del alemán de María Condor)

Philip y los otros

Ces povres resveurs, ces amoureux enfants.

Constantijn Huygens

Je rêve que je dors, je rêve que je rêve.

Paul Éluard

Libro primero

1

Mi tío Antonin Alexander era un hombre extraño. Cuando lo vi por primera vez, yo tenía diez años y él unos setenta. Vivía en el Gooi, en una casa fea e inmensamente grande, abarrotada de muebles rarísimos, inútiles y horribles. Yo era aún muy pequeño y no llegaba al timbre. No me atrevía a golpear la puerta ni a hacer sonar la tapa del buzón, como hacía siempre en todas partes, así que, como no sabía qué hacer, decidí dar una vuelta alrededor de la casa. Mi tío Alexander estaba sentado en un sillón desvencijado, de terciopelo morado, raído y cubierto con tres tapetes amarillentos. Era en verdad el hombre más extraño que jamás había visto. Lucía un par de anillos en cada mano, y sólo al cabo de seis años, cuando fui a su casa por segunda vez, entonces para quedarme, advertí que el oro de los anillos era cobre y que las piedras rojas y verdes («Tengo un tío que lleva rubíes y esmeraldas») eran de cristal de colores.

–¿Eres Philip? –preguntó.

–Sí, tío –respondí a la figura del sillón. Tan sólo le veía las manos, la cabeza permanecía en la sombra.

–¿Traes algo para mí? –volvió a decir la voz. Yo no había traído nada y contesté:

–Me parece que no, tío.

–Deberías haber traído alguna cosa ¿no crees?

Creo que aquel comentario no me sorprendió. Tenía razón: una visita debía traer algún regalo. Solté mi maletita y regresé a la calle. Había visto unos rododendros en el jardín vecino al de mi tío, así que con gran cuidado, atravesé la verja y corté unos cuantos con mi navaja.

Me encontraba por segunda vez firme frente a la terraza:

–Le he traído flores, tío.

Se puso en pie y pude contemplar su rostro por primera vez.

–Muy agradecido –hizo una leve reverencia–. ¿Y si celebramos una fiesta?

Sin esperar mi respuesta, me llevó de la mano hacia el interior de la casa. En algún lugar encendió una pequeña lámpara que inundó de una luz dorada la singular estancia. En mitad de aquella sala se apiñaban varias sillas y arimados a las paredes había tres sofás, ocultos bajo un montón de suaves almohadones de color beige y gris. Contra la pared, cuyas puertas daban a la terraza, había una especie de piano, un clavicordio, según supe más tarde.

Me hizo dirigirme hacia un sofá y exclamó:

–¡Échate y coge tantos cojines como quieras!

Él se tendió en el sofá situado en la pared de enfrente, y entonces dejé de verlo, pues me lo impedían los altos respaldos de las sillas que había entre ambos.

–Tenemos que celebrar una fiesta –dijo–. ¿Qué es lo que más te gusta hacer?

A mí me gustaba leer y mirar láminas, pero pensé que ésas no eran cosas de fiesta, así que me callé y reflexioné un instante antes de contestar:

–Viajar en autobús al atardecer, o por la noche –esperé una señal de aprobación, que no se produjo, y continué–: Sentarme junto al agua, caminar bajo la lluvia y a veces besar a alguien.

–¿A quién? –me preguntó.

–A nadie en particular –afirmé, aunque no era cierto.

Lo oí levantarse y aproximarse a mi sofá.

–Vamos a celebrar una fiesta –me dijo–. Primero iremos hasta Loenen en autobús, y después de vuelta hasta Loosdrecht. Allí nos sentaremos junto al lago y a lo mejor nos tomamos algo. Después volveremos a coger el autobús de regreso a casa. ¡En marcha!

Así aprendí a conocer a mi tío Alexander. Tenía un rostro macilento y ajado, cuyas arrugas caían en vertical.

Su nariz era hermosa y estrecha; y sus pobladas cejas, negras y encrespadas, como el plumaje de los pájaros viejos.

Tenía mi tío Alexander una boca ancha y rosada, y solía cubrirse con un casquete judío, aunque él no lo era, y creo, sin estar seguro, que no tenía pelo bajo la gorreta. Aquella noche celebré la primera auténtica fiesta de mi vida.

Apenas había nadie en el autobús y pensé: un autobús por la noche es como una isla en la que vives casi en soledad. Puedes ver tu cara reflejada en los cristales y distinguir las conversaciones de la gente, como suaves matices, por encima del ruido del motor. Las pequeñas luces amarillas alteran los objetos de dentro y de fuera, y el níquel de las ventanillas vibra por los guijarros de la carretera. Como hay tan poca gente el autobús apenas se detiene. Puedes entonces imaginarte su aspecto desde fuera, avanzando a lo largo el dique con sus grandes ojos delante, los rectángulos amarillos de las ventanas y las luces rojas detrás.

Mi tío Alexander no se sentó a mi lado, sino en el extremo opuesto, porque según me confesó, «si hay que hablar entre nosotros, ya no es una fiesta». Y es cierto. Veía su imagen reflejada en la ventana, detrás de mí, y aunque parecía dormir, sus manos se deslizaban de un lado a otro sobre el maletín que llevaba consigo. Me habría gustado preguntarle por el contenido del maletín, pero supuse que no me lo diría.

Nos apeamos en Loosdrecht y caminamos hasta llegar al lago. Allí mi tío Alexander abrió el maletín y extrajo de él un resto de lona vieja que extendió sobre la hierba, porque estaba muy mojada. Nos sentamos de cara a la luna, que rielaba sobre las aguas, ante nosotros, con verdes destellos. Oíamos a las vacas deambular por el prado, al otro lado del dique. Hebras de vapor pendían sobre el lago y extraños ruidos llenaban la noche, así que al principio no advertí que mi tío parecía estar llorando en silencio.

Le pregunté:

—¿Llora usted, tío?

—No, no estoy llorando —me contestó de un modo que supe con toda seguridad que sí estaba llorando. Entonces quise saber por qué no se había casado.

—Sí me he casado —respondió—. Estoy casado conmigo mismo —se interrumpió para echar un trago del botellín plano que guardaba en el bolsillo interior (en la etiqueta ponía Courvoisier, que yo por entonces no sabía cómo pronunciar)—. Sí estoy casado. ¿Has oído hablar de las metamorfosis de Ovidio?

Nunca había oído hablar de ellas, pero tío Alexander me dijo que no importaba, pues en realidad no tenían demasiado que ver con lo que me estaba contando.

—Yo me he casado conmigo mismo —repitió—. No conmigo tal como era al principio, sino con un recuerdo que se ha convertido en mi propio yo. ¿Lo entiendes?

—No, tío.

—Bien —concluyó; entonces tío Alexander me preguntó si me gustaba el chocolate, y como no me gustaba, se puso a comer él solo las tabletas que había traído para mí.

Juntos doblamos la lona hasta convertirla de nuevo en un pequeño rectángulo y la metimos en el maletín. Regresamos a la parada del autobús paseando por el dique, y cuando llegamos a una zona habitada, sentimos el aroma del jazmín y el suave restallar del agua contra los botes de remo junto al embarcadero. En la parada de autobús vimos a una joven que vestía un abrigo rojo despidiéndose de su amigo. Ví cómo pasaba su mano, con movimiento ligero, alrededor del cuello del muchacho, para atraer el rostro de él hacia su boca. Lo besó en los labios, con un beso rápido, y corrió a subirse al autobús. Cuando entramos nosotros, la joven era ya otra persona. Mi tío Alexander se sentó junto a mí y así supe que la fiesta había finalizado. En Hilversum el conductor lo ayudó a descender del autobús, porque se había cansado mucho y parecía muy viejo.

—Esta noche voy a tocar algo para ti —me dijo, pues había anochecido y la calle estaba muy silenciosa.

—¿Tocar algo? —pregunté sin recibir respuesta. De hecho había dejado de prestarme atención, ni siquiera estaba pendiente de mí cuando, de nuevo en casa, entramos en el salón. Se sentó al clavicordio mientras yo permanecía de pie a su espalda, observando sus manos al dar dos vueltas de llave y levantar la tapa a continuación.

—Partita —dijo—. Sinfonía —y empezó a tocar. Nunca antes había oído una música semejante y pensé que sólo mi tío era capaz de tocar así. Sonaba como a tiempo pasado, y cuando volví a tenderme en mi sofá, me pareció muy lejana. Podía ver toda suerte de cosas en el jardín, y era como si todo aquello formara parte de la música y de la suave respiración de mi tío Alexander.

Cada cierto tiempo soltaba alguna exclamación: «¡Zarabanda! —decía de repente—. ¡Zarabanda! —y luego—: ¡Minueto!».

El salón se llenó de aquel sonido. Yo deseaba que nunca dejase de tocar, acaso porque presentía que estaba a punto de hacerlo. Cuando dejó de tocar, lo oí respirar fatigosamente, pues ya era un hombre viejo. Se quedó quieto por un instante, luego se levantó y se volvió hacia donde yo estaba. Sus grandes ojos, de color verde oscuro, centelleaban. Agitando sus grandes manos blancas se dirigió hacia mí:

–¿Por qué no te levantas? Hay que levantarse.

Obedecí y me aproximé.

–Te presento al señor Bach –dijo.

Yo no veía a nadie, pero él seguro que sí, a juzgar por su modo extraño de reír al presentarme, y dijo:

–Éste es Philip, Philip Emmanuel.

Hasta ese momento ignoraba que me llamase Emmanuel; más tarde me contaron que cuando nací, tío Alexander había insistido en que me pusieran ese nombre, por ser el de uno de los hijos de Bach.

–Dale la mano al señor Bach –me dijo–. Vamos, dale la mano.

Creo que no sentí miedo. Tendí la mano en el salón y simulé estar saludando a alguien. De pronto vi en la pared el grabado de un hombre gordo con abundantes rizos que me miraba amablemente, pero desde muy lejos. Debajo había escrito «J. S. Bach».

–Así está bien –dijo mi tío–. Muy bien.

–¿Puedo acostarme ya? –pregunté, porque estaba muy cansado.

–¿Acostarte? Sí, por supuesto. Tenemos que ir a dormir –me condujo a una pequeña habitación con un papel estampado de flores amarillas y una antigua cama de hierro con dos bolas de cobre–. Hay un orinal en el armario gris –dijo al irse. Me dormí en el acto.

Por la mañana me despertó el calor del sol a través del cristal de la ventana. Me quedé inmóvil ante la multitud de objetos que llamaban la atención. A mi lado, sobre el armario gris, vi los rododendros que había cortado para mi tío Alexander la tarde anterior. No estaban allí cuando me acosté, de eso estaba seguro; mi tío Alexander debió de haberlos colocado durante la noche, mientras yo dormía. En la pared colgaban cuatro cosas.

Una de ellas era un trozo de periódico, limpiamente recortado y fijado a la pared con cuatro chinchetas de bronce. Estaba completamente amarillento, pero aún podía leerse bien. Decía: «Lista de salidas y posiciones de barcos – 12 de septiembre de 1910». A su lado colgaba un antiguo grabado montado en cristal y con un marco laqueado en negro. Entre la lámina y el cristal se había metido mucho polvo que difuminaba los colores. «Return from school» decía, y mostraba a un muchacho en pantalón corto y con sombrero de ala ancha saltando de un coche tirado por dos caballos y corriendo hacia su madre, que lo esperaba junto a la puerta con los brazos abiertos. En el jardín de la casa crecían unas flores grandes, amarillas y azules, de una clase que yo nunca había visto en la realidad.

De la otra pared colgaba un diploma de natación: «Modalidad de braza y espalda, Clase A». Alguien había escrito sobre él, con afiladas letras de imprenta: «Otorgado a Paul Sweeloo». Justo encima, montada sobre cartón y ya amarillenta, pendía la fotografía de gran tamaño de un niño de rasgos orientales, con unos ojos enormes y el pelo cortado en flequillo sobre la frente, como el mío.

Salí despacio de la cama para ir al piso inferior. La pequeña habitación daba a una espaciosa antesala llena de puertas. Me dediqué a escuchar tras cada una por si mi tío Alexander se hallaba en alguna de ellas; traté incluso de espiar por el ojo de la cerradura, pero no pude ver nada. Bajé las escaleras con ambas manos en las barandillas y miré en el vestíbulo. La casa estaba tan silenciosa que sentí un poco de miedo. No podía recordar cuál de las puertas era la de la noche anterior, por ello cogí mi navaja, la abrí y la puse plana sobre el parquet del recibidor. Después la hice girar muy rápido y esperé a que se detuviera. Había puertas por todas partes y yo entraría por cualquiera que señalase la punta de mi navaja.

Resultó ser la puerta del salón de los sofás. Al presionar suavemente el tirador hacia abajo, la puerta quedó entreabierta y oí dormir a mi tío Alexander. Estaba tumbado en el sofá, aún vestido, con la boca abierta y las rodillas algo flexionadas. Los brazos le colgaban con lasitud de modo que las manos rozaban el suelo. Ahora que podía observarlo detenidamente, reparé en que llevaba puesta una chaqueta negra y pantalones a rayas sin dobladillo, ese tipo de prenda que los hombres llevan en las bodas, cuando asisten a un funeral o cuando son muy viejos, como mi tío Antonin Alexander.

Como temía que se despertara, volví a cerrar la puerta con delicadeza, tratando de no hacer ruido con la cerradura, y regresé a mi habitación en el piso superior. Allí vi los libros, los libros de Paul Sweeloo. No eran muchos y, por aquel entonces, yo aún no era capaz de leer el título de la mayoría de ellos, pero al cabo de seis

años, un día que volví a dormir en la misma habitación, los anoté. El primero de la fila era *Deutsches Jahrbüchlein für Zahnärzte*, 1909. Sobre las guardas había escrito: «Para Paul Sweeloo, de...», pero no pude leer el resto. Al lado había un volumen de las obras completas de Bilderdijk: «Para Paul Sweeloo de parte de Alexander, tu amigo». Me pareció extraño encontrar aquel libro allí, porque pensé que si regalas un libro a alguien, está claro que no te lo quedas tú mismo. El siguiente era *Kritik der reinen Vernunft*, de Immanuel Kant, «Para Paul Sweeloo, con todo el afecto de...» y tampoco pude leer el nombre.

Y así iban sucediéndose: *Histoire de la Révolution Française*, siete volúmenes, de Michelet; *The Great Ages of Architecture*, de Henri Eevers; *Le rouge et le noir*, de Stendhal; las *Letters* de Conrad Busken Huet, editadas por su esposa e hijo; y finalmente un librito muy antiguo, *Dell'Imitazione di Christo* de Tommaso da Kempis. En cada libro, invariablemente, había escrito «Para Paul Sweeloo», pero los nombres que seguían a «de parte de...» eran ilegibles.

Dirigí mis ojos hacia el retrato, como pidiendo ayuda, pero el muchacho de piel morena me miraba de un modo extraño. Súbitamente comprendí que estaba espiando entre sus libros: ¿Eres tú Paul Sweeloo?, me pregunté, al tiempo que colocaba de nuevo los libros en el anaquel con sus lomos formando una hilera exacta. Una vez ordenados noté que un grueso polvo gris me cubría las manos.

Sobre el estante inferior de la librería había una caja grande y, dado que, al estar agachado, no alcanzaba a ver el retrato, levanté con cuidado la tapa. Era un gramófono. Aún tenía un disco puesto: «Die Gralserzählung», aria de *Lohengrin*, de Richard Wagner. En el lateral había una manivela que se debía hacer girar para que sonara la música. Desempolvé el disco con mi pañuelo y empecé a darle vueltas a la manivela. La música sonaba estridente y retumbaba tanto que tomó posesión de la habitación como si yo ya no estuviera allí. No pude oír los pasos de mi tío Alexander hasta que llegó junto a la puerta. Todavía caminaba apresuradamente, respirando con dificultad, cuando gritó: «¡Quita ese disco! ¡Quítalo!».

Me aparté a un lado y con un gesto tan salvaje como atemorizado empujé el pesado brazo del gramófono, de modo que la aguja cruzó el disco con un arañazo y la música chirrió hasta detenerse bruscamente.

Mi tío aguardó un instante para recuperar el aliento, luego asió el disco con sumo cuidado, casi tímidamente, y se lo llevó a un rincón.

«Se ha rayado –murmuró–. Ahora está rayado.»

Y como si de polvo se tratara intentó quitar los rasguños con la manga de la camisa. Yo extraje la manivela del lateral y la metí en la caja. Luego bajé las escaleras.

Había dos niños jugando en la calle. Desde la terraza oí que gritaban: «¿Quién quiere jugar a las brujas? ¿Quién quiere jugar a las brujas?».

Podía verlos con claridad por entre los setos, tras la verja. Había una niña de tez morena y cabello largo y rubio, llevaba un vestido azul celeste sin mangas. El niño era menudo y tenía la cara enjuta, de viejo, y los ojos grises. Cojeaba.

Cuando la niña se aproximó a la parte de la verja donde me ocultaba, salí de detrás de los setos y le dije:

–Me gustaría jugar con vosotros, pero no me sé el juego.

–¿Y tú quién eres? –preguntó ella.

–Soy Philip Emmanuel.

–Vaya nombre más raro –dijo el niño, que se había acercado–. Y no juegas con nosotros porque tienes pelo de niña.

–No es verdad –repliqué–. Porque soy un niño.

–Sí que es verdad –insistió, y empezó a cantar como gimoteando–:

Philip tiene pelo de niña,
Philip está looo-co,
Philip no va a jugar con nosotros...

–No seas bobo –terció la niña–. ¡Para ya! Puede jugar si quiere.

–¡No puede!

–¡Vete de aquí! –le dijo al niño, y a mí–: ¿Te vienes?

–¿Adónde? –pregunté.

La niña arqueó tanto las cejas que sus ojos se hicieron enormes al responder:

–¡Pues a África, por supuesto!

–Pero si eso está muy lejos.

–¡Oh qué tonto! –exclamó el niño–. África no está nada lejos, está a la vuelta de la esquina, en la otra calle.

–¡Cierra la boca! –cortó ella– ¡Estúpido bocazas! –y dirigiéndose de nuevo a mí–: ¿Te vienes?

Salté la verja, caminé junto a la niña y abandonamos la calle.

–¡Si él viene yo no voy! –gritó el niño aún enojado–. ¡Porque tiene el pelo de niña y ni siquiera sabe dónde está África!

«Yo no tengo pelo de niña –quise protestar–, y sé muy bien dónde está África: a la vuelta de la esquina, en la otra calle», pero ella zanjó:

–Viene conmigo.

Y nos marchamos juntos. El niño se quedó quieto junto a la verja y de pronto empezó a dar voces:

–¡Philip sale con Ingrid! ¡Philip sale con Ingrid!

No miramos atrás pero yo le pregunté:

–¿Es verdad eso?

–No lo sé –dijo–. Me lo tendré que pensar. Aquí está África, a la vuelta de la esquina.

Era una parcela de tierra en la que pronto iban a construir casas, según anunciaba un gran letrero: «construcción de casas en venta». Ingrid le lanzó un escupitajo al letrero:

–¡Letrero de mierda!

La tierra estaba llena de hoyos y había un gran charco en el que crecían unas plantas viscosas de color verdoso. A cada trecho te encontrabas con montones de grava, había un pequeño montículo de una arena fangosa y amarillenta –creo que era arcilla–, mucha maleza, una hierba alta y puntiaguda por donde asomaban acantos y botones de oro. Ingrid me precedía avanzando por un estrecho sendero a través de África y con un palo le iba dando a las hojas secas de los matorrales, de donde salían zumbando los moscardones. Nos sentamos en un descampado:

–¿Tienes provisiones? –me preguntó. Yo por supuesto no llevaba nada–. Pues entonces lo primero que hemos de hacer es conseguir unas cuantas –determinó ella, y descendimos por otro sendero hasta llegar a las casas.

–En esa tienda de ahí –dijo Ingrid– no venden regaliz suelto, sólo en rollos. Tienes que preguntarles si venden regaliz suelto.

–¿Por qué, si ya sabes que no?

–No pienso decírtelo –contestó ella–. Si te lo digo no te atreverás a hacerlo.

–Y tanto que me atreveré –protesté–. ¿Si lo hago seré tu amigo?

Asintió con la cabeza.

Entramos en el establecimiento y al sonido de la campanilla se asomó una señora gorda envuelta en una lustrosa gabardina negra.

–Por favor, señora, ¿tiene usted regaliz suelto? –pregunté, y no tenía.

En cuanto estuvimos fuera Ingrid echó a correr. Cuando doblamos la esquina se detuvo y exclamó:

–¡Mira! –entreabrió el puño con cuidado para que yo pudiese ver en su interior. Tenía las manos llenas de pasas, que ahora deslizaba cuidadosamente en el bolsillo de su vestido.

–Ahora soy tu amigo –tomé de la mano a mi amiga Ingrid para regresar cogidos a África. Nos comimos las pasas en la colina amarilla, desde donde podíamos divisar toda África, hasta sus confines.

Mi amiga Ingrid no dijo nada más, pero empezó a mirarme. Movía la cabeza muy despacio de manera que su cabello se mecía dulcemente hacia delante y hacia atrás, rozándole los brazos. Parecía como si sus ojos no participasen en el movimiento. Yo también la miré fijamente, entonces señalé con el dedo a la derecha:

–Eso de ahí es un rosal silvestre.

Pero mi amiga seguía en silencio, observándome. En ese momento oímos un timbre a lo lejos. Ingrid se puso en pie y yo después.

–Es el timbre de nuestra casa –dijo, y en seguida–: Sí, quiero salir contigo –y con la boca abierta me dio un beso fugaz que humedeció mis labios y me hizo sentir sus dientes. En seguida echó a correr a toda prisa. Yo no me fui hasta que pasó un rato. Encontré fácilmente el camino de vuelta porque Ingrid había ido arrancando hojas y trozos de arbusto a todo lo largo de los jardines.

En casa de mi tío, pinchada sobre la cancela, había una nota. La desplegué y leí: «Tu tío es un marica». En ese instante vi que tío Alexander se aproximaba, y estrujé el papel en mi bolsillo.

–¿Dónde has estado? –me preguntó.

–En África, tío, con mi amiga Ingrid.

–Ha llegado la hora de tu tren –dijo–. Aquí tienes tu maletita –y desapareció por el jardín.

Fue durante la misma estación, pero al cabo de seis años, cuando fui a ver por segunda vez a mi tío Antonin Alexander, entonces para quedarme. Ahora ya llegaba al timbre, pero como pensé que seguramente mi tío estaría descansando en la terraza, me dirigí a la parte trasera de la casa. Lo primero que vi fueron sus manos.

–¿Eres tú, Philip? –preguntó.

–Sí, tío.

–¿Traes algo para mí?

Le entregué los rododendros que había cortado en el jardín vecino.

–Muy agradecido –dijo y, sin levantarse, pues ya era muy anciano, hizo una leve reverencia por la que su cabeza entró un instante en la luz–. Siéntate –no había ninguna silla, así que me senté a sus pies en la escalera de madera que llevaba al jardín, de espaldas a él–. Aquel muchacho que decía que tenías el pelo de niña tenía razón –empezó a decir la voz a mi espalda–, lo que hizo al decir eso fue defenderse, debes recordarlo. La gente tiene que protegerse contra lo extraño –hizo una pausa y el jardín y el atardecer mudaron a nuestro alrededor.

»Existe una vieja historia acerca del paraíso perdido. Todos la conocemos bien, lo cual no es de extrañar, pues la única razón verdadera de nuestra existencia es tratar de recobrar ese paraíso, aunque se trate de un imposible –respiró hondo–. Podemos, no obstante, acercarnos a ese lugar, Philip, mucho más de lo que la gente imagina. Pero tan pronto como alguien se aproxima al paraíso, inexistente, los demás empiezan a defenderse de él; pues lo curioso es que los ojos de la gente ven el camino equivocado, sus lentes han sido mal talladas. Cuanto más se aproxima uno a ese estado perfecto, imposible, más pequeño se vuelve; y sin embargo, aún disminuyendo de tamaño, uno crece a los ojos de los demás, y eso es algo contra lo que éstos han de defenderse, porque la gente siempre saca las conclusiones equivocadas.

»Si llevo anillos –y alzó las manos para mostrarme sus anillos, que yo ya sabía que eran de cobre y cristal– dicen que es por vanidad, porque he cedido a mi vanidad. Pero eso de ceder a la vanidad no existe, sólo existe la renuncia de la vanidad, lo cual significa empequeñecer. Yo me sacrifico a mi vanidad, y por ello disminuyo de tamaño. Para los demás me convierto en un ser extraño, y por tanto más grande; pero para mí mismo voy siendo cada vez más normal, y en consecuencia más pequeño. Lo mismo sucede con las islas: cuanto menor es la isla, mayor es su exclusividad, pero la isla más pequeña ya casi es mar. Y el mar no es la gente de nuestro entorno, sino el dios que queremos llegar a ser, que vemos ante nosotros y que lleva nuestro nombre; ése dios es el mar. Vivimos permanentemente cerca de nuestra propia divinidad. No debes olvidarlo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

–No del todo, tío –dije.

–Estoy muy cansado –hablaba ahora muy despacio–. Hemos nacido para convertirnos en dioses y para morir; es una locura. Lo segundo, que tengamos que morir, es terrible sólo para nosotros, pues significa que jamás alcanzaremos lo primero, convertirnos en dioses. Pero lo primero es terrible para los demás: un dios es algo temible, porque es perfecto, y no hay nada que el hombre tema más que la perfección y la singularidad, que es el reflejo de lo divino, la infinita escala de posibilidades, incluidas las más extrañas. Con todo, siempre acabamos atascados en algún tramo del camino, es duro tener que admitirlo –calló, incapaz de seguir hablando, pero tras un silencio dijo muy claramente–: Y luego está eso que llaman el éxtasis. ¿Lo entiendes? –me preguntó–. ¿Entiendes lo que te acabo de decir?

«Me parece que no» pensé, y dije:

–Un poco.

Recogió las flores de su regazo y se puso de pie.

–Venga –dijo–, vamos a celebrar una fiesta.

Yo me eché en mi sofá y él en el suyo.

–¡Oh! ¡Demonios! –lo oí exclamar–. ¡Eres tan mortal, Philip! Pero no abandones jamás; prométemelo, nunca dejes de estar loco ni de intentar convertirte en un dios –oí como reía y enseguida empezó a canturrear:

Où allez vous?
Au Paradis!
Si vous allez au Paradis je vais aussi.

–¡Dime ese verso! –exclamó–. ¡Vamos, dímelo!
–*Où allez vous?* –canté, y él respondió con viveza:
–*Au Paradis.*
–*Si vous allez au Paradis je vais aussi.*

Luego mi tío Alexander fue por el maletín y tomamos el autobús para Loenen y de allí hasta Loosdrecht. La llanura se extendía apacible como siempre bajo el cielo del atardecer, y después de haber desplegado la lona sobre la hierba, porque estaba muy mojada, bebimos Courvoisier y no dijimos nada más.

Más tarde, ya de noche, caminamos hasta la parada de autobús del dique. Esta vez no había allí ninguna muchacha con abrigo rojo. En el autobús, tío Alexander se sentó a mi lado y dijo:

–Esta vez no estaba allí, aquella muchacha que besó al chico en la boca; pero creo que para nosotros sí seguía estando allí, porque las cosas que nos rodean permanecen llenas de nuestros recuerdos. De todos modos, una boca no es lo más importante; son las manos lo que importa. Las manos son lo más bello.

En la calle, tras descender del autobús, me dijo: «Esta noche tocaré para ti –cuando llegamos a casa y se sentó al clavicordio, tío Alexander ya no parecía cansado–. ¡Partita número dos! –exclamó–. ¡Sinfonía! –Y encorvado sobre las teclas como un gran pájaro encrespado susurró–: Adagio grave».

Yo estaba tumbado en mi sofá, con la cabeza vuelta hacia él, escuchando el suave sonido melancólico de las teclas contra las cuerdas y la respiración de mi tío Alexander.

«¡Alemanda! –dijo–. Alemanda, *courante*, zarabanda. ¿Ves cómo bailan? ¡Hermoso, hermoso!»

De pronto, viéndolo tocar el rondó, me asaltó la idea de que no había nadie a quien yo quisiera tanto como a mi tío Alexander. Entonces volvió un instante su cabeza hacia mí, con sus grandes ojos verdes, y susurró: «*Vivace*, ¿lo ves? ¡Oh!».

Tras el último movimiento, el tumultuoso *caprice*, se quedó sentado con los brazos caídos.

«Debería seguir tocando, pero no puedo más», dijo. Al poco rato se puso en pie, yo también me levanté del sofá. Sus ojos brillaban de nuevo y eran profundos como el agua cuando dijo: «Te presento al señor Bach, Johann Sebastian Bach».

Hice una reverencia y fingí que estrechaba su mano.

–Y ese de ahí –señaló mi tío– es el señor Vivaldi, Antonio Vivaldi –y fue nombrando a todos cuantos ocupaban la habitación–: Domenico Scarlatti, Geminiani, Bonporti, Corelli... –mientras yo me inclinaba con cortesía diciendo:

–*Sono tanto felice...* Philip, Philip Emmanuel Vanderley. Es un honor. Encantado de conocerlo.

Cuando hube estrechado la mano de todos ellos pregunté a tío Alexander si podía ir a acostarme.

–Sí –me contestó–. Es hora de que te acuestes; se ha hecho tarde porque han venido todos. Mejor que subas ya a tu habitación; es la cuarta puerta que da al rellano.

La habitación seguía exactamente igual, y al despertar por la mañana vi los libros colocados tal como los había dejado, y también volví a ver los rododendros junto a mi cama. Imaginé cómo sería durante la noche, cuando tío Alexander me miraba mientras dormía, y pensé que el niño del retrato en la pared también estaba ahí, vigilándome toda la noche. Creí notar que se había hecho aún más guapo. De pronto fue como si me dijera: «Tengo un secreto». Volví a mirarle, pero otra vez se había convertido en un ser extraño y distante; si bien parecía que acabara de pasarse la mano por el pelo.

Levanté la tapa del gramófono y extraje la manivela de la caja, la hice girar y tras colocar la aguja sobre el disco, me acerqué a la puerta para oír llegar a mi tío Alexander. Sus pasos rápidos resonaban por encima del desentonado gemido del tenor y del odioso golpeteo del disco rayado.

Abrió la puerta de un empujón. Su rostro apareció cubierto de manchas rojizas; pude observar que tenía las palmas de las manos sudadas y que había saliva en las comisuras de su boca abierta. Sin embargo, tío Alexander no gritó, y en cuanto paré el disco me dijo: «Te lo explicaré todo».

El niño del retrato pareció mover los labios, aunque tal vez fuera cosa de mi imaginación. Bajamos al jardín y nos sentamos en un banco, con los pies en la hierba crecida y húmeda.

Se llamaba Paul Sweeloo (empezó mi tío), procedía de las Indias Orientales Neerlandesas y estaba aquí con su padre, que disfrutaba de un largo permiso. Su madre era indígena y creo que había muerto, o en cualquier caso no vivía con ellos y Paul nunca hablaba de ella. Residían en esta casa, pero el jardín era entonces mucho más grande y lindaba con el mío, que estaba donde ahora están esas casas nuevas. A menudo lo veía caminar hacia aquí, hablando siempre solo y en voz alta, convencido de que no había nadie cerca. No podía entender lo que decía porque no se aproximaba lo suficiente a la verja; lo que sí pude ver es que nunca reía y que siempre iba desmenuzando cosas con sus manos o arrancando hojas. No me atrevía a atraer su atención, pero una vez se acercó tanto a mi jardín que pude oír lo que decía: «No hay nadie –dijo–, no hay absolutamente nadie». (Mi tío Alexander cambiaba una y otra vez de postura mientras hablaba y columpiaba los pies sobre la hierba, haciéndola crujir suavemente.)

Sí (continuó), y tal vez fue precisamente por decir algo entonces por lo que estoy ahora sentado en este banco, pues dije: «No es verdad. Estoy yo». El niño se volvió hacia mí y vi que tenía la mirada de un animal, de un animal de presa: sus ojos eran negros y cuando me descubrieron en el jardín supe que ya no me abandonarían. Hizo una mueca con la boca y meneó salvajemente la cabeza.

–¿Y tú quién eres? –dijo y se aproximó–: No te conozco.

–Vivo en la casa de al lado –contesté mientras trepaba a la verja.

Me ayudó a llegar al suelo, porque saltar verjas no era lo mío, y me dijo:

–Eres un hombre mayor y ya tienes unas cuantas canas. ¿Por qué hablas conmigo?

–No deberías ir por ahí descalzo –dijo yo–. La hierba está demasiado mojada.

–¡Y a ti qué te importa! Mira –y me mostró las plantas curtidas de sus pies–. En las Indias Neerlandesas siempre camino con los pies desnudos –y de pronto dio una patada al suelo–. ¡Lárgate de mi jardín, eres un viejo! De esto hace ya cuarenta años, pero él tenía entonces diez, de modo que yo era mucho mayor.

–Pues ayúdame a pasar la verja –le pedí.

–No –contestó–. Lo puedes hacer tú mismo perfectamente.

Pero era una verja alta y tenía miedo de caerme y de que luego se riese de mí, así que dije:

–Tengo un problema en la pierna.

Se adelantó a ayudarme y noté lo fuerte que era cuando unió las manos para que sirvieran de apoyo a mis pies.

–Te ensuciarás las manos con mis zapatos –dije.

–Pues quítate los –respondió impaciente–. ¿O es que temes que se te mojen los pies?

No era ése el problema, sino que supuse que mis pies iban a resultar ridículamente viejos y blancos al lado de los suyos.

–Déjalo –dijo al fin–. Me las arreglaré yo solo.

Me caí, por supuesto; para cuando alcé la mirada desde mi lado de la verja para ver si se estaba riendo ya había desaparecido.

–¡Eh! –grité–. No te escondas, que te veo igual. ¡Me quedaré aquí de pie hasta que aparezcas! –volví a gritar–. ¡Esperaré todo el tiempo que sea preciso!

Sí (continuó mi tío Alexander), me quedé allí quieto, pensando lo ridículo que debía parecerle, convencido de que me estaría espiando agazapado como un cazador entre los matorrales. Tenía un desgarrón en el pantalón y había comenzado a caer una lluvia fina, así que empecé a mojarme y a sentir frío. De golpe se levantó viento, tanto que el árbol bajo el que me encontraba descargó sus gotas sobre mí. Pero los árboles del jardín no se movían, y cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que el resto de los árboles también permanecían quietos bajo el fino manto de lluvia. Entonces él rompió a reír por encima de mi cabeza y a sacudir las ramas todavía con más fuerza.

–¡Baja de ahí! –grité–. ¡Que te vas a caer ahora mismo!

–¡Yo no me caigo nunca! –replicó, y se deslizó hasta el suelo como un felino–. Tienes que ir a comer. He oído una campanilla en tu casa.

–¿Vienes a comer conmigo? –le propuse, creyendo que no aceptaría, pero no puso ningún reparo y nos fuimos

a comer a mi casa.

Durante el almuerzo no dijo nada, y yo tampoco supe qué decir. Hacia la mitad de la comida se levantó súbitamente y dijo: «Ahora debo ir a mi casa a comer. ¡Adiós!». Salió del salón y cerró la puerta tras de sí. Al día siguiente estuve descansando en mi glorieta, situada cerca de su jardín, pero no lo vi, ni tampoco en los días posteriores. Ya temía que hubiese regresado a su país cuando al cabo de una semana, inesperadamente, volvió a aparecer. Yo estaba en la glorieta y lo oí gritar: «¡Eeeoooh! ¡Eeeoooh!». Elevaba cada vez más la voz, como suelen hacer los niños cuando se llaman unos a otros: «¡Eeeoooh! ¿Dónde te has metido?».

Su aspecto era sorprendente. Calzaba unas botas de charol recién abrillantadas y llevaba unos largos calcetines negros y un traje de marinero nuevo y tieso.

–¿Por qué vas tan arreglado? –le pregunté.

Él se encogió de hombros y dijo:

–Quería celebrar hoy mi cumpleaños.

–¿Así que hoy cumples años?

–No, tonto, claro que no; lo que he dicho es que quería celebrar mi cumpleaños. Has de venir esta tarde, y debes traer un montón de gente. Mi padre no está en casa y quiero que vengas y que traigas a toda esa gente, porque en los cumpleaños siempre hay muchos invitados y todos traen regalos.

–¿A quién debería traer? –pregunté.

–Pues a tus amigos. ¿Tienes amigos, no? Quiero que vengan todos, aunque sean tan viejos como tú.

–Pero si yo no tengo amigos –me estaba desesperando.

–Embustero –gritó, dando una furiosa patada al suelo; estaba verdaderamente guapo y abrió mucho los ojos, que eran enormes–: ¡Estás mintiendo, debes de tener amigos! (Mi tío Alexander suspiró.)

Aquello era agotador (prosiguió). Le dije entonces que podía tener un par de amigos, pero que de todos modos no les sería posible acudir a su fiesta en un día normal entre semana. Deberías haber visto cómo se puso. Crecía su enojo y con él su belleza.

–Entonces sólo recibiré tu regalo –bramó. Y yo me apresuré a decir:

–No, por supuesto que no. Si mis amigos no pueden venir, me darán sus regalos para que te los entregue.

Inclinó la cabeza hacia un lado y apretó los labios:

–¿En serio? –preguntó–. ¿Y qué te darán para mí? A mí me gustaría que me regalasen libros, y que en la portada ponga que son para mí solo.

–¿Qué clase de libros? –le pregunté.

Él se encogió de hombros:

–No me importa –pero se lo pensó mejor–. O sí, los prefiero grandes, o también... alemanes.

–¿Sabes leer alemán? –pregunté.

–¡Vete a paseo!

Y se fue para casa. A medio camino se giró para gritar:

–¡A las tres y media!

–Hasta las tres y media –respondí.

Por la tarde ya no llevaba su traje de marinero.

–Me aprieta en el cuello y me pica por todas partes. Y además sólo vienes tú. ¿Qué llevas en ese maletín?

–Los regalos que te envían mis amigos –contesté.

–¿Son muchos? El maletín es muy grande, pero seguro que no está lleno.

Abrió la cerradura y mostré el interior del maletín repleto de libros, de los libros que has visto en tu habitación. Les pasó la mano por encima.

–Todos –susurró–, todos.

Se balanceó de un lado a otro sobre sus pies y se volvió hacia mí para preguntar: «¿Todos?».

Empezó a sacarlos del maletín y los colocó en fila. «¿Quién me ha regalado todo esto?», preguntó, y yo me inventé los amigos que no tenía y dije que habían sentido mucho no habérselos podido entregar personalmente. Entretanto él había contado los libros.

–¡Jesús! –exclamó–. ¡Hay un montón! Pero aquí hay siete iguales, esos alemanes.

–Son franceses –dijo–. Y no son todos lo mismo, son distintos volúmenes de un solo libro.

–¿De veras? –preguntó.

Tío Alexander me miró como esperando que yo dijera algo, pero yo temía que si hablaba quizá no me contase

nada acerca del gramófono, así que me mantuve en silencio hasta que dijo:

–Eso es todo.

–¿Y el gramófono? –pregunté al fin.

–No –contestó mi tío. Y dejó pasar un buen rato antes de proseguir–: Aquella tarde celebramos la fiesta de su cumpleaños. Yo estaba sentado en un sillón junto a la ventana mientras él sumaba las páginas de todos sus libros. No me permitía ayudarlo porque pensaba que podía equivocarme, y entonces él ya no sabía con exactitud el resultado. Así que me limitaba a observarlo desde mi asiento. Creo que se había olvidado de mí; pues se mordía el labio con los dientes superiores y cada dos por tres refunfuñaba por lo bajo y daba patadas a la mesa. Un mes después pusieron la casa en venta. Su padre y él regresaban a las Indias. Compré la casa, y cuando él se marchó encontré los libros junto con el resto de objetos en la habitación.

–¿Y el gramófono? –pregunté.

–No –dijo mi tío Alexander.

–¿Y él?

–No lo sé –dijo mi tío; luego se levantó y entró en la casa, cerrando las puertas de la terraza tras de sí.

Me quedé dos años con mi tío Alexander y aprendí mucho de él, porque era muy viejo. Un atardecer de mayo, al cabo de dos años, le pedí permiso para viajar a Francia.

La última tarde antes de mi partida advertí que el clavicordio había desaparecido.

–¿Dónde está el clavicordio? –pregunté.

Mi tío Antonin Alexander estaba de pie en el lugar donde había estado el instrumento.

–A veces me siento muy cansado después de tocar –me dijo–. Extremadamente cansado, y ya soy viejo. Estarás mucho tiempo fuera y quizá todavía quiera seguir estando aquí cuando regreses. Buenas noches.

Por la mañana volví a encontrar rododendros junto a mi cama, esta vez de color violeta y también un billete de cien florines. Al cruzar la sala de estar, para ir a la estación donde había de coger el primer tren a Breda, vi a tío Alexander dormido en el sofá, con la boca semiabierto, las rodillas flexionadas hacia arriba y las manos meciéndose sobre el suelo.

Fuera todo era viejo y brumoso, y en medio de ello destacaba la casa alta y fea.

No pasé junto a las casas que edificaron sobre África.

2

¡Vaya con el autostop! No fue tan sencillo llegar a la Provenza. Ocurrió, por ejemplo, lo de aquel tipo del viejo Skoda, poco antes de Amberes.

–¿Cuántas vacas hay en ese prado? –preguntó.

–No lo sé –respondí–. No sé contar tan rápido.

–Treinta y seis –exclamó triunfalmente–. Enciéndeme el cigarrillo.

Coloqué el cigarrillo entre sus labios grises y le dí lumbre. Él dio una profunda calada y me arrojó el humo grasiento a la cara y contra el parabrisas.

–Cortina de humo. ¡Ja, ja! –dijo–. Pero lo de esas vacas, es muy fácil –chasqueó los dedos, no con mucho éxito, pues eran demasiado gruesos–. Así de fácil: cuentas las patas y divides por cuatro –y me lanzó una mirada para ver si reía, así que me reí.

–¡Ja, ja, ja! –se reía a carcajadas–. Éste no lo sabías, ¿eh? Buen chiste, de los viejos. Oye, ¿sabes que tienes un pelo largo muy bonito? Seguro que a veces juegas con jovencitos, ¡a que sí! –y empezó a pellizcarme en la pierna, con suavidad.

–Quiero bajarme del coche –dije yo.

Frenó tan bruscamente que me golpeé la frente contra el cristal.

–¡Largo de aquí! –dijo–. ¡Al carajo! ¡Y rápido!

Agarré como pude mi mochila del asiento trasero, pero se quedó enganchada en algo. El hombre la cogió y la lanzó contra mí. Eché a correr sin parar hasta que oí que había cerrado la puerta. Aquel tipo siguió gritando tras la ventanilla: «¡Mariquita! ¡Mariquita!», hasta desaparecer.

Creo que me puse a temblar violentamente; pero tenía que seguir adelante, así que volví a ejercitar los pulgares. No podría decir cuánto tiempo transcurrió hasta el día que me vi bailando con Jacqueline, una muchacha de quien sólo conozco el nombre de pila, en la Place du Forum de Arles. Supongo que se llamaba Jacqueline, porque los chicos y chicas que bailaban a nuestro alrededor no paraban de corear: «*Bonsoir, Jacqueline*», a lo que ella respondía: «*Bonsoir Ninette, bonsoir Nicole*», y luego me sonreía y seguíamos bailando, y su cabello, pelirrojo y suelto, se movía con el baile. Bailamos juntos toda la tarde hasta el anochecer, y entonces acercó su cuerpo al mío un poco más y apretó sus brazos contra mi espalda y mi cuello.

–*Vous partirez demain, Philippe?* –me preguntó.

–*Oui.*

–*Alors vous ferez un grand voyage?*

–*Je ne sais pas.*

Para entonces la mayoría de la gente ya se había ido. Con unas pocas parejas más bailamos junto a la gran estatua de Mistral al son de la música de un acordeón. La música era triste, porque Arles, otras noches silenciosa y retraída en sus muchos recuerdos, había sellado un sombrío pacto con la melodía, y nos envolvían juntos, estrechando su cerco de nostalgia y melancolía sobre nosotros, un pequeño grupo bailando bajo las farolas.

–No me beses cuando me dejes en casa –me pidió–. Prométemelo.

–De acuerdo –dije–. No te besaré.

–Y tampoco mires el nombre de la calle –susurró–, ni el número. No quiero que me olvides, pero no debes escribirme; sólo somos personas que pasean por una calle concurrida. Y no vuelvas nunca, porque no traes suerte.

–¿Por qué no?

–Es lo que pienso –respondió–. Naciste ya viejo –acarició mis labios con sus dedos–, no tendrás más experiencias que los recuerdos, no te encontrarás con nadie si no es para despedirte, ni vivirás un solo día sin

pensar en la tarde, o en la noche.

Rompimos el círculo de gente y música y empezamos a caminar por calles que yo no había pisado, y tal como prometí, no miré el nombre de la calle donde nos detuvimos. Jacqueline me atrajo hacia ella y dijo:

–Debes marcharte ahora. No me daré la vuelta, porque quiero verte mientras abandonas la calle.

Posó las manos sobre mi cara como si esperase que la silueta de mi rostro quedase impresa en ellas, para no olvidarla, y luego me empujó suavemente, hasta separarme de ella la distancia de un brazo.

–Date la vuelta –dijo–. Márchate ya –frente al portal de casa, bajo la luz amarilla de la farola, una profunda tristeza invadió su rostro.

–¡Date la vuelta! –insistió–. ¡Vamos! –y cuando me volví aún pude ver que el viento mecía delicadamente su cabello. Lentamente empecé a perseguir mi sombra estrecha, tan extraña, a lo largo de las casas, a través de las calles, camino de la Promenade des Lices; y de allí me dirigí a la Avenue des Alyscamps, que desciende suavemente hasta el antiguo cementerio romano. Había cipreses, altivos y misteriosos, y la luna bañaba las tumbas con una luz azulada, inquietante. Me recliné contra una lápida y sentí el frío de la losa penetrando en mi cuerpo, y de repente oí que una voz vieja y desconcertante hablaba a mis espaldas:

Dans Arles, ou sont les Alyscamps,
quand l'ombre est rouge, sous les roses
et clair le temps

prend garde à la douceur des choses
lorsque tu sens battre sans cause
ton cœur trop lourd

et que se taisent les colombes
parle tout bas, si c'est d'amour
au bord des tombes.

Era la voz de un hombre. Hablaba con acento de la Provenza, cargando la «r» y en el tono grave de los pueblos sureños. No me giré para verlo, pero él me cogió del brazo y me atrajo sin violencia hacia sí.

«*As tu peur des pieux mystères, passe plus loin du cimetière* –susurró–. Ven. Debes venir conmigo. Tengo una historia para ti.»

Era viejo, o tal vez sólo lo parecía a causa de su extremada gordura. Sus ojos, pequeños y huidizos, estaban profundamente hundidos bajo el pelo cano y áspero de las cejas, presionadas hacia abajo por la faja de grasa en que acababa su frente. Era una cara fofa, sin formas definidas, y la mano que aún sujetaba mi brazo era blanda como una esponja. De las anchas mangas de su hábito negro, muy sucio, salían unos brazos sin vello, blancos y femeninos.

«Lo sé –dijo–. Estoy gordo. Dicen que soy el hombre más gordo de la Provenza, pero tengo una historia que contarte. Te he visto esta tarde en la Place du Forum, y ayer en la iglesia de Saint Trophyme. Me he fijado en ti y te he seguido sin perderte de vista.»

Ahora lo seguía yo a él. Como no sabía qué decir, seguía sus pasos en silencio mientras caminábamos bajo los álamos y los cipreses. Le costaba andar y jadeaba por el esfuerzo. Para subir la cuesta tuve que sostenerlo por el brazo. Se detuvo frente al hotel donde me alojaba.

–Ve por tu equipaje –dijo–. Tenemos que irnos.

–¿Adónde? –pregunté, y él me miró sorprendido y contestó:

–A la historia, por supuesto –y por eso me fui con él.

Aquella noche viajamos en su viejo automóvil a través de un territorio muerto y siniestro. La luna ascendía majestuosamente desde la tierra apagada, rojiza. Velos de niebla se extendían por los valles, rodeándonos como una amenaza de la que nos escapábamos una y otra vez por entre la dura y punzante maleza que cubría la pendiente, como una alfombra de animales muertos mucho tiempo atrás, en dirección a las espectrales rocas que crecían bajo los efectos de la luz nocturna. De vez en cuando nos sorprendía una brisa tibia que, oprimida por el calor arrasador del mediodía, se desplegaba como una ola en la noche, llevando a veces consigo el aroma del tomillo y del espliego.

Cruzamos en silencio la Provenza, donde todos los pueblos y ciudades por los que pasábamos parecían la abandonada aldea de montaña de Les Baux, poblaciones muertas en las cuales, por una fantasmal casualidad, las farolas alumbraban aún y un reloj daba a veces la hora por equivocación. Me quedé dormido y no me desperté hasta que el coche se detuvo. Miramos hacia abajo.

«Ese es el valle –dijo mi acompañante–, y allí está el pueblo.»

Nacía entonces la primera luz del sol. A nuestros pies se veían las casas, lejanas e insignificantes, amontonadas alrededor de la iglesia como animales apacentando juntos. En medio de las pedregosas y áridas colinas que pronto castigaría el sol implacable, el pueblo era como un asombroso soplo de vida. Bordeándolo, un riachuelo casi seco discurría por en medio del valle.

–Ven para aquí –dijo–. Me llamo Maventer; *Ma* se refiere a *magnus*, «grande», y *venter* quiere decir «vientre». No es mi nombre auténtico, pero todo el mundo me llama así.

–¿Es usted monje?

–No, no soy monje –repuso Maventer, y luego dejó mi mochila en el suelo y dio la vuelta con el coche.

–¿Y la historia? –le pregunté.

–Tienes que ir al pueblo –dijo–. Sólo hay un hotel, Chez Sylvestre. Pasaré por allí dentro de unos días, pero no debes hablar de mí.

–De acuerdo –dije–. No hablaré de usted –y cogí mi mochila para emprender el descenso de la ladera. Él puso el automóvil en marcha.

–¡Dentro de tres días, creo, o quizá dos! –lo oí gritar y seguí caminando. El polvo colorado de la carretera se arremolinaba en torno a mis pies como un siroco en miniatura, colándoseme en los zapatos y los calcetines. Más abajo florecía, roja y violeta, la calaminta, los matorrales se hacían más verdes y el pueblo, al final, aparecía casi amable con sus casas blancas y rosas, construidas al parecer sin plan alguno, y con jardines en los que daban sombra pinos y cipreses.

No fue difícil encontrar el hotel Chez Sylvestre. La patrona estaba cerrando los postigos para que el sol no entrase con tanta violencia. Hablé con ella y la seguí hacia el interior.

«*Un Hollandais*», le dijo al patrón, y dos hombres apoyados en la barra se giraron para mirarme.

«Debe de ser un pueblo pequeño al que apenas llegan forasteros», pensé, y de pronto caí en la cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba el pueblo. Los hombres hablaban entre ellos en provenzal, de modo que no los entendía. Tanto el suelo como la escalera estaban revestidos con baldosas rojas hexagonales y de las relucientes paredes blanqueadas colgaban los mismos anuncios que en todas partes: «Cognac Hennessy», «Noilly Prat», «Saint Raphael», «Quinquina».

El patrón, Sylvestre, me condujo a mi habitación, situada en la parte delantera del edificio. Alcancé a ver la plaza con la vieja fuente y los bancos de piedra bajo la sombra de muchos árboles, antes de que el patrón cerrase rápidamente los postigos.

–*Le soleil est terrible, par ici* –dijo.

–*Comme toujours* –le respondí yo.

–*En été, oui* –asintió con la cabeza–. Le subiré el agua.

Pasado un momento regresó con un gran vaso de *pastis*, como el que sólo se bebe aquí, y un cubo de agua, que colocó bajo el lavabo de madera, tras haber vertido un poco en el jarro del tocador.

–¿Todo bien? –preguntó.

–*Très bien, merci* –dije, y él rió y salió de la habitación. Me tumbé en la enorme cama y me eché a reír, porque crujía cada vez que me movía y porque las sábanas eran de un algodón áspero, y olían como niños que han estado nadando en el río.

Me desperté avanzada la tarde. A mi lado alguien había dejado pan y vino, cubiertos con una servilleta. Cuando me asomé a la ventana comprendí por qué construyen algunas casas como si fueran fortalezas. Hacia el atardecer el calor es tan insoportable y soberbio en su inclemencia, que personas y animales deben buscar los rincones sombríos y oscuros de las casas y esperar allí a que caiga la noche. El pueblo, por tanto, estaba muerto cuando salí del hotel.

Crucé despacio la plaza para beber un poco de agua tibia de la fuente, y como no veía a los vivos, fui a visitar a los muertos. Las tumbas se apiñaban en torno a una cruz de madera, grande y basta, dispuestas caóticamente como las casas de los vivos alrededor de la iglesia. Los muertos descansaban en paz cercados por un seto de espinos blancos y jaras.

Más adelante, cuando llegué a conocer a los vivos, descubrí que no se diferencian tanto de los muertos: ellos también se pertenecen los unos a los otros en su triste taciturnidad. La acritud de la tierra roja, dura de labrar y sembrada de piedras lacerantes, había penetrado en sus cuerpos, junto con esa susurrante melancolía que ronda por aquí al anochecer, impregnándolo todo, cuando el calor ha abandonado el pueblo a desgana y el metálico golpeteo del *jeu de boules* es casi el único sonido que se oye, aparte de los vasos de Sylvestre, los animales, la brisa nocturna en los cipreses y el vacilante cantar de los niños.

Alix, ma bonne amie
il est temps de quitter
le monde et ses intrigues
avec ses vanités.

Aún recuerdo bien su canción, pues al caer la noche me sentaba junto a mi ventana en el hostel de Sylvestre y miraba a los hombres y a los niños. Ellos no me veían a mí ni me conocían, pero yo me aprendí sus nombres, y al cabo de dos días sabía quién era el mejor en el *jeu de boules* y cuál de ellos era el que más bebía. Los niños jugaban junto a la fuente, siempre a cosas extrañas y casi sin hacer ruido, como niños a quienes se les ha ordenado guardar silencio porque hay alguien enfermo. Así jugaban hombres y niños, mientras al oscurecer iban apareciendo mujeres con cubos y cántaros en busca de agua. Podía ver todo eso muy bien desde mi ventana, a través de las lágrimas azuladas de un viejo y encorvado sauce, que respiraba ante la fachada como un gran animal, misteriosamente alentado por el viento ligero. Frente a mí se hallaba la iglesia. Supe que por dentro estaba en ruinas y que el altar lo cubría un paño polvoriento de terciopelo rojo bordado con letras en oro: «Magister adest et vocat te» (el Maestro está ahí y te llama). Iglesia y camposanto estaban sumergidos en la vida de este pueblo, donde los nombres permanecían siempre iguales: los de los vivos en el café o junto a la fuente, los de los muertos sobre los grandes retratos amarillentos de sus tumbas. Esos retratos esmaltados sobre cartón estaban encerrados tras cristales sucios, acompañados de mechones de cabello mortecino, descoloridas flores artificiales y cintas apergaminadas. Cubiertos de polvo y telarañas, los retratos estaban colocados en marcos redondos de un metal delgado, aplanado y muy retorcido. Cuando los vi por primera vez tuve la impresión de que una antigua y sombría superstición imperaba entre esa gente y aleteaba sobre sus sepulturas, porque más allá de la rigidez de estos retratos, no tardé en reconocer los rostros de los vivos que había visto desde mi ventana, charlando y bebiendo.

Durante las horas de la tarde en que el sol ejercía su pleno dominio sobre las casas desfallecidas, yo alternaba con los Peyeroux muertos, los Rapets muertos o los Véntours muertos. Las flores que había cortado a primera hora de la mañana y conservado en agua en mi habitación, las colocaba entonces sobre las tumbas de los niños, aunque no sé bien por qué, quizá porque me apetecía hacerlo. La tarde anterior a la llegada de Maventer, el cura me esperaba. Estaba sentado sobre la sepultura familiar de los Peyeroux:

—Seguro que me lo perdonan —dijo—, éramos buenos amigos. Y al fin y al cabo, yo también estaré por aquí dentro de poco, en aquella esquina. Parece un sitio agradable, ¿no crees? Al sol le cuesta llegar hasta allí, y si, quién sabe, algún forastero viene a traer flores, tal vez se conserven frescas durante más tiempo.

Dentro, en la rectoría, llenó de vino dos copas altas, como hacía Sylvestre, casi hasta rebosar.

—Supongo que no has leído a nuestro Mistral —dijo—, pero este vino lo ha celebrado él en su *Mireille*.

Alor, en terro de Prouvenço
l'a mai que mai divertissenço
Lou bon Muscat de Baume e lou Frigolet
Alor...

—¡*Muscat de Baume!* —rió e hizo chocar su copa contra la mía—. He visto cómo te relacionas con los muertos —dijo—, y ésa es la mejor manera. A menudo es más fácil contar con ellos que con los vivos; y por cierto, los vivos no son aquí precisamente muy accesibles.

—Lo sé —dije—, pero a mí me gustan.

—Tal vez —vaciló—, tal vez, pero la existencia entre nosotros es severa y dura, y en ocasiones tan hostil como la tierra, que sólo tras muchas caricias se digna conceder unos cuantos tomates, melones y algo de trigo. Puede ser

tan amarga como la hierba de la que viven las ovejas y las cabras en la llanura, antes de subir a las montañas en primavera. La vida es aquí una vida de privaciones. Está Dios, unas pocas personas más, y la tierra, y todos son igual de duros.

»Y lo sé porque estoy en condiciones de saberlo –prosiguió–. Allí al fondo –abrió los postigos de la ventana que daba a la calle y señaló la ladera de la colina, que resplandecía ahora con tal intensidad que tuve que protegerme los ojos– están mis tomates y mis melones, y a veces, si no se me mueren, mis flores para la iglesia: claveles. Y eso no es todo. Está el invierno, que es aquí más crudo que en el Norte, y que puede golpear tan duro como el sol; y además, *mon vieux*, tenemos el mistral.

»¿Conoces el mistral? –me preguntó. Yo nunca había oído hablar del mistral, o a lo mejor sí, pero en cualquier caso no me acordaba. Me habló de ese viento, que azota con su frío lo mismo valles que personas mientras el sol continúa brillando impasible; un viento que acaba por encontrarte no importa dónde te hayas ocultado, que se cuele por cualquier tejado y pasa a través de las puertas cerradas.

»Y entonces ocurren aquí, a veces, cosas extrañas –dijo–, porque el viento fatiga nuestras mentes hasta llevarlas al límite, y una riña trivial puede convertirse en una tormenta, y sus rayos saltar y extenderse furiosamente como las llamas por el heno. Todos sabemos lo que es esto, los vivos aquí, y los muertos allá –movió la cabeza en dirección al cementerio, tras los espinos blancos.

»Fue un día en que el mistral llevaba ya una semana recorriendo el pueblo, cruel como un hombre que busca venganza, cuando Claude Peyroux golpeó a su mujer hasta matarla y luego se ahorcó. Soplaba también el mistral el día en que Maventer puso el pie aquí por primera vez. Más adelante se fue a vivir al castillo. Y fue asimismo un día de mistral cuando partió la marquesa Marcelle.

–¿Quién es Maventer? –pregunté.

–En realidad no se llama Maventer. Eso lo inventó un trovador tardío. Ma quiere decir *magnus*, y *venter* es «vientre» en latín. Es un hombre muy gordo. Ignoro su verdadero nombre. En el pasado fue un monje del coro de los benedictinos. ¿Eres católico? –me preguntó.

–No –contesté–, pero sé algo acerca de los benedictinos.

–Bien –prosiguió–, pues este Maventer fue uno de los últimos monjes del coro que no era sacerdote. Hay hermanos laicos que trabajan la tierra y se ocupan de la casa y de la ropa, y hay otros monjes que cantan las oraciones en el coro y ejercen otras funciones en el monasterio, como la de administrador, maestro de novicios o cualquier otra. Ahora bien, hace años se podía participar también en el coro sin estar ordenado. Eran lo que se denominaba monjes de coro, pero ahora esto apenas sucede. En cualquier caso, Maventer abandonó el monasterio, lo cual no es para mí razón suficiente para condenarlo, pues ingresó demasiado joven en la orden y, según dicen, bajo una cierta presión familiar. Es difícil hablar de alguien a quien conocemos tanto y de quien sin embargo sabemos tan poco, porque al fin y al cabo –y me miró recolocándose el bonete sobre el cabello fino y cano–, al fin y al cabo sabemos muy poco los unos de los otros.

»Había sido un trotamundos. Era bienvenido en todas las fiestas y su nombre lo conocían en muchos kilómetros a la redonda: Maventer y su acordeón. Asistía a la recolección de cerezas en Cavaillon y Carpentras y a la vendimia en los valles de la Durance; y siempre con el mismo hábito raído que todavía viste, Dios sabrá por qué. Pero todo eso acabó hace tres años, cuando vino a vivir a Experi, no muy lejos de aquí. Ya no es bien recibido en las bodas, ni en casa de las personalidades del pueblo ni entre el clero, lugares donde se le tenía en alta estima gracias a su notable cultura. Sabe mucho más de Santo Tomás de lo que yo haya sabido nunca y en todos los concursos celebrados en Arles o incluso en Avignon podía vencer a cualquiera con sus conocimientos de poesía clásica y de los antiguos trovadores provenzales. Dicen que se sabe de memoria todas las odas y épicos de Horacio, y seguramente es cierto.

»Solía verlo por las noches, a él y a la joven marquesa. La verdad es que hacían buena pareja, porque ella era una muchachita bastante rara. Alguna noche habían pasado por esta calle. Ella era muy delgada y menuda, y llevaba pantalones ajustados, de esos que según dicen llevan las mujeres en París, y unos diminutos zapatos planos. A menudo cruzaba por esta plaza, caminando rápidamente y sin apenas hacer ruido. Yo, que desde que soy viejo duermo muy poco, la observaba de pie tras la ventana, en la oscuridad.

»Venían por el camino de Experi, que así se llama el castillo; él unos diez pasos detrás de ella, pesado y bastante amenazador debido a su desmesurada sombra, y jadeando, incapaz de seguir un paso tan rápido; pero ella nunca parecía advertir su presencia y seguía su camino con la cabeza gacha, hablando consigo misma. Otras veces venía ella sola, entonces caminaba más despacio y bebía en la fuente, y alguna vez habían aparecido flores

en el cementerio a la mañana siguiente.

»Una vez hablé con ella. Aquella noche estaba sola, bebiendo de la fuente. «*Mademoiselle* –le dije–. ¿Le apetece tomar un trago de mi vino?» Fui a buscar la jarra que siempre tenía lista por las noches y nos sentamos sobre los escalones frente a la rectoría. Pero ella no decía nada, y cuando le pregunté si no tenía miedo de pasear sola por la noche me contestó: «Claro que no», mirándome con una expresión que no supe interpretar, escrita en sus rasgos orientales, tan enigmáticos para mí, que sólo soy capaz de comprender los rostros que se han formado y desarrollado como el mío. Tenía una expresión ensimismada, misteriosa, al susurrar: «Estoy creando una historia». «Sí –dije yo–, sé que estás creando una historia.» Y al cabo de un rato añadí: «No quiero entrometerme, porque se trata de tu historia, pero por favor, asegúrate de que sea una historia hermosa». La muchacha se limitó a inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Ahora callaba.

–¿Tenía un rostro oriental? –pregunté.

–Su madre era de Laos, pero había muerto. Su padre era oficial de la legión extranjera, y casi nunca venía al pueblo. Lo mataron en Indochina. Y luego había una tía, que no hemos visto por aquí, y el servicio; aparte de Maventer, por supuesto. La gente habla mucho, pero en realidad nadie sabe nada. Desde que vivo aquí no han dejado de hacer comentarios, pero ninguno de nosotros ha entrado jamás en el castillo.

Aquella noche la pasé esperando a Maventer, pues esta vez los muebles de mi habitación no se ocultaron, como siempre había sucedido, tras la noche inminente, sino que me rodearon, inquietantemente seguros de sí mismos, para decirme que ya no formarían parte de mí. Y también los olores que ocupaban mi cuarto, la madera envejecida, las sábanas lavadas en el río con el áspero jabón del país, eran más fuertes y más independientes que antes, convencidos de su victoria sobre el extraño y ahora ya casi desvanecido olor de mi cuerpo y de mis ropas.

Y al igual que un hombre acostumbrado a dormir junto a un reloj se despierta repentinamente al cesar el tictac de la maquinaria, así también yo, cuando se detuvo el entrechocar metálico de las bolas de la petanca, me dirigí despacio hacia la ventana para ver llegar a Maventer.

«¡Holandés! –me gritó desde la calle–. Ven, holandés, tengo que contarte una historia.»

Caminamos largo rato por una carretera que bordeaba la pendiente y luego subimos por un sendero empinado. La noche apareció súbitamente aquí y allá en los arbustos o entre las grandes rocas, y nos acompañó hasta que estuvimos tan altos que pudimos contemplar la purpúrea cordillera de los Alpes de Provenza y los macizos montañosos de Luberon y Ventoux, rodeándonos con su vasta circunferencia. Antes de que la noche lo ocultase todo, Maventer me mostró las joyas de la cordillera: las montañas de *Vaucluse*, *la montagne de Lure*, *la montagne de Chabre*.

El castillo, o lo que fuera, se alzaba, imponente y altivo, frente a la montaña. Me condujo hacia un campo con el mismo suelo escabroso que pisábamos hacía rato. Desperdigadas por todo el terreno había unas piedras negras, extrañas al lugar, que parecían proceder de la luna o de cualquier otro mundo sin vida. Era como si alguien –¿quién?– las hubiese colocado allí obedeciendo una disposición previamente planeada. Una enorme roca negra, como un trozo de carbón caído de una chimenea de gigantes, ocupaba el centro del paisaje. Nos sentamos encima de ella.

–Éste es el cementerio de animales –dijo Maventer–. Aquí empezó todo. Yo estaba sentado allí cuando ella se me acercó.

–Tú eres Maventer –dijo.

–Sí –contesté yo.

–¿Sabes leer inglés?

–Sí.

–¿Y escribirlo? –me preguntó entonces, y cuando le dije que también sabía escribirlo se sentó en el suelo, delante de mí, donde estás tú ahora.

–Te ensuciarás –le dije–, más vale que te sientes en una piedra.

Pero ella no pareció atenderme, o ni siquiera me oyó, y con el talón de su pierna estirada trazó un círculo a su alrededor.

–Estoy dentro del círculo –dijo–. Tú no estás dentro del círculo. Pon los pies dentro de él, porque tengo que preguntarte una cosa.

Yo me moví para colocar los pies en el interior del círculo y la muchacha esparció arena fina sobre ellos.

–No hagas eso –dije–. Estás ensuciándolo todo.

–Quiero que escribas una carta en inglés.

–¿A quién? –pregunté.

–A ésta –arrastró hacia sí su chaqueta y sacó de ella un ejemplar del *Saturday Evening Post*, lo abrió y señaló la fotografía de una bailarina de ballet–. A ésta. Quiero que le escribas y le preguntes si vendrá a vivir aquí.

–No –dije.

–Ella me miró como si no existiera y apartó de un soplo el cabello de su frente.

–¿Por qué no? –preguntó.

–Porque no vendrá de todos modos. (Maventer me miró y continuó hablando.)

De haberla conocido entonces como la conozco ahora, nunca habría cometido ese error, pero el caso es que aún no la conocía, y por eso dije: «No vendrá de todos modos». Y ella se limitó a sonreír, y su sonrisa ni siquiera iba dirigida a mí, sino a sí misma y a un par de personas o cosas invisibles que siempre la acompañaban, y me dijo que era estúpido, «porque naturalmente que no vendrá, pero ¿cómo puedo imaginarme que va a venir si tú antes no has escrito una carta en inglés invitándola? ¿Comprendes?». Yo la había entendido perfectamente y dije: «Creo que sí».

Así era siempre. Ella jugaba a imaginar; era muy especial.

La voz seguía sonando a mi lado, Maventer hablaba y hablaba, pero yo vi a la muchacha y al instante supe con toda certeza que aquello ya no era el mundo real, porque las cosas estaban vivas y dueñas de sí mismas en otra realidad distinta que súbitamente se me hizo perceptible, visible, separándome de todo y atrayéndome hacia ella. Empecé a flotar sobre la voz de Maventer, que paseaba entre las piedras del cementerio de animales, donde ella estaba sentada haciendo dibujos en la tierra y acaso, no sé, escuchándose a sí misma en la voz de Maventer, que seguía contando su historia: «Maventer ¿cuándo iras de nuevo a la ciudad?», y la respuesta de él: «¿Por qué?».

–¿Me estás escuchando? –preguntó Maventer.

–Sí, le escucho –dije.

Una vez cada tres meses íbamos al banco y ella siempre se quedaba mirando las máquinas sumadoras. «Quiero sumarme a mí misma», me dijo, y la siguiente vez que fuimos al banco en la ciudad, preguntó en ventanilla si le dejaban usar una vez una de aquellas máquinas. Cuando le dieron permiso, sacó de su guante un trozo de papel con unas cifras escritas, las grabó en la máquina, presionó la tecla de sumar y accionó la palanca.

Cuando estuvimos fuera me dijo:

–Me he sumado a mí misma –y me mostró el papelito.

No puedo acordarme de todas las cifras, sólo recuerdo que una de ellas era el 152.

–¿Qué es eso? –le pregunté.

–Es mi estatura, ¿no lo sabías?

–Sí, es tu estatura –dije–. ¿Y qué piensas hacer ahora?

–No te lo diré, pero nos hemos de dar la mano, porque me voy.

–¿Adónde? –pregunté, y ella se encogió de hombros. No lo sabía.

Después de esto la dejé de ver unos días, cosa nada inusual, pues solía permanecer largas temporadas en su parte del castillo sin aparecer ante nadie. En aquella ocasión tardé bastante en volver a verla. Vino a verme a la biblioteca. «Maventer –me dijo–. He vuelto –se aproximó hasta situarse a mi lado–. He estado fuera.» Yo para entonces ya la conocía lo bastante como para saber que no debía contradecirla diciéndole que no se había movido de sus habitaciones.

–¿Te acuerdas de aquel trozo de papel? –prosiguió.

–Sí –respondí–. Ése es el que te sumaste a ti misma –ella asintió con la cabeza.

–Aquella noche –susurró, situándose muy cerca de mí como si fuéramos conspiradores–, aquella noche dejé el papel fuera, porque hacía viento. Luego me fui a mi habitación, para ver si sucedía lo que yo quería. Y sucedió: salí volando.

»Soplaba una brisa ligera aquella noche –continuó–. En mi dormitorio, el aroma de la madre selva había impregnado el alféizar y aún seguía conmigo cuando llegué a aquel país.

–¿Qué país?

–¡Pues donde el viento llevó el papel en el que me había sumado a mí misma! Era un país muy raro. Cuando llegué la gente salió de sus casas para darme la bienvenida. Por todas partes crecía la madre selva, y su olor lo llenaba todo, todo. Pero las personas estaban tristes. Le pregunté al hombre que me guiaba por qué estaban todos tan tristes. «Sí, es cierto –dijo–. Están muy tristes. Te enseñaré por qué.» Y por la noche, mientras la gente dormía, dimos una vuelta por las calles de la ciudad.

»«Aquí hay una librería», dijo mi acompañante. Pero el escaparate estaba vacío, o mejor dicho, sólo había un libro, y muy finito. Tampoco había madre selva ni ninguna otra flor, ni siquiera banderas, como suele haber en otras tiendas y casas. «Sólo hay un libro», dije, y él contestó: «Sí, mira en el interior». Ambos miramos con la frente aplastada contra el cristal, y gracias a la luz de la farola que había delante de la tienda pudimos ver que los anaqueles que deberían contener libros estaban todos vacíos. Únicamente vi, en una estantería trasera, otro ejemplar de ese único libro finito.

»«Ahora vamos a la biblioteca municipal», dijo, y caminamos de nuevo por la ciudad hasta llegar a la biblioteca municipal. El hombre abrió las puertas, y cuando entramos fue como si nuestros pasos retumbasen no sólo sobre el suelo de mármol, sino también contra las paredes, en el techo, por todas partes, y cada vez más fuerte. «Creo que tengo miedo», le dije, y me contestó que no tenía por qué, porque él estaba conmigo. Recorrimos varias salas sin ver libros por ningún lado, solamente estantes vacíos y grandes armarios vacíos. Tan sólo, en lugares diversos, aquel librito.

»Yo tenía mucho miedo, porque las paredes eran altas y blancas por encima de las estanterías y sólo se oían nuestras voces y nuestros pasos, y porque no había libros. «¿Por qué no hay libros? –pregunté–. Se supone que en una biblioteca siempre hay libros, ¿no?» «Normalmente sí –respondió mi guía–. Lo que pasa es que él ha muerto.» «¿Quién habrá muerto?», pensé. «Era un niño –prosiguió–. Un niño que estaba siempre enfermo. Era muy pequeño pero tenía ya bastantes canas. Sólo él sabía escribir, porque aquí las cosas no son como en otros lugares. Aquí unas personas saben engendrar niños, otras construir casas, y hasta hay quien confecciona banderitas por si viene alguien de visita, como tú; pero no hay nadie aquí que sepa escribir poemas, o historias, o un libro. Y este niño siempre estaba enfermo, así que cuando murió sólo había concluido el primer capítulo. Es ése», y señaló el librito.

Hizo una pausa. Al cabo de un rato dijo: «Entonces abandoné aquel país, porque allí todo era muy triste».

Maventer volvió a mirarme.

–¿Has estado alguna vez en un país así? –me preguntó.

–No –dije–, pero quizá vaya algún día.

Callamos un instante. Yo deseaba que Maventer continuase en silencio para poder observar lo que ella estaba dibujando en la tierra.

–¿Qué dibujas? –le pregunté.

–Plátanos –dijo ella–. Están detrás de ti –miré hacia atrás.

–¿Qué estás mirando? –me preguntó Maventer.

–Esos árboles –dije–. ¿Qué clase de árboles son?

–Son plátanos –contestó.

–¿Qué letras dibujas ahora? –le pregunté a ella.

–Una K –susurró de un modo que comprendí que se trataba de un secreto–. Una K, y una R, una U, una S, una A, y luego otra A.

–Eso no es ninguna palabra –dije–: K-R-U-S-A-A.

–Lo sé –dijo ella–, es una palabra absurda.
–¿Qué dices? –me preguntó Maventer.
–Nada –respondí, y me miró con incredulidad.
–Me ha parecido oír que decías algo.
–No, no he dicho nada.
Maventer siguió con su historia.

No pasó mucho tiempo hasta que volvió a marcharse. Habíamos ido en coche a Avignon, y como yo tenía que hacer varias visitas, ella fue a pasar el rato a la biblioteca. Pero cuando la recogí por la tarde y le pregunté qué había estado leyendo no me respondió. Pasaba algo raro: su cabello estaba mojado, se sentó en el asiento trasero del coche y no dijo ni una palabra durante todo el trayecto. Cuando llegamos a Experi se fue derecha a sus habitaciones y no la volví a ver hasta dos días después.

Estaba entonces sentado junto a la puerta principal y me sobresalté cuando tocó mi hombro por detrás.
–Maventer –dijo–. He regresado. Esta vez he estado muy lejos.

«No es cierto», pensé, y dije:

–Pero ahora no tenías ningún trozo de papel. ¿Dónde has estado?

–Ah, esta vez ha sido diferente. No sabía cómo hacer para marcharme, pero en la puerta de la sala de lectura de la biblioteca encontré un aviso que dice que todos los que vayan allí a leer o estudiar deben firmar en el registro, tanto al entrar como al salir. Pues bien, yo apunté mi nombre al entrar, pero no al salir, así que en realidad seguía estando allí cuando todo el mundo ya se había ido, incluso después de que cerrasen la sala.

»Llovía cuando llegué a aquel país, pero como de hecho yo no estaba en ninguna parte, podía viajar a placer. Llovía y era casi de noche. Me hallaba a la salida de una estación y cogí un tranvía. En frente de mí había un hombre sentado. «¿Qué miras?», me preguntó. «Le miro las manos.» Movía las manos continuamente, poniendo una sobre la otra o enfrentando las palmas, como animales en lucha. «No hagas caso –dijo el hombre–. Es una manía: lo hago siempre que estoy a punto de tocar. ¿Quieres una entrada gratuita?»

»Nos apeamos en una calle ancha y concurrida. El hombre caminaba entre la multitud, delante de mí. De pronto se volvió para gritar: «¡Es tarde, debo darme prisa!», y echó a correr agitando los brazos como si huyese despavorido y tratase de protegerse de algún peligro. Habría preferido quedarme en la calle, porque las luces flotaban sobre el asfalto como sobre la superficie de un agua profunda y oscura; sin embargo, ya que el hombre de las manos me había regalado la entrada, decidí asistir al concierto. Yo era la última persona en el pasillo y me dejaron pasar justo antes de que cerrasen las puertas.

»¡Qué rara era aquella sala! Envueltos en una nebulosa luz naranja habría allí, congregados como en un cortejo fúnebre, hasta cien pianos de cola. Las personas sentadas ante ellos charlaban unos con otros de la manera como se suele charlar en los conciertos, llenando la sala de rumores contenidos. Una señorita me condujo hasta mi piano, situado entre las primeras filas. No compré ningún programa porque vi que estaban en blanco. Oí el «¡chsss!» procedente de la parte trasera de la sala y miré hacia el escenario para ver si había llegado ya aquel hombre. Y entonces vi que sobre la tarima no había piano alguno, sólo una silla. Nos pusimos en pie y aplaudimos cuando el hombre subió al escenario. Sus manos ya no se movían; se inclinó ante el auditorio, tomó asiento y esperó a que dejáramos de aplaudir.

»Cuando se hizo el silencio empezamos a tocar. Estaba segura de conocer aquella melodía, suave y delicada, que se deslizaba por la sala como si la interpretase un único piano; pero no era capaz de recordar el nombre de la pieza ni del compositor; ni siquiera podía distinguir qué clase de música estábamos tocando, ni de qué época era. Cuando finalizamos, el hombre se puso en pie para agradecer el aplauso que en aquel momento atronaba en la sala; luego volvió a sentarse en su silla, con la manos reposadas como si jamás se hubieran movido, y nosotros volvimos a tocar. Ninguna de las piezas me era familiar, pero no importaba, y no importa; sólo sé que era una música antigua y encantadora. Sobre el escenario, sentado en su silla, aquel hombre permanecía en silencio, lejano, y cada vez que finalizábamos una pieza se levantaba para darnos las gracias por nuestro aplauso. Al final de la función le obsequiamos con tal ovación que nos vimos obligados a tocar una pieza de más.

–¡Ay, Maventer! –dijo–. No fue agradable regresar de aquel país. Un día me marcharé y ya no volveré más.
–Es cierto –contesté–. Un día te marcharás y ya no volverás más.

Entonces me preguntó:

–¿Querías llevarme en tu coche hasta El País? Todavía hay luz.

El País estaba a unos siete kilómetros de allí. Ella había encontrado aquel lugar una vez, y ahora le pertenecía, como le pertenecía su ala del castillo, y algunos rincones del comedor, del pasillo o del jardín, lugares donde siempre acudía y de los que los demás debíamos mantenernos alejados. Al principio fue difícil acordarse de todos ellos. «Por favor, Maventer –decía ella entonces–. No debes pasar por ahí», sin explicar nunca por qué. Tal vez hubiese en aquellos lugares cosas que ella veía; aunque bien pensado, no creo que eso importe mucho.

Así pues, aquella noche fuimos a El País. Cuando descendimos del coche dijo: «Mañana me iré y ya no volveré más. Esta vez voy a jugar a lo grande». Nos sentamos. Me contó muchas cosas aquella noche, y la verdad es que no recuerdo muy bien todo lo que dijo, pero sí la recuerdo a ella sentada en la tierra. Fue como si hubiera absorbido la vida independiente, y casi diría consciente, de los árboles y de las otras cosas en las que creía con tanta fuerza. Se convirtió en la sombra y en el temblor de los abetos plateados que allí crecían, y en el carmesí roto y acartonado del cauce seco. No sé expresarlo de otra manera: ella se dilataba y crecía para poder contener la noche, la fragancia del laurel y, por fin, el valle entero. Aquella noche el valle fue creado de nuevo por las manos de un loco, que tomó posesión de la luna y pintó y golpeó con ella las rocas y los árboles hasta que un insoportable delirio se apoderó del paisaje. Todas las cosas empezaron a respirar y a vivir en ella, era algo abrumador.

–Tienes miedo –me dijo.

–Sí –respondí, pero no me oía.

–Tienes miedo porque tu mundo, el mundo seguro en el que eras capaz de reconocer las cosas, se ha esfumado, y ahora ves que las cosas son creadas de nuevo a cada instante, y que están vivas. Todos vosotros creéis que vuestro mundo es el verdadero, pero no es así; el mundo real es el mío, la vida que existe detrás de la primera realidad visible, una vida que es tangible, y que tiembla. Y lo que tú ves, lo que la gente como tú ve, está muerto. Muerto.

Maventer suspiró.

–Ella se tendió de espaldas en el suelo y vi que era pequeña y delgada como un niño –dijo, y guardó silencio.

–¿Y luego? –pregunté.

–Luego rompí el hechizo –dejó caer lentamente las manos desde su regazo, en un gesto de amargura o de impotencia–. Me fui caminando, y la esperé un poco más abajo, junto al coche. Y a la mañana siguiente se fue. Y no volverá. En cuanto a mí, he decidido hacerme viejo. Aunque ya no soy joven y he vivido mucho, mientras ella estuvo aquí era imposible envejecer. Ahora ella se ha marchado y tú has venido para que pueda contar su historia. Ya está contada, ya puedo empezar a envejecer.

»Fui a El País una última vez y todo era normal: un cauce de barro rojo y reseco, algunas rocas, árboles, nada que temer. Es extraño empezar a hacerse viejo. La muerte ya no queda muy lejos.

Se levantó: «Ahora debes irte. Te acompañaré hasta Digne».

Y eso es lo que hizo, y allí nos despedimos, frente al paso a nivel situado en una curva de la carretera que lleva a Grenoble. Maventer sostuvo mi mano entre las esponjas de las suyas. Sus ojos seguían esquivándose; nunca pude apreciar debidamente cómo eran, por lo que nunca llegué a conocerlo de verdad. Después de pasar la curva dejé de ver a Maventer; oí el ruido de su automóvil al dar la vuelta y partir, y cómo fue debilitándose con la distancia, hasta extinguirse.

Finalmente se hizo el silencio. Entonces pensé que tal vez yo la encontrase algún día, en algún lugar.

Libro segundo

1

–Eso no es una casa –dije yo, mientras el coche accedía a la calzada interior–; y ni siquiera sé cómo te llamas.
–Fay –respondió ella.

Era una ruina. Al aproximarnos pude verla mejor bajo la llorosa luz con que rompía el día. Un césped abandonado de un verde blancuzco, helechos varios y toda clase de flores silvestres pululaban sobre montones de piedras descoloridas. Podridos y cubiertos de moho, los marcos de las ventanas se inclinaban en grotescas posturas sobre unas débiles y medrosas columnas, como soldados que han tomado una fortaleza y acaban de sorprender a las mujeres. Las puertas, sobre las que vegetaba un musgo roñoso entre escamas de pintura desconchada, se hundían, desconsoladas, hasta las rodillas en el agua muerta y herrumbrosa de un cráter de bomba, y extenuados por una desesperada lucha a muerte, muebles y colchones despedazados yacían dispersos entre los arbustos, esparciendo un enfermizo olor a podredumbre.

La parte superior de la torre había sido derribada y dejaba ver su interior como un cadáver sobre la mesa de autopsia; los sillares de una escalera de caracol, picados por las balas, reflejaban una luz azulada. Fay me precedía escaleras arriba. A medio camino había una puerta baja de madera tosca, casi fuera de quicio. La abrió de una patada.

«Éste es el único cuarto habitable», dijo.

Era una habitación larga y estrecha. Encendió una lámpara y vi que en las paredes colgaban restos de tapices de piel rojiza, bordados con caracteres rúnicos en oro pálido. A la izquierda de la puerta había dos ventanas, una de ellas cegada con tablones y láminas de cartón. De la pared de enfrente colgaba una larga hilera irregular de unas veinte fotografías, la mayoría de hombres y de niños, aunque también había un par de niñas. Algunas eran muy grandes, otras del tamaño de una postal y hasta había fotografías de carnet. Sobre cada una de ellas habían trazado, con matemática exactitud, una cruz en tinta roja. Yo no conocía a ninguno de los retratados. Debajo de cada fotografía, colocados sobre un largo anaquel de madera basta, descansaban sendos tarros de mermelada con flores. En cada uno de ellos había una flor distinta. Me senté de espaldas a los retratos.

«En aquel rincón hay un par de colchones, detrás de la cortina –tenía una voz ronca y sin embargo hermosa–. Creo que es mejor que te acuestes; has bebido demasiado y mañana vienen los demás. Pero mira de no tumbarte encima de Párroco y Sacerdote.»

Intenté desalojar a los gatos del colchón más cercano al rincón, porque prefería acostarme junto a la pared; pero uno de ellos –Párroco, según supe más adelante– empezó a dar bufidos y me arañó en la mano, conque tuve que tenderme en el otro colchón. Fay describió la cortina y me lanzó algo: «Coge este mantel y arrópate bien –dijo–. Esta miserable casa es muy fría y húmeda».

No sé qué hora sería cuando me desperté, pues un extenso y oscuro manto de lluvia tapaba la tierra. Aturdido por un fuerte dolor de cabeza, me dirigí a la ventana para contemplar la lluvia. De repente oí un ruido breve y seco –el corte de unas tijeras de jardín– y en aquel momento vi a Fay.

Estaba descalza sobre un suelo de arena y agudas piedrecillas y cortaba flores de un rosal silvestre. Bajo la lluvia su pelo corto era de un negro azulado. Llevaba un impermeable morado y debajo una prenda corta de color negro. Aprecié que era la mujer más bella de cuantas había visto en mi vida, más incluso que la muchacha china de Calais, aunque a ésta, debo reconocer, sólo la había visto un momento. Más tarde, en la isla, pude comprobar que los hombres se volvían locos por Fay. Hacían las cosas más ridículas con tal de llamar su atención, o para acostarse con ella, y aún en el caso de que tuviesen éxito, ya porque a ella le viniera casualmente en gana, ya

porque hubiese bebido, como era habitual, a la postre no obtenían otra cosa que el recuerdo doloroso de sus dientes fuertes y afilados y de su total indiferencia. Cada vez que, pensativa, se detenía a considerar qué flor elegía para cortar, yo advertía un movimiento peculiar de su boca: doblaba el labio superior sobre los dientes superiores y adelantaba un poco la mandíbula inferior. Los niños suelen hacer este mismo gesto cuando despedazan un insecto, y como yo se lo había visto hacer a ella varias veces, no sólo con las flores, me pareció que su rostro adquiriría en esos instantes una apariencia cruel, diabólica. La acostumbrada expresión de indolente acritud o de sarcasmo se intensificaba entonces en sus ojos; unos ojos que se volvían más pequeños y más duros, y creo que también más negros, y si cabe más inaccesibles de lo que normalmente eran.

«¡Hola!», grité.

Fay miró hacia arriba y se echó a reír. Ella apenas reía, por lo que la delicadeza que de repente se reveló en su rostro me desconcertó, acostumbrado como estaba a la expresión áspera de su melancolía, que ni siquiera el sarcasmo de sus ojos podía disimular.

«¡Espera un momento!», exclamé, y bajé corriendo las escaleras. En el umbral me quité la ropa exterior y los calcetines y lo arrojé todo a un lugar seco en lo que antaño tuvo que ser una galería.

«¿Puedo ayudarte?», pregunté. Llovía a cántaros y el pelo se me pegaba a la frente en mechones.

Por toda respuesta, Fay señaló un arbusto de rododendros y alzó tres dedos en el aire; luego se inclinó sobre una mata de minutisas y dejó de prestarme atención. Cuidando de no tropezar con ninguna piedra ni de resbalar en el musgo que cubría las piedras y la madera, trepé hacia el rododendro y arranqué las tres flores. El último trozo del tallo, más duro, tuve que separarlo con los dientes; escupí el jugo, pero me quedó en la boca su gusto amargo.

Puse en alto las pesadas flores para mostrárselas a Fay, que inclinó la cabeza en señal de aprobación. Luego colocó las manos a modo de bocina para gritar:

–¡Lilas: cuatro!

Miré a mi alrededor, pero no vi lilas por ninguna parte.

–¡Por aquí no hay lilas! –grité, pero llovía tanto que no me entendió. Volví a gritar–: ¡No hay lilas!

–Súbete al muro y cruza el puente –contestó.

Me encaramé asíéndome de la hiedra, con miedo de que el musgo y las ramas de la enredadera se desprendiesen del muro. Pataleando torpemente busqué a tientas un punto donde apoyar los pies, pero no encontré nada. Los punzantes tallos de la hiedra se me clavaban en las manos, y justo cuando estaba a punto de dejarme caer, sentí sobre las pantorrillas dos manos fuertes y calientes que me impulsaban hacia arriba. Así pude alcanzar la parte superior del muro. Tambaleándome sobre piedrecillas desmenuzadas, me di la vuelta y vi que Fay extendía el brazo para que la aupase. Lo cierto es que bastó con un leve y rápido tirón: afirmó los pies, sus uñas rojas resplandecieron asombrosamente contra el verde de la hiedra y trepó a lo alto como un gato.

Al otro lado del muro, tras unos caprichosos meandros en abanico, un riachuelo muerto alcanzaba su verdoso y salobre fin en un estanque repleto de mucílago de un verde intenso y de algas de aspecto diabólico que asomaban amenazantes sobre la superficie de terciopelo.

Nos deslizamos por el muro para llegar al puente, que consistía en dos troncos sin desbistar tendidos de una a otra ribera y unidos por una serie de cortos travesaños, húmedos y medio hundidos, que habían sido introducidos en unas ranuras practicadas en la madera.

Fay iba delante, saltando ágilmente de madero en madero. Con un ruido sordo, empezó a caer tierra y pedazos de corteza, formándose un pequeño alud que partió el agua muerta bajo nuestros pies. Yo la seguía, pero me detuve bruscamente al ver vacilar uno de los travesaños. Me clavé las uñas en las palmas de las manos, deseando encontrar el valor suficiente para seguir adelante antes de que Fay alcanzara la otra orilla y se volviese para mirarme. En seguida, sirviéndome de un palo que había hallado junto al muro, lo apoyé tan fuerte como pude contra un nudo del tronco de mi derecha y salté.

El madero se ladeó, pero antes de resbalar logré saltar sobre el siguiente.

Cuando al fin alcancé la orilla, casi al mismo tiempo que Fay, jadeaba y sentía latir la sangre en las sienas y en la garganta. Ella ya había pasado a una especie de península formada por la última barroca sinuosidad del riachuelo, y a mi llegada, se encontraba examinando las lilas.

Me pasó las tijeras, después de haber examinado la mata por todos lados, y me indicó, uno a uno, los tallos que había seleccionado para cortar, y el punto exacto donde debía introducir las tijeras. Con agilidad simiesca, fue recogiendo con su mano izquierda las flores que caían.

Le corté cuatro y ella bajó la cabeza hasta hundirla en el arbusto; la hermosa línea de su nuca se mostraba totalmente extendida bajo el cabello cortado a tijeretazos. Cerca de la parte frontal del cuello, a la derecha, tenía una cicatriz alargada que le había dejado una operación. Nunca la ocultaba, a pesar de que le hubiera sido fácil hacerlo; y eso también acentuaba mi sensación de que había algo salvaje y cruel en su persona. Siempre que la veía enfadada o muy excitada por cualquier otra razón, creía que aquella cicatriz iba a empezar a sangrar.

Al verla así, de pie, pasé el brazo alrededor de sus hombros con un gesto rápido, casi tímido.

–Ven –dije, y ella pareció asustarse, pero al instante se dio la vuelta y me rodeó el cuello con su mano, hincándose suavemente las uñas en la piel.

Me miró a los ojos y entonces, lejos de ser crueles, su boca y su rostro revelaron cierta debilidad. La aspereza que solía mostrar había perdido todo su poder. Al hablar, la cicatriz de su cuello temblaba ligeramente.

–Es mejor que regreses –dijo–. Es mejor que te vayas antes de que lleguen los otros. Este es un juego en el que todos pierden –hizo una pausa–. Aunque desde luego... –sus ojos retrocedían más y más hacia una tristeza, o una debilidad, hasta donde no podía seguirla–, desde luego, depende de ti.

–No conozco ningún juego con vencedores –respondí.

Me clavó las uñas con más fuerza.

–Así que eso lo sabes –dijo.

La debilidad desapareció y Fay rompió a reír, aunque con una risa demasiado sonora. Arqueó el cuerpo y echó la cabeza hacia atrás, excesivamente, como las bacantes de las ánforas griegas.

Lo que brillaba en sus ojos era casi locura. Arrojó las flores sobre la hierba, aferró mi cabeza con ambos manos y me mordió. Me mordió en la boca y en el cuello y tiró hacia sí de mis dientes con los suyos. Yo aullé de dolor. Me soltó y retrocedió lentamente, paso a paso. Tenía ahora un poco de sangre en la boca y mantenía la cabeza ladeada, como un perro sorprendido. Agitaba las manos con leves movimientos, convulsivamente, y rompió a reír de nuevo, pero esta vez más flojo, casi con modestia, y con su verdadera voz, una voz de contralto.

Recogí las lilas y las recompuse cuidadosamente de acuerdo con su longitud, pero cuando la vi encaminándose de nuevo hacia el puente y preparándose para saltar sobre los travesaños como un gato montés, o como Dios sabe qué, grité: «¡Sigue así! ¡Cáete ya de una vez!».

Ella se detuvo sobre el madero tambaleante, cuyo lado más resbaladizo, rodando sobre sí mismo, había quedado boca arriba; se apartó a un lado hacia el tronco izquierdo, y desde allí, de pie con las piernas abiertas, de espaldas a la corriente, empujó el madero al agua.

Tras alcanzar, con mucho esfuerzo, la otra orilla, escalé con las lilas el muro y me deslicé, o mejor dicho, me dejé caer por la hiedra hasta el otro lado. Cuando entré en la casa supe que Fay estaba arriba porque oí los chillidos de Párroco y Sacerdote.

Yo no quería subir todavía, así que me dirigí al lugar seco de la galería para vestirme. Si hasta aquel momento no había tenido motivos para reír, entonces los tuve, porque en un rincón hallé una pila de ridículos dibujos de monos, pintados en vivos colores por Jawson Wood, ligeramente enmohecidos y enmarcados en antiguas y recargadas molduras.

Seguía lloviendo. Con el peine me quité el agua del pelo y pensé que había sido un largo viaje, desde Digne a Luxemburgo, vía París y Calais.

Por el camino hay grandes ciudades, ciudades sucias que dan miedo y que sólo podrían dibujarse con un lápiz gris. Cuando llegas a estas ciudades o cuando partes por la mañana temprano, con el primer sol, se extiende por ellas una luz gris y los viandantes madrugadores se encaminan a los tranvías y autobuses. Se saludan entre sí con un silencioso apretón de manos o llamándose de un lado a otro de la calle, mientras yo camino por en medio.

De camino a París, una noche dormí en un banco de un parque, en Grenoble: «Si vas a Los Ruterros –dijo el hombre que me había llevado hasta allí–, seguro que encuentras algún camión que vaya a París o a Lyon».

Pero no encontré a nadie que quisiera llevarme. Me senté en una mesa cerca de la barra y estuve hasta las dos de la madrugada bebiendo vino del Beaujolais, mientras una serie de camioneros entraban para tomarse una copita rápida de Pernod o de coñac. Traían consigo un olor nauseabundo a sudor y aceite. Fuera se oía el continuado frenar y arrancar de sus pesados vehículos.

Cada cierto rato salía al exterior a respirar aire fresco. El juego nocturno junto a un bar de carretera es

fascinante: los camiones se ven venir a lo lejos con su par de enormes faros delanteros, y sobre la cabina, una tercera luz, como un ojo malicioso. Luego un intermitente alargado empieza a parpadear con su luz ámbar, y entonces sabes que por detrás las luces rojas también se encienden y se apagan, porque este juego tiene sus reglas y cualquier error puede ser fatal. El motor ruge una vez más y después calla; entonces las puertas de la cabina rompen el silencio de la noche y un hombre de piel gris, sin afeitarse, te lanza una mirada fatigada e impaciente cuando le pides que te lleve a París.

Pero lo tienen prohibido: el jefe, ya sabes, un accidente..., ¿y el responsable? Así que entran, chocan las manos, beben algo y charlan un rato. La chica del bar les pone al corriente de los últimos cotilleos de sus compañeros de fatigas y un momento después ya están de nuevo en ruta, luchando en soledad contra la noche, contra el sueño, contra carreteras que muchas veces son demasiado angostas para sus enormes camiones.

Al fin llegué a París, aunque no fue hasta el día siguiente, porque tras salir de Los Ruteros y dormir en aquel banco de parque, me desperté frío y tieso y empecé a caminar hacia las afueras de Grenoble. Cuando el primer camión se me puso a tiro, en lugar de seguir la tradicional ceremonia del dedo pulgar, agité los brazos. Se detuvo.

«¡París!», grité, pero el ruido del motor no permitía que me entendiese.

–¡París! –volví a gritar–. *Est-ce que vous allez à Paris?*

El conductor contestó desde arriba:

–Sí, París. Pero date prisa. *Allez vite*, viene otro camión detrás.

Serían ya cerca de las cinco de la madrugada y yo era feliz. En mi camino hacia el sur había ido por Reims, dejando París a la derecha, pero ahora por fin iba a visitar París.

¡Ah!, ardía y me sentía como un romano a punto de pisar Atenas por primera vez.

Sin embargo, aunque la ciudad en sí era cálida, no resultó nada acogedora para un forastero como yo. Cogí el metro en Les Halles, donde me había dejado el conductor, en dirección a la Porte d'Orléans, porque tenía que ir al albergue juvenil del Boulevard Brune.

El metro iba hasta los topes, y en aquella atmósfera cargada y hostil me sentí sucio y cansado. Después de un largo trayecto me alegré de pisar de nuevo el suelo exterior. El albergue juvenil estaba a unos diez minutos del metro; llegué justo a tiempo de registrarme, pues las puertas se cerraban de diez a cinco.

Pasé el día dando vueltas por París, perdido entre la gente que pasaba a mi lado charlando y riendo, hasta que huí hacia la Pointe de la Cité, detrás de la estatua de Enrique IV. Los dos brazos del Sena se vuelven a unir en el extremo de la isla, donde un agua pardusca lame las piedras al cruzar los barcos.

Sé que no es justo escribir así de París, porque no fue ésa mi idea en la galería de casa de Fay; en realidad el pensamiento viene de más tarde, cuando la alegría inicial del romano en Atenas se había consumido; o de más tarde incluso, de los días de mi miseria en la ciudad y de toda la miseria de los demás que por ende me rodeó.

Pero esos tiempos todavía estaban por venir.

Me hallaba en París por primera vez; y París era majestuosa. Lucía el sol y yo descansaba en el muelle de la isla, escuchando las aguas y la respiración de la ciudad tras los altos árboles de la orilla opuesta del Sena. Pronto conocí a Vivien, y ella fue el vínculo con Calais. Todo estaba en orden y esto sigue siendo una historia.

Se reía demasiado fuerte: era eso. Estábamos en el albergue y ella reía demasiado fuerte; pero cuando busqué el rostro que se reía de ese modo, sólo hallé un rostro corriente, con muchas arrugas alrededor de los ojos, como los rostros de quienes han sufrido.

Esto es ridículo, pensé, es ridículo que alguien con esa cara esté tan alegre; y así se lo dije aquella noche.

Fue una noche agradable, creo recordar. Había australianos, y Ellen, la amiga de Vivien, y un chico de Utrecht. En algún lugar del bar alguien cantaba al son de un acordeón y tras la barra de metal el patrón lavaba los vasos ruidosamente. Había mucho humo, y en el exterior todo hacía presagiar tormenta. «¿En qué piensas?», me preguntó Vivien, y de repente noté que me estaba acariciando la mano. La miré. Es vieja, pensé, y tiene una cara corriente. Los australianos y Ellen se marcharon, pero Vivien no quiso irse con ellos. El chico de Utrecht también se quedó, porque tenía una llave nocturna. Vivien y yo no teníamos.

«¿Por qué no dices nada?», susurró. Se inclinó sobre mí, con un ligero movimiento de cabeza dirigido al chico de Utrecht: «Three's a crowd».

En el metro, de regreso a la Porte d'Orléans, ella continuó acariciándome la mano, pues al parecer le resultaba agradable. Yo hubiese preferido que no lo hiciera, pues lo consideraba sencillamente ridículo. Lo que acabo de decir no es justo, porque no es cierto. En cualquier caso, lo que yo pensé entonces es que ella estaba deseando que la besara y la abrazara; y al mismo tiempo pensé que no sabría hacerlo bien, o no lo bastante bien, porque ella

era mayor y yo sabía que ya se había acostado con muchos hombres, aunque no me lo hubiera dicho.

¡*Soit!* La llave estaba fuera, Utrecht estaba dentro. La besé y sentí lo caliente que estaba; pero de pronto me di cuenta de que no era yo quien la besaba, sino ella a mí, y de que me sujetaba y me acariciaba.

«Eres tan extraño. Tus ojos...», sentí su voz muy cerca; luego no dijo nada más, sólo jadeó y al fin me soltó.

Regresamos caminando despacio hacia el Boulevard Brune y entramos en un bar para tomar un café. Unos cuantos jóvenes trabajadores estaban jugando al fútbolín, y tengo razones de sobra para acordarme del aspecto que tenían. Dos de ellos iban en mono de trabajo, los otros tres vestían ropa barata de colores chillones. El tableteo de esa cosa y los gritos broncos e inarticulados de los jugadores sofocaban los discos de Patachou.

Dos de los jóvenes se aproximaron a nuestra mesa.

–*Vous êtes Américaines?* –preguntó uno de ellos.

–*Ah non*; ella es irlandesa, *irlandaise* –dije–. Yo soy holandés.

–No –dijo él–. Americanos –estaba un poco borracho y llamó a los otros–. ¡Son americanos! –gritó, y dirigiéndose a nosotros–: Tomaos algo con nosotros, os invitamos.

Nos hizo recordar lo que leímos en el librito que nos había prestado el chico de Utrecht acerca del carácter de los parisienses, y aceptamos la invitación. Sentí cómo Vivien me presionaba la pierna entre las suyas por debajo de la mesa, y comprendí que quería irse. Yo también deseaba marcharme de allí, aunque temía que aquellos jóvenes comentasen nuestra reacción y se burlasen de nosotros.

–El proletariado francés –dijo uno de los trabajadores– le ofrece una bebida al capitalismo americano.

Los otros se echaron a reír. Ahora formaban un círculo a nuestro alrededor y nos observaban mientras tomábamos el café.

–Americanos, no –dije–. Ella es irlandesa, de Dublín, y yo soy de Holanda. *La Hollande, Pays-Bas, Amsterdam*.

–¡No! –dijo el cabecilla, algo borracho–. Americanos, New York. *How do you do? Américains, capitalistes*.

Terminamos el café, les dimos las gracias y estrechamos manos. Nos acompañaron hasta la puerta, y noté que seguían observándonos cuando Vivien me besó cien metros más allá.

Yo tiré de ella y entonces me di cuenta de que iban detrás de nosotros.

–Nos están siguiendo –dije.

Ella volvió la cabeza. Ya los teníamos muy cerca, y cuando aceleramos el paso, empezaron a correr.

–¡Corre! –le dije–. Si corremos rápido llegaremos antes que ellos, no está lejos –pero ella no quiso correr, y al cabo de un instante nos alcanzaron. Nos detuvimos, y nadie dijo nada. La manera como nos rodeaban y nos hacían muecas resultaba extraña y algo angustiada.

Al fin el cabecilla, el que nos había invitado a café, empezó a hablar. Me agarró del brazo:

–Sucede algo curioso –dijo–. No es muy grave, pero, bueno... –ahora sí que estaba bien borracho–. Un asunto desagradable –suspiró. Los demás seguían callados y nos rodeaban.

–¿Qué quieren? –preguntó Vivien. No entendía el francés.

–No lo sé –y le dije al hombre que me sujetaba–: ¿Qué quieres? Suéltame.

Me agarró por el cuello y me zarandó.

–¡No seas bocazas, estúpido americano! –gritó–. El asunto es que estás con una chica –aflojó sus grapas un instante. Yo tenía miedo.

–Salgamos corriendo –le dije a Vivien, pero ella preguntó de nuevo:

–¿Qué quieren?

Y yo grité:

–¡Ya te he dicho que no lo sé!

El cabecilla volvió a apretar mi brazo:

–Hay un pequeño problema –dijo–. Algo con la caja. La caja del café no cuadra. Es poca cosa.

Me sentí muy cansado. Ya no había gente en la calle.

–Es muy desagradable –repitió, pronunciando ahora lentamente–. Muy desagradable. Es poca cosa. ¿Puede usted acompañarnos de vuelta al café?

–Muy bien –le dije–, se lo preguntaremos al dueño del café.

Comenzamos a caminar en esa dirección, todos juntos, despacio y en silencio como borregos, hasta que ellos volvieron a detenerse. Yo quise seguir adelante, pero el cabecilla empezó a gritar:

–¡Párate ya, maldito cerdo de mierda, me cago en...! –y no supo cómo seguir.

–Creí que íbamos al café –dije. Pero él volvió a agarrarme de la ropa y apretó su enorme puño contra mi boca, mientras otro de ellos me cogía por la nariz, impidiéndome respirar.

–¡Si no fueses con una chica...! –bramó de nuevo y soltó unos cuantos tacos. Luego, súbitamente, me soltaron, y él empezó a gimotear y a hacer pucheros:

–¡Es tan desagradable, no sé cómo explicarlo!

Retrocedí poco a poco hasta que vi el cuchillo que uno de ellos sostenía en la mano. Parece que va en serio, pensé, y el cuchillo está oxidado, así que pregunté:

–¿Cuánto?

–Seiscientos –contestaron.

–Seiscientos –le dije a Vivien, porque yo no llevaba dinero encima.

–¿Por qué? –preguntó ella, pero no respondí–. Pero... ¡Pregúntales qué pasa!

–¿No ves que están borrachos? –repliqué.

Vivien sacó su monedero:

–*An irishman would have fought the lot of them* –dijo–. Uno, dos, tres, cuatro... –contó los billetes de cien francos en su mano expectante, sudorosa.

–Sólo hay cuatro –dijo él–, y ahí tienes un billete de mil.

–Pregúntale si tiene cambio.

A modo de respuesta, el jefe agitó en el aire los cuatro billetes que Vivien le acababa de dar. Ella le entregó el billete de mil francos, y él le devolvió los cuatrocientos. Ya podían irse.

–Ha sido muy desagradable –dijo, y nos dio la mano; ahora lloraba de verdad–. Muy fastidioso, mal asunto.

Ni Vivien ni yo dijimos nada. Yo sabía que ella me consideraba un cobarde, y pasado un rato le pregunté:

–Piensas que soy un cobarde, ¿no es cierto?

–*No, I'm sorry about that* –contestó–. Lo tuyo no es pelear, y en cualquier caso, ¿qué podías hacer contra cinco tipos como esos?

Sí, pensé, así es, y aún encontré una excusa aún mejor:

–Dios sabe lo que habrían hecho luego contigo. Estaban borrachos –aunque desde luego, pensé, un irlandés habría luchado contra todos, y seguro que ella pensaba igual, pero se detuvo y me dijo:

–Olvidémoslo. Olvidémoslo del todo. No ha pasado nada.

Seguimos caminando.

Las calles estaban silenciosas, pero a lo lejos oíamos la ciudad. Y porque sabía que ella lo estaba esperando; y porque no dejaba de tocarme la mano, la sujeté entre mis brazos, la apreté contra la pared y la acaricié. Pero yo no podía dejar de pensar. Registré cada detalle de su rostro, no sé expresarlo de otro modo: el suave vello de sus mejillas, su tentadora boca rosada... Y de pronto empezó a moverse entre mis manos; se balanceaba como los barcos de vela cuando recogen una ráfaga de viento. La oí hablar, pero no entendí todo lo que dijo.

–¿Qué ocurre? –pregunté–. ¿Qué estás diciendo? –y la solté lentamente.

Ella volvió la cabeza apartándose de mí y mantuvo la boca abierta. Así permaneció un momento, hasta que preguntó:

–¿Cuántos años tienes?

–Dieciocho –dije.

–*Who taught you?*

No creía haber hecho nada especial; sólo había hecho lo que suponía que debía hacer, o lo que pensaba que los demás habrían hecho en mi lugar, o algo así.

–Nunca me he acostado con una mujer –dije.

Ella me cogió por los hombros y me mantuvo a corta distancia:

–Pues no lo hagas nunca.

–Tú seguro que te has acostado con muchos hombres –dije.

Ella asintió con la cabeza, pensativamente, como si los estuviera contando.

–Pero no lo haré nunca más –y de repente rompió a llorar.

Para ser sincero, me puse furioso. No fue una reacción muy caballerosa, pero así fue.

–No llores –dije–. No lo hagas.

Me preguntaba por qué la gente siempre se me echa a llorar, y por primera vez me acordé de mi tío Alexander y de aquella primera noche en Loosdrecht, cuando me dijo que no estaba llorando.

–No estoy llorando –dijo Vivien–. Pero ¿cómo sabes que estoy triste?

–Tus ojos –con la yema del dedo tracé un círculo alrededor de ellos, como si estuviera dibujando la montura de unas gafas–. Tienes arrugas aquí –yo seguía inclinado sobre ella, que lloraba apoyada contra la pared.

Al fin lo soltó:

–*He was so beautiful* –dijo, modulando el tono de la última palabra, que adquirió un timbre extraño y arrebatador.

–¿Quién? –pregunté.

–*My baby*.

O sea, eres madre, pensé, y me pareció extraño.

–Creo que ahora quiero irme a dormir –dije, y le di un beso de buenas noches, pero ella deseaba hablarme del hombre que la había abandonado:

–Era tan guapo y tan grande, y lo hacía todo tan bien. Me hubiese sido fácil obligarlo a casarse conmigo, muy fácil; él mismo se ofreció, a pesar de que no lo deseaba de verdad. No acepté su proposición porque lo amaba. Lo que sucedió después no fue nada, todo lo más, anodino –alzó un poco la cabeza y me lanzó una mirada penetrante–. Tienes unos ojos extraños –volvió a decir–, ojos seductores. Creo que son verdes a la luz del día; son ojos de gato.

«Son de todos los colores», pensé yo, y ella introdujo las manos bajo mi ropa y me dijo que yo hiciera lo mismo, y así sentí lo suave que era, y como yo no dejaba las manos quietas, empezó a moverse otra vez y a jadear un poco. Así que pensé: «si no quiero oírte jadear, tengo que jadear yo mismo, y si no quiero sentir que te mueves debajo de mí –porque nos habíamos tumbado en la hierba, sobre su chubasquero–, tengo que moverme yo mismo». Intentaba hacerlo tal como lo hacen a veces en las películas, y resoplar un poco y moverme como Vivien, pero no era capaz, porque me parecía ridículo, y tal vez también porque no podía dejar de pensar en que era vieja, y vulgar, y en que ya era madre; aunque no creo que ella lo notase. Al final me quedé quieto, y ella dijo:

–Qué delgado estás.

–Y el niño –pregunté–, ¿dónde está?

–Tuve que entregarlo –susurró, y ahora estaba verdaderamente triste–. Tuve que entregarlo y ya no me dejarán verlo nunca más; me hicieron prometer que no lo intentaría. Ahora lo han adoptado. Era el bebé más hermoso que jamás hayas visto.

–Sí –dije.

–Era grande y fuerte. Ahora le pondrán otro nombre, y nunca sabrá que esa otra mujer no es su madre, ni quién soy yo. Pero tuve que entregarlo, porque soy enfermera en un sanatorio enorme al este de Londres; estoy interna y no podía tenerlo conmigo cuando regresé, después de que naciera.

–Sí –dije, y me levanté. Estaba rígido y frío y triste.

–Bésame –dijo, y la besé otra vez, tan fuerte como pude, pues había advertido que así era como más le gustaba. Luego entré corriendo en el albergue, porque estaba cansado y necesitaba dormir. Ella tenía una tienda fuera, que compartía con Ellen.

Al día siguiente vi algo extraño, algo que nunca antes había visto. Había quedado con Vivien hacia la una, junto al gran estanque de los jardines de Luxemburgo, en el lado de la rue des Médicis. Yo llevaba allí desde las once, porque me gustaba aquel lugar. Me había sentado cerca del césped y miraba pasar a la gente. Mi gorra rumana, bordada a mano en rojo y negro, fue la causa de una pequeña anécdota. Mucho más tarde, cuando pasé apuros económicos en esta ciudad, la misma gorra me ayudó indirectamente a encontrar trabajo: un trabajo sucio y mal pagado, pero necesario. Noté que alguien tenía la mirada fija en mí, y que él, pues era un hombre joven, cuando simulé por un momento no mirar, se cambió de silla. Al cabo de un rato se levantó de nuevo y pasó por detrás de mí. Esperé a que me dirigiera la palabra. Su voz era suave, y hasta pude notar que su francés tenía un acento singular.

–¿Es usted yugoslavo?

–No –respondí, y de hecho me supo mal, pues por su voz deduje que le hubiera encantado que yo fuese yugoslavo–. No, soy holandés, y la gorra es rumana.

El hombre, o mejor dicho, el muchacho, era un exiliado político. Me habló de su país y me dio un vale para

una comida en uno de los *Foyers Israélites*, así que me fui a comer allí con Vivien, porque él ya había comido.

Aquel día Vivien no parecía tan vieja, porque no quería parecerlo; tenía el aspecto de estar decidida a reírse mucho y a pasárselo muy bien.

El Foyer estaba abarrotado y había mucho ruido, pero por aquel entonces eso nos gustaba. Observábamos a los muchachos judíos, algunos de los cuales llevaban unos casquetes negros como el de mi tío Alexander, y escuchábamos todos los idiomas que se hablaban allí. Luego yo quise ir a la Île, pero Vivien prefería regresar al albergue juvenil.

–¿Por qué? –pregunté–. Está cerrado hasta las cinco.

–Pero mi tienda no.

Y gracias a que decidí irme con ella tuve luego la ocasión de asistir a la transformación de su casa. El interior de la tienda era cálido, y ella estaba tumbada junto a mí. Vivien permanecía en silencio y yo en realidad no la miraba a ella. Al cabo de un rato yo estaba echado encima de ella y vi que su cara ya había cambiado. Ahora era un rostro joven, y la luz del sol que iluminaba la lona naranja de la tienda le daba un desconcertante resplandor anaranjado. Seguro que no la amaba, porque yo tenía en mente amar a la muchacha china si alguna vez llegaba a encontrarla; pero la magia se produjo, y pasé los dedos suavemente sobre extrañas facciones que nunca antes había visto, y el rostro resplandecía y era como si no lo tocara, o como si ni siquiera pudiera tocarlo.

–¡Eh! –la llamé en voz baja, pues me dio la impresión de que por un instante se había hecho tan inalcanzable como su rostro; pero aún estaba ahí, y le dije–: Te ha cambiado la cara.

Vivien rió en un tono grave.

–¿Cómo? –preguntó.

–No lo sé –intentaba hallar una respuesta–. Es más joven. Y creo que es un rostro bonito.

Ella seguía riéndose, algo misteriosamente, y por lo tanto ya no era una persona corriente. Parecía feliz. Alzó los brazos, y a pesar de las risas, su tono expresaba otra cosa cuando dijo:

–¿No te habías fijado hasta ahora?

–¿En qué? –yo no había visto nada.

–En realidad no debería contártelo –dijo–, porque me arrepiento de lo que hice; fue una cobardía.

Mientras hablaba noté que tenía dos extrañas marcas en los brazos, en la parte interior de los codos.

–¿Cómo te lo hiciste? –pregunté.

Volvió la cabeza hacia un lado, de modo que ya no podía verle la cara.

–Con una cuchilla de afeitar –dijo–. Pero fue cuando estaba en el hospital; no di con la vena adecuada, y me descubrieron tan pronto que no tuve ocasión de desangrarme.

–Entiendo –dije, y a pesar de que su cara se mantenía distante, la rocé delicadamente con mi boca. Vivien hubiera querido, lo sabía, que me acostara con ella, aunque desde la noche en que no luché, es obvio que me consideraba un cobarde, además de no ser tan guapo ni tan grande como otros hombres por lo que probablemente no pudiese hacerlo con ella tan bien como ellos. En cualquier caso, podría haber ocurrido, pero no tuvimos oportunidad, porque llegó Ellen y al día siguiente ya se iban.

Esa noche decidimos organizar un concurso para ver quién de nosotros llegaba primero a Calais, haciendo autostop.

«Nosotros» éramos una chica americana llamada Geneviève, los dos australianos, Ellen, Vivien y yo. En realidad yo no quería ir a Calais, pues de todos modos no tenía dinero suficiente para pasar a Inglaterra, pero pensé que cuando se fuese Vivien no quedaría allí nadie a quien yo conociera. Eso mismo me ha seguido ocurriendo en todos mis viajes: siempre me toca perder, porque me encariño demasiado con las cosas y con las personas, y así, viajar ya no es viajar, sino despedirse. Me he pasado la vida despidiéndome y recordando, y coleccionado direcciones en mis agendas, como pequeñas lápidas.

Al día siguiente me levanté a las seis. París estaba intratable y desagradablemente frío. No sabía si era el primero en partir, pero estaba decidido a llegar a Calais aquella misma noche, porque quería demostrarme a mí

mismo que era uno más del grupo y participaba en el concurso. Es extraño, pero durante todo el día imaginé que ella iba a estar allí por la noche, pues en ningún momento dudé de que las chicas llegarían antes que yo.

Cogí el metro hasta la Porte de la Chapelle, y de ahí un autobús en dirección a Saint Denis. Empezaban a caer unas gotas y no había árboles, así que me mojé y me ensució. Además, no quería ponerme a hacer autostop inmediatamente, porque mientras hay casas junto a la carretera, tengo la sensación de que la gente me observa tras las cortinas, cosa que suele ocurrir. No tuve mucha suerte aquel día: sólo me cogían para pequeñas distancias, y no pasaban muchos coches, de modo que me vi obligado a caminar durante bastante rato entre campos de trigo y prados, cargado con mi pesado equipaje. Era imposible tumbarse un momento, o sentarse siquiera, porque la llovizna lo había empapado todo. Recuerdo que el caminar así en solitario me producía una sensación de profundo silencio.

El primer coche me había llevado a Chars, que de hecho se encuentra fuera de la ruta, que pasa por Beauvais, así que no tuve más elección que dirigirme a Gournay, y desde allí a Abbeville. Me recogió un camión de gran tonelaje.

–¡La corrupción lo domina todo! –me gritó el conductor–. El Parlamento, los ministros, todo...

–Sí –dije, y la carga y el metal suelto y tembloroso de la cabina asintieron con un enérgico aplauso al pasar por una zona de la carretera en mal estado. Fumábamos nuestros Gitanes y yo hacía lo que podía para seguirlo, diciendo «sí» o «no» en el momento oportuno, cosa que él parecía esperar para proseguir.

–Y lo más bueno es que todos esos ministros, aunque sólo hayan estado una semanita en la poltrona...

Yo me preguntaba si Vivien estaría ya en Amiens, o si estaría siguiendo el mismo trayecto que yo.

–...pillan una apetitosa pensión para el resto de sus vidas.

–Sí –dije– y me decidí a preguntarle si había visto a dos chicas, una de ellas con una banderita irlandesa. Él se puso a renegar porque no funcionaban los limpiaparabrisas y la lluvia había empezado a arreciar y azotaba sañudamente el parabrisas, forzándole a aminorar la marcha.

–¡Y encima la guerra esa! –exclamó–. ¡Nos cuesta un billón de francos cada día! *Ahaha, c'est trop intelligent, l'homme, même plus que les bêtes. Merde!* –y esperó un momento hasta que llegamos a un bache que propició el aplauso unánime del camión y la carga, y con el brazo extendido, la vista fija en la carretera, casi invisible a través de la lluvia, exclamó: ¡Francia está acabada, Europa está acabada!

Al menos llegué a Calais, desde la plomiza y desolada Boulogne, en un grasiento y apestoso camión cisterna, hasta el aún más plomizo Calais, a lo largo de una carretera sobre la que ahora flotaban espesos bancos de niebla llegados desde el mar. Era como si la cabina del camión apenas pudiera soportar la presión de la desesperanza y la sordidez del exterior. Eran las ocho cuando mi chófer me dejó en el centro de la ciudad.

–*Au revoir.*

–Sí, *au revoir.*

Estaba cayendo un chaparrón y las calles estaban sucias y encharcadas. Un muchacho con una chaqueta corta de cuero y unos pantalones vaqueros me miraba mientras me acercaba a él intentando sortear los charcos. Su expresión era dura y maliciosa y tenía una barba corta, desaliñada.

–¿Conoces algún albergue juvenil por aquí? –le pregunté, sacándome el agua de los ojos. Me estuvo mirando durante un rato, sin responder. Después lanzó un potente escupitajo que fue a parar a un charco y dijo:

–Está a unos tres kilómetros subiendo la carretera, justo por donde acabas de venir. Yo también voy para allá; puedes seguirme.

Le pregunté si por casualidad había visto allí a dos chicas, una irlandesa y una inglesa, pero él volvió a escupir, dijo que no y empezó a caminar.

La ropa se me pegaba al cuerpo, y como no había comido nada en todo el día, me sentía enfermo. Él caminaba delante de mí. La lluvia me golpeaba en la cara hasta dejármela fría e insensible como el mármol. Mi acompañante escupía cada dos por tres, emitiendo un sonido crudo y rasposo con la garganta, y no decía ni una palabra. Yo odiaba Calais. El camino por donde marchábamos estaba cubierto de arena y carbonilla; la tierra, empapada, rezumaba agua, y las casas se alzaban impasibles y miserables bajo la lluvia. Desde detrás de unas mugrientas cortinas, niños sucios con caras pálidas, de adultos, nos observaban sin reflejar otra emoción que un hastío mortal. Aquí y allí había espacios vacíos entre las casas, descampados donde se acumulaban los desechos

y el hierro oxidado, y un perro sarnoso ladraba rabiosamente para defender la basura que quizá pronto escarbaría en algún lugar.

El albergue juvenil se encontraba en una bocacalle de la carretera de Boulogne. Era un edificio bajo de madera, y no había nadie. Yo había ganado la apuesta, y estaba triste, porque esa noche me quedaría solo con el argelino, pues argelino era aquel muchacho, y me imaginé que compartiría mesa con él, y que no diría ni una palabra, sólo escupiría. Hacia las diez llegó uno de los australianos, un hombre grande y rubicundo con barba a lo Enrique VIII, y aunque en París no me había fijado mucho en él, ahora me sentí más como en casa. No sabía nada de Ellen ni de Vivien, ni tampoco de los demás.

«Quizás han cogido el barco de las seis para Dover», dijo.

Entonces ya deben de estar en Inglaterra, pensé, de modo que ya no la volveré a ver más.

Conforme avanzaba la tarde fueron llegando más autostopistas. Les acompañaba la lluvia, en sus ropas caladas, y el recuerdo de un día desapacible, pero Vivien no venía con ellos, y nadie la había visto. Por la noche pasé frío, porque no tenía suficientes mantas, y me alegré de que llegara el día, aunque éste no trajo más que nuevas lluvias, y mi ropa todavía estaba húmeda. Fuera todo era más sombrío que nunca.

Aquella noche, mientras dormíamos, apareció el otro australiano. Tampoco había visto a Vivien, y ahora ya era muy poco probable que viniese. Los australianos me pidieron que les acompañara a beberse los últimos francos franceses, y eso es lo que hice. Fue en una pequeña casa de comidas, en las proximidades de *Los burgueses de Calais*, de Rodin. Sólo comimos patatas fritas, y luego nos bebimos una botella de vino barato argelino cada uno.

La última copa la tomamos a la salud de Vivien, que ya estaría en Inglaterra. Pero Vivien no estaba en Inglaterra, porque cuando llegamos cogidos del brazo al control de pasaportes del puerto, ella estaba allí, haciendo cola para pasar la aduana. El día anterior sólo había llegado hasta Boulogne.

«¡Vivien! –grité–. ¡Vivien!» Pero ella me dijo que estaba borracho y yo me eché a llorar, porque estaba convencido de que no era cierto. Yo quería besarla, desde luego, pero ella me rechazó con un ligero empujón y me dijo que más valía que me despidiera saludándola con la mano desde la playa.

«De acuerdo –dije–, me despediré de ti diciéndote adiós desde las playas de Francia.»

Pero no pude encontrar ninguna playa francesa, porque había casas por todas partes y junto al puerto no había playas. Le pregunté a alguien dónde estaba la playa, la playa francesa, pero no me comprendieron, así que seguí caminando hacia el lugar donde imaginaba que estaría el mar, detrás de las casas, y al fin lo encontré. El mar estaba en calma y bastante triste bajo la lluvia. Inglaterra se distinguía vagamente en la lejanía, flotando sobre las olas.

Me despertó la sirena de un barco; pero no se trataba del transbordador de Vivien, que salía a la una; era la del último barco. A pesar de que estábamos a principios de junio, ya había oscurecido a mi alrededor, debido a la lluvia y al color mortecino del cielo. Tres veces silbó la sirena, con el sonido de un viejo elefante melancólico, y tumbado en la arena lo vi zarpar. Sabía que no era el barco de Vivien; pero mi mano, que hubiera querido saludar, se quedó un instante prendida del aire, paralizada en un gesto ridículo. Me puse en pie lentamente. La ropa empapada me pesaba y tenía la cabeza a punto de estallar.

«Vivien –dije–, Vivien», y solté una sonora carcajada, porque ella no había significado nada para mí. Mientras seguía riendo sin poderme contener, me fui palmeando las piernas para sacudirme el agua de los pantalones, calados después de seis horas durmiendo bajo la lluvia, y me reía porque estaba enfermo, y porque ella tenía cara de vieja y había querido que la besara.

Entonces advertí que alguien me estaba observando y me quedé congelado. La risa desapareció espantada de la playa y no quedó allí más ruido que el del mar y el chirrido de alguna solitaria gaviota.

Me di la vuelta y la vi fugazmente.

Vestía unos pantalones de pana negros y ajustados, sin dobladillo, y un anorak gris oscuro, del que asomaba por arriba el cuello negro de un jersey de lana. Su pelo negro, negro como el plumaje de un cuervo y cortado a lo chico, estaba sin brillo y enredado por la lluvia, y sus enormes ojos, de color castaño, destacaban en el fino rostro chino.

Yo sabía que era ella; aunque tuviese el aspecto de un muchacho menudo y formal. Estaba tan cerca de mí que casi podía tocarla. Sí, pude ver perfectamente que abrió la boca como para decir algo, pero entonces, de repente,

dio un paso hacia atrás porque yo me había movido, y echó a correr a toda velocidad. Subió por la pendiente de una duna, y desde allí me lanzó una rápida mirada. Yo no la había seguido, porque no podía correr con mi pesada ropa mojada.

«¡No te vayas! –grité–. ¡No te vayas! ¡Espérame!»

Pero ella desapareció tras la duna, y volví a quedarme solo con la arena y el mar. A paso lento, yo también inicié el camino de regreso, siguiendo sus huellas hasta que llegué a la carretera.

2

Ése fue el primer camino por el que la seguí. Pero, ¿y después?

Al principio sus huellas todavía estaban marcadas en la arena húmeda de las dunas de Calais. Luego hubo gente que la había visto en Luxemburgo, o en París o en Pisa. Aunque bien mirado, ¿qué más da? Esto es una historia, y una vez se la conté a un amigo, pero –fíjense– en tercera persona: «A paso lento, él también inició el camino de regreso, siguiendo sus huellas...», y entonces se convirtió en la historia de otro; dejó de ser mi historia, porque yo no quería que me hubiera sucedido todo eso.

Otro, y no yo, fue quien oyó, cuando por fin llegó al albergue, que ella había llegado aquella misma noche, después de todos los otros, y que ya se había vuelto a marchar. ¿Adónde? Nadie lo sabía, porque en la hoja de registro ella había trazado un interrogante como respuesta. Fue ese otro, por tanto, y no yo, quien apuntó en una hoja los nombres de las grandes ciudades europeas y quien después, apuntando a ciegas hacia el papel, dejó caer el dedo sobre Bruselas, y por ello volvió a partir al día siguiente, sabiendo que no era otro, sino yo mismo, quien haría autostop desde Calais hasta Dunkerque.

¿Y por qué? ¿Por qué no estaba yo sentado en una oficina, como los demás? ¿Por qué me hallaba junto a la carretera, bajo la lluvia, mientras ellos trabajaban? Una carretera. Ahora sé lo que es una carretera, porque he visto y conocido muchas, bañadas en rojo y rosa por la bendición del primer sol y del postrero, alejándose hasta desaparecer en un horizonte abrazado por la lluvia, rugosas y agrietadas, cubiertas de un polvo sofocante que gira en remolino alrededor del caminante, a mi alrededor, y penetra por los poros; o carreteras que se retuercen y serpentean con un aspecto más duro que las montañas que las rodean, incrustadas en el secreto de los bosques, transformándose súbitamente de carretera de día en carretera de noche, con la nostalgia a cuestras; y todas, carreteras para recorrerlas cuando ya llevas mucho camino andado, y estás cansado. Cansado.

¿Y me he sentido menos solo en algún momento? ¿Porque alguien me llevara consigo y me hablase? Ciertamente, convendría que me lo planteara: ¿Me he sentido menos solo porque alguien me llevara consigo o me diera de comer y de beber?

Dic nobis Maria, quid vidisti in via, (¿qué has visto en el camino?). *Mors et vita duello confligere mirando*, (la muerte y la vida en una sorprendente lucha), porque ésa es la imagen que ofrece la gente, un cuadro de la muerte y la vida en una sorprendente lucha: yo que he buscado por todas partes a una muchacha china, y que la he perdido; y ellos que no la han buscado, pero que me han llevado consigo mientras iban en busca de otra cosa; y luego de nuevo yo, queriendo sentarme tranquilo en algún lugar para pensar en todo esto. Pero ya había visto demasiado, y la carretera es una inquietud constante, sin fin, pues está claro que he entendido mal la vida y que la he llevado aún peor. Y sin embargo, querida mía, el resultado es el mismo.

«¿Qué haces?»

«Busco una muchacha.»

«¿Qué tipo de muchacha?»

«Una muchacha con rostro chino. No puedo evitarlo.»

Que nadie se enfade conmigo. Sólo soy un niño, y he pasado demasiado tiempo en la noche (¿quién dijo eso?). Busco una muchacha. Debe de estar por aquí, en algún lugar, tal vez en Roma, tal vez en Estocolmo, o en Granada, en todo caso no debe andar muy lejos.

«¿Qué haces?»

«Busco una muchacha, qué tipo de muchacha, una muchacha con rostro chino. Sí, una sola vez. La vi una sola vez. Fue en la playa de Calais.»

«No, nunca antes.»

Sí, quizá sí la había visto en otra ocasión, pero ya no estoy seguro, porque no fue real, y tal vez sólo lo

imaginé. Me lo contó un hombre viejo: Maventer. Él me llevó a un pueblo, no recuerdo el nombre, y sus manos eran blandas como moluscos, y sus brazos, blancos, gordos y sin vello.

Llueve, pero yo sigo adelante. No puedo detenerme ahora. Mi inquieto corazón, corazón de agustino en la inquietud de las ciudades o del viaje. Sí, voy buscando algo. ¿Una muchacha? Sí, una muchacha china. Tal vez estoy buscando algo distinto. Esto es una granja. Llevo seis horas de pie, pero los belgas no se detienen. Soy un mendigo, y los mendigos no están de moda por aquí. ¿De qué te preocupas? Todas esas medidas de beneficencia... ¿No es ésta la verdadera vida? ¿Existe otro mundo? Caramba, yo no lo veo, pero si usted lo dice... En cualquier caso, esto es una granja y a lo mejor me dejan quedarme a dormir, pero convéznase usted de que éste no es el mundo. El paraíso está al lado. He echado un vistazo en su interior.

Me dejaron pasar allí la noche, en el pajar. Entregar el pasaporte, entregar la caja de cerillas; y el perro, atado a una cadena, aullando y gimiendo, y mirándome burlona y desconfiadamente. Pero al menos pude dormir a cubierto, porque había vuelto a caer la noche y el siguiente pueblo aún quedaba lejos. El heno estaba caliente y picaba; fui a un rincón y me escondí bajo él, porque en una granja hay muchos ruidos que desconozco. Ruidos extraños que vienen hacia ti, protegidos por la noche y con el viento de los altos árboles a sus espaldas, y tal vez hablándole a ese viento con sus largas bocas quejumbrosas. Pero yo no quería oírlos, y con las manos palpaba el heno, para poder imaginarme mejor que había sido verde, que había tenido vida y se había inclinado bajo la lluvia, como yo.

Pero el heno fue muriéndose poco a poco hasta que ya no pudo retener siquiera el recuerdo del sol. Está muerto, pensé, y de no haber sabido que el perro estaba fuera, arrastrando su cadena por el suelo, me hubiera puesto a gritar de terror, porque me había tendido bajo un manto de cadáveres, cuerpos muertos que me cubrían como si fueran tierra. Me levanté de un salto y me quité el heno de encima como quien aparta un peligro; pero cuando estuve quieto de nuevo, jadeante, sólo oí el ligero crujir del heno, que caía amontonándose a mis pies. Me acosté de nuevo y me puse a pensar en cómo llegar a Bruselas, y en que seguro que ella no estaría allí.

La tarde del día siguiente ya estaba en Bruselas. Aquel día no llovía, al contrario: hacía un calor sofocante, bochornoso, que parecía presagiar tormenta. Descubrí con dificultad dónde se hallaba el albergue juvenil y cuando supe que ella no estaba ahí, ni había estado, tuve que volver a buscar el camino para salir de la ciudad, pues no sabía cómo dar con ella en un espacio tan grande. Pero entonces, ¿adónde ir?

Elegí Luxemburgo. ¿Por qué no? Podía encontrarla en cualquier lugar.

Una gran ciudad es un horror para un humilde autostopista. Ciudades en las que uno jamás se queda, como Lille, o como Saint Etienne, cuestan horas. Horas de preguntar el camino, de equivocarse y acertar, antes de llegar al otro lado de la ciudad, de nuevo seguro en la carretera principal. Un coche que te lleva a Wavre, otro a Namen. Cruzar Namen a pie. El calor aprieta y una ciudad ya no es más que casas y ahogo, el peso de la mochila y el agotamiento. Y luego se detiene otro coche. Conversar. Este hombre, sin embargo, cuenta algo. Su mujer lo ha abandonado. ¿Por qué me lo contará a mí? Porque no me conoce. Él sigue su camino y yo me quedo tirado en algún lugar. ¿Por qué no me lo iba a contar? Yo sólo soy pasajero, y él siente alivio contándolo.

Veinte kilómetros antes de Marche, el hombre gira a la izquierda. Ya está anocheciendo y éste es un lugar hermoso. Eso de ahí son abetos. Sigo caminando y me encuentro con un castillo. Se refleja en un estanque, y allí donde los muros alcanzan el agua, se mueven las ramas de seda de una ligera neblina, como si con sus infantiles gestos de saludo quisieran desdibujar las marcadas líneas del castillo y decir que es una flor que flota sobre la superficie del agua, que retiene su aliento.

Ahora ya no pasan coches por aquí y tengo la sensación de que el castillo va a echar a andar en torno a mí y me va a sujetar por detrás, cariñosamente; pero se balancea un poquito –¿qué viento lo impulsa?– y navega sobre el agua del estanque, observándome con los grandes ojos de sus ventanas.

Un coche rompe la imagen. Es un camión, y se detiene sin que yo lo haya pedido.

–*Vous allez où?* –grita el hombre.

–*Luxembourg!*

–*Allez! Montez!*

Luego ya no hablamos en francés, sino en alemán. El hombre está muerto de cansancio.

Ese mismo día, por la mañana, ha salido de Remich con una pesada carga de barriles de vino que ha transportado hasta Amberes, para traerse otros vacíos. Ahora está haciendo la ruta de vuelta, y está agotado, así que le enciendo los cigarrillos y se los meto en la boca, como a un niño al que hay que ayudar a comer. Me pide que le hable, porque teme quedarse dormido, y yo le hablo, pero tengo que gritar, porque si no, entre el ruido de los barriles y el fuerte rugido del motor, no puede oírme.

Yo grito hasta quedarme ronco y con la garganta irritada, y él escucha y responde acerca del tiempo, de las carreteras y de la gente. Se detiene en Marche y nos tomamos unas cervezas. Después de Marche, obras en la carretera durante un buen trecho; y yo veo cómo le cae el sudor por la cara y le empapa la ropa cuando fuerza el pesado camión a ir por la calzada única de arena y grava, taladrando con las luces la oscuridad que tenemos enfrente, conquistándole a la noche un metro tras otro. Luego volvemos a detenernos para beber algo, y así una y otra vez. Conduce un rato, y como se le cierran los ojos, paramos de nuevo y tomamos algo en uno de esos pequeños cafés junto a la carretera, donde él charla con la gente. Lo conocen, suele pasar por ahí con frecuencia. Cada semana dos veces la misma lucha con los últimos cien kilómetros. Conducir, pararse y entrar en un pequeño mundo de luz y bebida y, si están los otros, una partidita de billar.

«*Au revoir; Madame; au revoir; Monsieur*», y luego a conducir otra vez, hasta que los ojos amenazan con cerrarse, fatigados y traidores, y se debilita la sujeción del inmenso volante. En Steinfort nos tomamos una copa de Remicher. Mientras echa su segunda partida de billar, decido llamar por teléfono al albergue juvenil.

–¿Con quién hablo? –la voz suena distante.

–Vänderley –contesto.

–¿Con quién?

–¿Ha llegado al albergue una muchacha con un rostro chino?

–¿Cómo?

–Una muchacha china. Chi-na.

Pero ya no hay respuesta. Parece que no está ahí; de otro modo la voz no habría pensado que yo estaba borracho, o algo por el estilo.

Mientras viajamos en dirección a Luxemburgo, caigo en la cuenta de que ya no tengo por qué ir allí, pero él me pregunta:

–¿A qué lugar de Luxemburgo te diriges? –y yo le contesto:

–A la avenida de la Gran Duquesa Carlota –porque seguro que existe una calle así, y no se me ocurre ningún otro sitio adonde ir.

Mi chófer incluso se desvió de su ruta por mí, y me dejó en la esquina de la avenida de la Gran Duquesa Carlota. Cuando se fue, esperé hasta que dejé de oír el ruido de su camión y el silencio volvió a cerrarse sobre las casas. Entonces eché a andar a paso lento, de regreso al centro, pues seguro que allí habría algún indicador para París. Y quizá me hubiera ido a París, si no llego a encontrarme con Fay.

Me hallaba fuera de la ciudad, donde empiezan los bosques, y la noche ya no iba a durar mucho. Por supuesto, estaba lloviendo, pues la lluvia está más próxima a la noche que cualquier otra cosa. Ella detuvo su pequeño deportivo frente a mí y me iluminó la cara con los faros. De repente dijo:

–*Dans Arles, où sont les Alyscamps* –y ya me daba igual que lo supiera, y cómo y por qué lo sabía. Me quité la mochila y la arrojé a la parte trasera del automóvil, mientras ella giraba el volante e iniciaba el camino de regreso, cruzando de nuevo Luxemburgo, en dirección a esta casa («Eso no es una casa –dije yo, mientras el coche accedía a la calzada interior–; y ni siquiera sé cómo te llamas.» «Fay –respondió ella–. Era una ruina...»), hacia esta galería en la que me encuentro ahora, después de haber cogido las flores con ella, y desde donde miro a la lluvia como a un amigo. ¿Por qué no salir fuera a jugar con él?

«Sí –dijo la lluvia–. ¿Te vienes a jugar conmigo?»

Y salimos los dos juntos y la lluvia me mostró cómo abría el agua del foso y cómo cerraba las flores. Por todas partes me precedía corriendo, azotando los arbustos con sus pequeñas manos.

«Llévame sobre tus hombros –me dijo–, sobre tus hombros, –y eso fue lo que hice, y por eso estaba tan mojado cuando Fay gritó–: ¡Han llegado los otros!»

3

No sabría decir exactamente por qué, pero en cuanto lo vi pensé en la cal. Cuando llegué al piso de arriba él estaba de pie frente al espejo.

–¿Qué estás haciendo? –pregunté.

–Juego a ser Narciso –contestó con una voz seca y apenas audible, como si alguien frotase dos piedras calizas entre sí–. Juego a ser Narciso –dijo–. Es divertido. *Narciso dans les Alyscamps* –y su risa fue como la cal, cortante y seca, arañando una superficie.

–¿Cómo conoces eso? –pregunté, y él volvió a reír y dijo:

–Un tal Maventer.

Fay y el otro chico, que era grande y gordo, estaban sentados a la mesa.

–¡Hola! –me dijo el otro chico–. Escucha con atención lo que te dice; ha visto muchas cosas y sabe mucho.

–¿Y tú quién eres? –pregunté–. No te conozco.

–Soy Sargon –respondió–; pero no llegaré hasta más tarde.

El chico que estaba frente al espejo arqueó las cejas y abrió los ojos al máximo, grandes y redondos, flores de un tono ambarino, pálidas y marchitas, en la yerma palidez de su rostro.

–¡Oh, Narciso! –exclamó–. ¡Qué feo eres! –y se tapó la cara con las manos como si no la quisiera volver a ver, aunque continuó mirando por entre las rendijas que dejaban sus dedos–. Estas manos están frías –dijo– y llegado el caso, muertas. No me pertenecen –se dio la vuelta y el lúgubre fulgor anaranjado de sus ojos me envolvió como la luz de una lámpara antigua.

»De todos los miembros, las manos son las que tienen una vida más independiente –susurró–. ¿Conoces aquel poema de Wildgans: «...ich weiss von deinem Körper nur die Hand...»? Mira, está viva –y todos miramos hacia la mano que había dejado sobre la mesa, que seguía allí, blanca y muerta. Volvió a dirigirse a mí–: Yo, o mejor dicho, mi caso especial, puede clasificarse de distintas maneras –se acercó al espejo y se puso a escribir con el dedo sobre el cristal, como si fuera una pizarra, pero no apareció nada–. ¿Lo has entendido? –me preguntó.

–No –contesté.

–¿Tienes jabón? –le dijo a Fay, y ella le dio una pastilla de jabón, con la que pudo escribir sobre el espejo: «*morbus sacer*».

–¿Enfermedad sagrada? –pregunté. Asintió con la cabeza y frunció los labios:

–Una peligrosa santidad –continuó–. Los santos son peligrosos para quienes les rodean, y en honor a la santidad, los hombres de la Edad Media llamaron santo a un peligro, el *morbus sacer*, la epilepsia –lo escribió así en el espejo: «*hè epilèpsia*», y debajo la misma palabra tres veces: «*aura, aura, aura*». Junto a cada una de estas palabras dibujó algo: un ojo, una oreja y una nariz.

–Elige uno –me dijo.

Pero yo me quedé quieto, porque no entendía nada.

–¡No te quedes ahí parado! –gritó–. ¡Tienes que elegir uno!

Noté que en realidad no estaba enfadado, y que sólo estaba casi a punto de llorar, y por ello señalé con el dedo el «*aura*» que había sobre el ojo.

–¿Cómo lo has sabido? –me preguntó, y salió de la habitación.

El joven llamado Sargon se fue tras él gritando:

–¡Heinz, vuelve! ¡Vamos, Heinz! ¡No es más que una casualidad!

Fay se levantó y vino hacia mí. Me abrazó un momento.

–Están locos –dijo, y llenó un cubo con agua para limpiar el espejo–. Yo ya lo he oído dos veces, puedo contártelo yo misma. Eso –y señaló el «*hè epilèpsia*»–, eso es lo que él tiene, y ya está, no es más que eso. El

acceso de la enfermedad se llama *aura*, según él, y dura sólo un instante, un segundo o algo así. Algunos oyen un susurro o un silbido –y señaló la oreja–, otros ven llamas, o estrellas, como él, y eso es todo.

–Eso no es todo –dijo Heinz, que había reaparecido–. Eso no es todo en absoluto. Es sólo el principio. He investigado para averiguar lo que sucede exactamente a continuación.

–Déjalo ya –dijo Fay, pero él siguió:

–Luego me caigo, o mejor dicho, por lo que a mí respecta, me derrumbo, lo sé, porque ellos tienen...

–Cierra el pico –dijo Fay.

–...y de pronto me da un espasmo, un espasmo tónico, bonita palabra –y se echó a reír y repitió–: Tónico...

Fay le dio una bofetada, pero él seguía desternillándose mientras se balanceaba en la silla, hacia delante y hacia atrás:

–¡... y después el primer clónico –gritó–, y luego me pongo a temblar! No es necesario que me pegues más – le dijo a Fay–, ya se ha acabado. Al menos, eso es lo que dice el libro. Un profundo, profundo sueño.

Fay se encogió de hombros y siguió limpiando el espejo.

–Déjalo bien limpio –dijo Heinz–, bien limpio, o no podré ver a Narciso, y Narciso y yo hemos pasado juntos muchas cosas –deslizó las manos por los brazos, frotándolos como si quisiera calentarlos, pero su carne era fría y blanca–. Hace mucho tiempo –me dijo– quise ingresar en un monasterio. Te lo contaré desde aquella esquina – se dirigió al rincón más alejado de nosotros–. Quiero estar muy lejos de vosotros, porque sucedió hace mucho tiempo, cuando yo aún no formaba parte de vosotros.

Se pasó las manos por la boca, como para lanzar un hechizo.

Aquel otro mundo (prosiguió) era un mundo mucho más feliz. Yo era un niño y éramos católicos. Incluso después de que trasladasen a mi padre de Baviera a Hamburgo, seguimos rezando el rosario cada noche sin falta, antes de acostarnos, y antes de cada comida, el Padre Nuestro. Siempre había flores junto a la imagen de la Virgen, y al pie de la del Sagrado Corazón lucía a todas horas una lamparilla roja. Aquella imagen era preciosa en su humildad; mi madre, cuando se le rompió la antigua, había comprado esta otra por tres marcos en un mercado de baratillo, y mi padre había pintado él mismo, con tizas de colores, los pedacitos que se le habían desconchado. En dos palabras, éramos lo que se dice una familia feliz. Después fui al colegio de los carmelitas. ¡En fin! (y desplazó ligeramente la silla, asustándonos). Tal vez todos tenemos un tiempo al que llamamos el más feliz de nuestra vida. Seguramente no fue como recordamos, y es probable que entonces fuésemos tan poco felices como en los tiempos que llamamos infelices, pero está claro que preferimos tener la felicidad detrás de nosotros en lugar de tenerla delante: eso lo hace todo mucho más fácil. Así pues, mi felicidad yace en un pueblo de provincias, una pequeña aldea donde la gente era amable. A las afueras hay un monasterio, y en frente del monasterio, al otro lado de la calle, la escuela. Vê allí y mira, te encontrarás con mis recuerdos.

A las seis menos cuarto de la mañana las campanas del monasterio tocaban con su sonido sobrio y sencillo. Entonces me despertaba y veía que los otros aún dormían, y que estaban lejos y que a veces eran felices, pues algunos se reían y decían cosas durante el sueño. A las seis menos cinco sonaba el despertador en la celda del monje de guardia, construida de modo que se pudiese guardar desde ella los dos dormitorios. A las seis y cuarto entraba en el dormitorio con su campanilla. Todavía puedo oírla, después de tanto tiempo. ¡Tilín, tilín, tilintintín! Y se situaba junto a la puerta, desde donde hacía sonar la campanilla y decía «Benedicamus domino», y nosotros contestábamos «Deo gratias», tras lo cual pasaba junto a las camas y tiraba de las mantas de los que aún dormían o simulaban dormir.

¡Todos aquellos ruidos! Y es que después de hacer sonar la campanilla, una vez que todo el mundo se había levantado, el monje pasaba por delante de los barreños y cerraba las ventanas de arriba tirando de unas largas cuerdas. Cuando había acabado con nosotros se iba al dormitorio de los más jóvenes, el mismo donde nosotros habíamos dormido tiempo atrás, antes de alcanzar la Sintaxis o la Retórica; y desde lejos se podía oír de nuevo la campanilla y el golpe de las ventanas al cerrarse: ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! Pero para entonces yo ya hacía un buen rato que estaba donde los barreños, porque había hecho un trato conmigo mismo. Había quienes eran de los primeros en llegar a los barreños para luego tumbarse de nuevo en la cama a leer un rato, pero yo me lavaba y me vestía en cinco minutos y comprobaba si el monje de guardia nos estaba vigilando, pero éste por lo general caminaba de un lado a otro de la sala leyendo su libro de horas. Yo esperaba a que me diera la espalda para

desaparecer rápidamente de la sala. Nuestro dormitorio estaba en el piso superior, bajo el tejado, así que tenía que bajar muchas escaleras para llegar al jardín, siempre con cuidado de que nadie me descubriera, porque estaba prohibido pisar los jardines antes de la misa. En realidad, más que jardines, aquello eran dos campos. El Campo Grande y el Campo Pequeño. (Calló unos instantes y se puso en pie. Se dirigió a la ventana entablada y la arañó con las uñas; un sonido horrible.)

El Campo Grande (susurró, y al darse la vuelta se nos quedó mirando con unos ojos que refulgían como un semáforo en ámbar: peligro, peligro, peligro). El Campo Grande, el Campo Pequeño... ¿De veras os interesa todo esto? ¿Por qué os molestáis en escucharme? ¿Os importa algo que yo me arrastrase junto a la pared de las bicicletas hasta el campo de juego porque tenía que estar seguro de que no había por ahí ningún religioso con su libro de horas? (Regresó a su silla.)

Una vez le eché una ojeada a una revista de teosofía y no me enteré de nada. Cada profesión, cada religión, cada grupo dispone de su propia jerga; también nosotros teníamos una, pero era una jerga de palabras normales y corrientes. El Árbol. Pasado el Campo Grande, a la izquierda, se baja el sendero que rodea el Campo Pequeño y allí está, el tercer árbol era El Árbol (se volvió de nuevo hacia nosotros). Poneos a cavar allí y seguro que las encontraréis: latas de cigarrillos oxidadas con misales en su interior. La parte oral de las misas en la iglesia consta de una serie de oraciones que cada día se repiten y de otras que varían según el día, por ser el de una determinada fiesta o responder a un propósito concreto.

Yo era miembro del comité de misas, cuya tarea consistía en redactar oraciones en latín, con toda la apariencia de las oraciones auténticas, pero consagradas a menesteres estudiantiles más profanos. Escribí una considerable cantidad de tales plegarias, unas para inflamar el amor de X, vista en la calle tal o cual y en tal día o tal otro, para enamorar a Y, o para evitar un examen. *Oremus, amorem magnam quaesumus Apollone, mente puellae infunde...*, etcétera. Apolo, sí; porque habíamos acordado de forma unánime que estas plegarias sólo irían dirigidas a los antiguos dioses griegos, ya que si no había quien temía cometer algún tipo de sacrilegio. La oración, que se compraba con golosinas o salchichas, tenía que llevarse sobre el pecho como un amuleto, y una vez concedida la gracia era introducida en una lata de cigarrillos y solemnemente enterrada, en presencia de unos pocos iniciados, al pie de El Árbol.

Así que hubo un tiempo en que fui feliz. Feliz por encontrarme junto a otros muchachos delante de un árbol y por enterrar allí una cajetilla de latón con un papelito en su interior. Feliz porque bebíamos agua de una botella, después de verter un poco sobre la tierra: la obligada libación a los dioses (se echó a reír). Si vosotros no estuvierais aquí ahora, si os marcharais en este mismo instante, yo sería capaz de contarlo todo con una voz imperceptible, como si no fuera yo quien hablase, sino otra persona la que me hablara a mí. Alguien que me dijera: «¿Recuerdas lo mojado que estaba todo, por las mañanas, en aquel jardín? El sol renacía una y otra vez, en las gotas, en la hierba y en las flores, de modo que parecía que unos diminutos soles nuevos brotaban del verde, hasta que al fin los jardines contenían el aliento extasiados. Y cuando llovía, te resguardabas bajo un árbol, porque no podías presentarte en la capilla con la ropa calada; y así, bajo el árbol, contemplabas la lluvia y cantabas, porque llovía y porque te encantaba la lluvia, ¿no es así?».

Se interrumpió de nuevo y esperó hasta poder hablar otra vez con su voz normal, como si temiera sentirse feliz con un recuerdo. Sin embargo, la historia lo dominaba, haciendo que repetidas veces su voz se tornase joven y vibrante, elevándose por encima de la cenicienta aspereza, como embargada por la emoción, y que sus ojos chispearan, hasta que de pronto se acordaba de nosotros y volvía a ser él mismo.

«Ahora ya lo sabéis (dijo al fin). Ahora lo sabéis vosotros también: el Campo Grande, el Campo Pequeño, las Misas, El Árbol. Sólo podía quedarme diez minutos en el jardín, hasta que sonara la campana de la misa, que era mi señal para volver corriendo al dormitorio y colocarme en mi sitio en las filas de muchachos silenciosos, cada fila con su propio supervisor. Salíamos de nuestros respectivos dormitorios para dirigirnos a la capilla, la cual, como las imágenes de mi casa, era encantadora en su fealdad. Los vitrales y los pasos de la procesión eran insignificantes y los atavíos sacerdotales, baratos, excepto los días festivos, como el día del Corpus o de la Ascensión. En estos casos las húmedas y desnudas paredes se animaban de pronto con palmas y flores; y los sacerdotes, con sus pesados ropajes bordados en oro, se inclinaban, oraban y cantaban entre nubes de incienso atravesadas por la policromía de los rayos de sol, como en un juego misterioso –pues no era otra cosa para mí–

alentado por el, unas veces melancólico y otras jubiloso, canto gregoriano.»

Nos preguntábamos cuándo iba a concluir este recuerdo, y él dijo:

Quizá pensase, en esa época, que aquello no era bello en absoluto. Quizá pensase que el oficiante no sabía cantar, o que las flores estaban mustias, o que allí dentro apestaba por culpa del incienso barato. Tal vez ni siquiera me apetecía estar en el internado, donde había que levantarse a las seis y cuarto y dirigirse en fila india a la capilla, arrodillarse allí durante una hora con las rodillas desnudas sobre un duro banco de madera, y luego en la misma larga fila, todavía en silencio, encaminarse a la sala de estudios. En invierno, cuando entrábamos en aquella sala por las mañanas, hacía mucho frío (se frotó las manos para quitarse el frío y luego se quedó quieto, sentado con las manos entre la espalda y la silla).

Ahora sé por qué tuve que ser feliz aquellos días, sobre todo en invierno, cuando los bancos estaban fríos por la mañana y nosotros llevábamos encima todas las prendas de abrigo que teníamos con tal de conservar el calor en aquel frío edificio. «Nosotros», por eso me sentía feliz, porque yo les pertenecía. Ahora ya no les pertenezco, ni pertenezco a ningún lugar. Tampoco a las otras personas, que tienen frío, distintas clases de frío, y cada cual en sus propias habitaciones. (Se dirigió al espejo y le dio un ligero empujón, de modo que empezó a balancearse adelante y atrás.)

¡Oh, Narciso! (dijo). Basta con que aprietes un botón, ¡hay tantos! Uno para el Gran Paseo en la fiesta del prior, o en las grandes festividades de la iglesia. En los cursos más bajos jugábamos a policías y ladrones a lo largo del Gran Paseo, en los bosques; en los cursos superiores estábamos demasiado ocupados arreglando el mundo. Otro botón: el obligado recreo en el Campo Grande durante las veladas estivales. Trabajábamos en nuestros pequeños huertos o jugábamos al badminton, y a veces leíamos en los bancos bajo los álamos o caminábamos a lo ancho del camino, seis pasos hacia delante, seis hacia atrás. Desde entonces ya no he vuelto a ver a nadie caminando hacia atrás. Luego vino la guerra.

A Narciso no se le permitió alistarse en el ejército. Ni siquiera ese ejército quiso a Narciso. «No, Narciso –decían–. Estás enfermo. A la nación no le importa admitir todo tipo de gentuza, pero tú estás enfermo, tú nos das miedo. *Morbus sacer*. Amen.» Miedo (espetó al espejo, que aún se balanceaba). Miedo. ¡Ay! Se ha hablado demasiado de la guerra. Todavía hoy hay quien se cree en la obligación de escribir libros sobre el tema: sobre los bombardeos, que yo he vivido; sobre los incendios, que yo he visto; sobre padres y madres muertos, o no simplemente muertos, no, sino literalmente rotos, destrozados, y yo también tuve unos padres así; sobre muchachos abandonados y trastornados, como fui yo más tarde; sobre las pandillas nacidas de los escombros, y yo formé parte de una de ellas. ¿Pero qué esperabais? Para mí era importante dar un salto atrás y dejar prevalecer otros recuerdos. ¿Y qué se podría hacer? Yo di un paso enorme a través de aquella calcinada, devastada ciudad de Hamburgo, hasta volver a recorrer los pasillos siempre que tocaban una campanilla o a cantar de nuevo en el coro cuando hacían sonar otra.

Por supuesto, puedo ser explicado, al menos de un modo aproximado. *Sensus clericus*, por ejemplo, es una aproximación bastante acertada. Así que me fui hacia allá, pagando el desplazamiento con dinero robado. ¿Te lo imaginas? (puso el espejo sobre sus rodillas y se miró en él). Ahora me río (dijo, deslizándose los dedos por la cara). Ahora han desaparecido (seguía riendo); aquellas arrugas han desaparecido. ¡Vaya! Aún no soy guapo, pero resplandezco; aunque mis ojos todavía son feos, ahora mismo centellean, porque estoy viajando a mi juventud. Ya estoy lejos de la ciudad donde me recogió el tren de Hamburgo. Anochece. Es la vigilia de Navidad y yo brillo en las ventanillas. Fuera reina la soledad, y tras ella hay un pueblo donde debo apear-me. Después del pueblo vuelve a reinar la soledad. Ha estado nevando y el silencio susurra bajo mis pies.

Nadie me lo puede discutir: la nieve formaba parte de todo aquello, irremediablemente, y era necesario que crujiera con suavidad bajo mis pies; también tenía que haber luna: la habían colgado del cielo para mí, porque yo regresaba a mi juventud; incluso las campanas del monasterio trapense debían estar presentes, y no tocaban a completas, sino para mí. El monasterio todavía estaba lejos, seguro e invisible en el abrazo de la noche, que me daba la espalda; y en algún lugar del edificio un monje tiraba de la cuerda del campanario, sin saber que lo estaba haciendo por mí. No es culpa mía que yo acudiese al monasterio por motivos distintos de los que mueven a otros hombres a ingresar en él. Los otros amaban a Dios; estoy seguro de ello, porque lo he visto; pero yo, francamente, si he de ser sincero, yo no conocía a ese Hombre. Esos otros estaban ahí para rogar por la

conversión del mundo, y para complacer a Dios pagando por los pecados de la humanidad; pero yo pensaba que eso no servía de nada, y que el mundo seguiría pecando tranquilamente, sin convertirse. Desde el punto de vista de los monjes, yo habría sido tildado, si lo hubiesen sabido, de impostor o de sacrílego; desde el punto de vista del mundo yo era un necio, ni más ni menos.

Era una vida dura, es cierto. Levantarse a las dos de la madrugada para meditar y para cantar maitines y laudes; pero era feliz, porque formaba parte de una larga y blanca procesión, y quedábamos en silencio, y ayunábamos, y labrábamos la tierra, y pertenecía a la comunidad. También llevaba la cabeza rapada y vestía un hábito blanco con capucha cuyas mangas llegaban hasta el suelo. Cuando no tenía que mirar al breviario, por tratarse de un salmo conocido que se cantaba diariamente, podía verme a mí mismo, desde mi alta silla de coro, en el lado opuesto, respondiendo cada vez que yo cantaba mi verso. El día entero vivía rodeado de mi propio yo: me veía a mí mismo en la liturgia, en los pasillos, en el refectorio; me sentía como un actor haciendo un papel infinito que nadie más podía representar.

Llevaba allí tres meses cuando me dio el primer ataque; y aún me faltaban seis años para recibir las órdenes sagradas. «Lo sentimos, Narciso –decían–: estás enfermo, y no es posible ordenar sacerdotes si no están sanos. Por lo visto, Dios te ha predestinado para el mundo. Adiós, Narciso, adiós.»

Arrojó una caja de cerillas contra el techo y dijo: «Óyeme tú, el de arriba, si estás ahí, tan perseverante como fui, ¿no podías al menos haberme dejado entrar? Luego aún estuve en otros dos monasterios, monasterios pequeños y remotos, hasta que se acabó el juego, porque después de la guerra, la situación se había estabilizado y ya no podía seguir sacando provecho de la confusión de su organización. Me conocían. Había un expediente sobre mi caso. Aquello fue el fin».

Se acercó a mí, y más que nunca me acordé de la cal, y de todo lo que es árido y seco.

–Ahora sabes quién soy –dijo–, pero no por qué estoy aquí, ni qué tengo que ver con esa chica. Tal vez si sepas, si has entendido mi historia, por qué estoy recorriendo Europa en autostop. Ya debes suponer que también he pasado por Arles, *où sont les Alyscamps...* Y ahí tienes otra historia –dijo repentinamente con otra voz y señaló al muchacho que se había presentado como Sargon.

–No –dije yo–. No quiero oírla. No quiero oír nada más –y me dirigí al colchón donde había dormido la noche anterior.

–Debes escuchar –la voz de Sargon me llegó desde detrás de la cortina–. No es necesario que me mires, pero debes escuchar.

–¡No! –grité yo, pero él empezó a hablar de todos modos:

–Quizá te resulte decepcionante que mi verdadero nombre sea John y no Sargon. Me bauticé a mí mismo como Sargon por Sargon II, el famoso rey asirio que conquistó Samaria en el 722 antes de Cristo. Por cierto, no elegí su nombre porque conquistara Samaria. En primer lugar, la importancia del hecho es bastante relativa después de casi tres mil años; y en segundo lugar, la hazaña no fue muy distinta de la del primer Tiglathpileser, que hacia el 1200 se hizo con los territorios circundantes, de la de Tiglathpileser III al conquistar Babilonia, de la de Sargon tomando Siria, de la gesta de Assurbanipal, que incluso llegó a dominar Egipto o de la de Psamichetus, que lo volvió a liberar, de la de los Caldeos al reconquistar Babilonia o de la proeza de Cyaxares el medo, que asoló Assur en el año 164, y dos años más tarde Nínive, dejándolo todo tan arrasado que ni siquiera nuestro querido Jenofonte oyó hablar jamás de Asiria. No, no fue ésa la razón por la que adopté el nombre; lo hice simplemente porque me gustaba. ¿Me escuchas? –preguntó–. ¿Me estás escuchando?

–Sí –dije–. Te escucho.

Todo fue por el locutor, por la voz del locutor; así es cómo empezó mi historia, aunque ya no recuerdo muy bien cuándo descubrí que aquella voz era la razón de mi existencia. ¿Te parece extraño (preguntó Sargon al otro lado de la cortina, que ahora se movía porque la había rozado al pasar) que alguien viva por la voz de un locutor? Quizá sí era extraño; quizá yo pensé lo mismo la primera vez que alguien me preguntó por qué ponía las noticias de las ocho si ya había oído las de las seis y las de las siete. «Lo hago siempre», fue mi única respuesta, pero me

dije a mí mismo que al día siguiente sólo escucharía una vez las noticias de la tarde. Y aunque ésa era mi intención, de veras, cuando sonó la última campanada de las siete me dirigí sin más a la radio y la encendí. «¿Por qué no la voy a escuchar si me apetece?», pensé. Y lo que al principio, y desde sabrá Dios cuánto tiempo, hice inconscientemente, a partir de entonces lo hacía de modo deliberado.

Por las mañanas me levantaba temprano para escuchar el primer boletín informativo, y a menudo llegaba tarde a la oficina, por no querer perderme las últimas noticias del informativo de las ocho. La dirección me amenazó con el despido, pero no me importó: deseaba que me despidieran, ya que mi oficina estaba en el centro de la ciudad y al mediodía no tenía tiempo de ir a casa, con lo que siempre me perdía las noticias de la una.

(Quedó en silencio y pude verlo a través de una rendija de la cortina. Sus cejas, rubias y grasientas bajo la frente cerúlea, y sus morados párpados, que caían sobre las mejillas abultadas, formaban un anillo de protección alrededor de sus ojos grises, esquivos y débiles. Cuando volví a preguntar si había terminado, aquellos labios colgantes e indefinidos empezaron a moverse de nuevo.)

No (dijo), pero creo que no has entendido. Nadie puede comprender que me alegré de que me despidieran. Era libre de construir un ritual alrededor de mi mito: la voz. Ahorré para comprarme una silla, una silla preciosa, y cuando la tuve en mis manos, la coloqué justo en frente de la radio. Escuchaba las noticias con la luz apagada: una vela lo hace todo más maravilloso. ¡Fui tan feliz!

La voz pasó por encima de mí y se me situó a la espalda, muy cerca, a mi lado. «Aquí me tienes –dice la voz–. Aquí me tienes»; y me toca y me lleva con ella, acariciándome y llenando la habitación hasta que la oscuridad es casi absoluta y ya no oigo las palabras, sino que floto sobre ellas, sobre el sonido, como en una pequeña embarcación sin rumbo. Es mi habitación, la mía, por donde se esparce la voz como una fragancia.

Ahora sé que probablemente estaba a punto de volverme loco. Pero ¿lo sabía entonces? Por las noches soñaba con la voz; y no eran sueños agradables. Me veía a mí mismo durmiendo en una habitación de la que yo era el punto central, blanco y radiante, y en torno a mí se movía una luz azulada que respiraba. Como el sueño era siempre el mismo, yo sabía que en un momento dado aquella luz se quedaría quieta, inmóvil, y dejaría de respirar, y que luego se desintegraría en el suelo convirtiéndose en un cortante polvillo negro azulado. Con mi blancura resplandeciente e inexpugnable, yo seguía siendo el punto central de la estancia, hasta que el polvo fue pisoteado. En aquel momento, a pesar de que no se veía nada, el punto central se desplazó de repente desde mi persona hasta el lugar donde el polvo había sido pisoteado. Empezó a mi derecha, en la parte trasera de la habitación, y lentamente se fue desplazando hacia mí, y aunque no tengo, o mejor dicho, no tenía ni la más mínima prueba tangible, sospeché que la voz estaba en la habitación desde el momento en que el sonido del polvillo se hizo audible. Al mismo tiempo empezó a dibujarse alrededor de mi cuello una cadena de piedras alargadas y agudas. Eran unas piedras negras, al menos al principio, ya que ese color fue desapareciendo de las piedras para mezclarse gradualmente con el blanco de mi cara. Después ocurrió una separación definitiva, pues el trozo de cuerpo bajo la cadena quedó inmóvil y de un blanco reluciente; pero por encima de ella, la cara tenía vida, como una horrible máscara gris, una tierra embrionaria, que temblaba y se estremecía hasta partirse lentamente en dos mitades.

Me incliné hacia delante y vi una larga avenida con casas altas, construidas con ladrillos de un color verde delicioso y encantador. Pero nunca podía entrar en aquella calle, nunca. Cada vez que lo intentaba se formaba ante mí una odiosa barrera, una enorme barricada hecha del polvillo azulado, que me mordía y me lastimaba. Si a pesar de todo seguía haciendo presión para pasar, el polvillo se aglomeraba formando montones cada vez más altos y más hostiles, que hasta me impedían ver la calle. No creo que me despertara de inmediato tras el sueño; creo más bien que el sueño fue desvaneciéndose paulatinamente. Durante el día nunca me daba la lata, pues en seguida volvía a presentarse la voz del locutor y yo me atareaba con los preparativos para escucharla.

Hasta que llegó aquella noche. El sueño transcurrió como siempre. Yo estaba allí, resplandeciente, aparentemente inexpugnable; la luz respiraba y quedó congelada como antes; apareció el polvillo y fue pisoteado. Todo era normal. La cadena me rodeaba el cuello y de nuevo mi cara adquiría un color horrible y se me deformaba, para después partirse por la mitad y dar paso, a través de la repugnante herida, a la deliciosa avenida de siempre, por la que yo, como de costumbre, intentaba entrar. Pero el intento había quedado reducido a un gesto ritual, pues hacía ya tiempo que no lo intentaba de verdad, por miedo al cortante polvillo, que al primer

contacto me heriría y rechazaría hacia atrás. Esta vez, sin embargo, no había polvillo, y yo podía por fin entrar en la calle. Tenía miedo. Conseguir algo que has deseado durante tanto tiempo produce al principio cierto temor.

Exceptuando el verde de las casas, era un mundo normal, y no obstante, estaba impregnado de una ternura indescriptible que sin apenas advertirlo fue barriendo mi miedo, dejando en su lugar un extasiado entusiasmo. Empecé a cantar, compré flores en algún lugar, y de súbito comprendí que aquella no era una ciudad especial. Éste es el rostro de las cosas cuando eres feliz, pensé. El mundo es siempre así; lo pintamos con nuestros colores interiores de angustia o infelicidad, pero en realidad el mundo es siempre así. Por eso (su voz vacilaba ahora tras las cortinas), por eso nos es tan difícil describir este mundo. Tendríamos que describirnos a nosotros mismos, pues el mundo siempre adopta nuestros propios colores.

Me preguntaba (prosiguió Sargon) por qué iba yo a ser feliz en ese mundo. Las casas eran estrechas y altas; algunas tenían jardineras de ventana llenas de caléndulas y geranios, pero de esto hay en todas las ciudades. Poco a poco las calles fueron haciéndose cada vez más estrechas y las casas cada vez más bajas y viejas. Y entonces me encontré con el ave del paraíso.

–Hola, Janet, –dije yo, pero Janet me miró indiferente con sus dos bolitas de cristal muertas. Había niños jugando en la calle y un hombre tocaba música a cambio de dinero, pero de esto también hay en todas las ciudades.

–¿Cuánto llevas en el escaparate? –pregunté–. Estás cubierta de polvo. Claro, ha pasado mucho tiempo desde que Mary Jane y yo nos juramos fidelidad eterna delante de esta tienda, contigo y los otros animales disecados del señor Lace como testigos. «¡Hasta que la muerte nos separe!», dijimos solemnemente. Vámonos, Janet, no pongas esa cara de muerta; al fin y al cabo tú eras nuestra amiga, el sello de nuestros pactos, la que oía resignada nuestros monólogos vespertinos. Aquí, en tu presencia, fue donde Mary Jane y yo nos conocimos, cuando con la nariz aplastada contra el cristal veíamos al señor Lace colocándote en el aparador. «¡Qué canallada!», dijo entonces Mary Jane. «Sí, –añadí yo–, ¿y si la compramos?» Así fue como decidimos comprarte y entramos en la tienda. Recuerdo el aire seco e irrespirable, el sonido de la campanilla de la puerta, y luego los rápidos pasitos del señor Lace. Pero no estabas en venta, nos dijo la voz entre arrugas y pliegues; eras muy rara y por tanto muy cara y entre los dos no juntábamos más de siete chelines. Fue entonces cuando Mary Jane y yo fundamos una sociedad: la ALJ, Asociación para la Liberación de Janet.

–Aún guardo los fondos –dijo Mary Jane a mi espalda.

–¿Veintitrés chelines y seis peniques? –pregunté, y ella asintió con la cabeza–. Estás aún más guapa –dije, pues podía verla reflejada en el cristal–, y el vestido también es muy bonito.

Me di la vuelta y la besé en la frente. Ella se echó a reír:

–Lo he hecho yo misma con la tela de unas cortinas viejas.

–Pues es precioso –y luego le di la mano y le entregué las flores que había comprado.

–¡Hola, Janet! –dijimos–. Venimos a recogerte.

La campanilla sonó igual que aquel día, tal como esperábamos, y nos recibió de nuevo el mismo aire irrespirable.

–No –dijo el señor Lace–, no puedo venderos este pájaro; lo guardo para dos niños del barrio, que están ahorrando para comprarlo.

–Somos nosotros, señor Lace –susurró Mary Jane–. Nos hemos hecho mayores.

–Ah, sí –dijo–. Ya os recuerdo.

Y sacó con cuidado a Janet del aparador y empezó cepillarla con sus manitas de mármol deslustrado. Luego sujetó el pájaro entrelazando los dedos alrededor de su cuello; parecían una recargada gargantilla victoriana.

–Tratadla con cuidado –su voz se tiñó de un extraño tono lastimero que chocó contra el polvoriento silencio de los animales–. Es mejor que te vayas ahora –dijo, y retiró las manos con un ligero tirón, como si se le hubieran pegado al pájaro.

–¿Qué hora es? –le pregunté a Mary Jane.

–Es de noche –respondió ella, y nos pusimos en camino hacia el parque más cercano.

Yo llevaba el ave del paraíso, a Janet, sobre mi brazo izquierdo.

–¿Por qué no regresaste nunca? –preguntó Mary Jane–. ¿Por qué no escribiste nunca?

–No preguntes –dije–. No preguntes nada.

–Hoy ha fallecido el pastor Thubbs –dijo, y como no contesté, quizá pensó que no me importaba, pero prosiguió–. Hace años había sido el ayudante del predicador. ¿Ya no te acuerdas? Solías asistir a los oficios de otros barrios cuando sabías que le tocaba predicar a él, y yo le tenía muchos celos, porque creía que le querías más que a mí. Cuando él hablaba yo te observaba allí sentada desde los bancos de las niñas, y nunca me mirabas a mí; parecía como si ya no formaras parte de los otros, como si fueses un extraño entre tus compañeros, alguien a quien le está ocurriendo algo especial.

–¿Está muerto? –pregunté entonces. Ella asintió y ése fue el final de mi sueño.

La vi hacerse cada vez más borrosa y desvanecerse, mientras las curvas y las elegantes líneas de su rostro de alabastro reaparecían fugazmente sobre el pálido rojo anaranjado del vestido. Luego se alejó de mí como una pequeña y triste estatua, llevando consigo, a modo de adornos sin sentido, un ramo de flores y un ave del paraíso disecada.

Esta vez el despertar fue diferente. No me sentía feliz, y ni siquiera coloqué la silla junto a la radio. Lo que me oprimía y angustiaba no era tanto el recuerdo del sueño como la intuición de que en algún lugar se había cometido una equivocación. Este sentimiento persistió, pues cuando más tarde el locutor falleció en un accidente de tráfico, yo aún sentía, incluso días después del entierro, que en algún lugar se había cometido una equivocación.

Ahora soñaba con Mary Jane por la noche, pero sin los habituales preliminares. Ya me resultaba sencillo entrar en nuestra calle y detenerme ante el escaparate de la tienda del señor Lace. Ella venía a mi encuentro con Janet bajo el brazo, y a continuación nos íbamos a dar un paseo. «Mañana entierran al pastor Thubbs», dijo el segundo día; y luego, otro día: «Hoy han enterrado al pastor Thubbs, he asistido al entierro». Las casas, verdes e inertes, escuchaban; aunque tal vez no nos escuchaban a nosotros; después de todo, las casas ya saben estas cosas. Mary Jane llevaba su gastado vestido rojo anaranjado de fina seda y cada día enterraba al pastor Thubbs, mientras el viento hacía ondular su cabello y erizaba las plumas muertas de Janet, como si se tratara de algo muy distinto.

Había bastantes noches en aquella ciudad. Descendían algo inseguras y tímidas, llenándolo todo con una acogedora oscuridad en la que Mary Jane podía decir:

–Hoy hace una semana que enterraron al pastor Thubbs. ¿Sabes que existen discos suyos? En algún lugar está la voz del pastor Thubbs, tan lejana y enterrada como el propio pastor. La voz del pastor Thubbs en un disco negro y redondo, ¿no te parece extraño?

–No –dije yo–. No me parece extraño.

Y cuando me desperté ese día, decidí ir a la calle en la que había vivido tiempo atrás, y donde aún debía de estar la tienda del señor Lace. ¿Acaso debería haber ido antes?

La calle estaba lejos y era difícil de encontrar, porque había pasado mucho tiempo. Las casas no son verdes, pensé; y eso me dolía, realmente, porque estaban sucias y ni siquiera emanaban melancolía. Era una calle de pobres donde las cortinas ocultaban interiores desolados. Había niños jugando en ella, porque los niños juegan siempre en cualquier lado, pero era un juego de correr y pillar, acompañado de un salvaje griterío.

–¿Conoces la tienda del señor Lace? –le pregunté a un niño.

–No –contestó–. Aquí no hay ningún señor Lace.

Se nos acercaron los otros niños:

–Aquí no hay ningún señor Lace.

–Era una tienda que hacía esquina –dije, y no, no había ningún señor Lace en la esquina.

–¿Qué clase de tienda era? –preguntaron los niños.

–Tenía pájaros muertos en el escaparate.

–Hay una tienda que tiene un pájaro muerto en el escaparate, está al final del último bloque.

Fui allí y vi a Janet, solitaria y algo ridícula, colocada en medio de unas latas de conserva.

–¡Hola, extranjero! –dijo una voz detrás de mí, y a pesar de que no era la voz del sueño, yo sabía que tenía que ser Mary Jane.

–Hola –dije yo–. ¿Por qué te has cambiado de vestido?

–¿Cambiado de vestido? –preguntó–. ¿Qué quieres decir? Oye, ¿no serás el gracioso de turno?

No me reconoció, y si no la hubiera visto en mis sueños, quizá yo tampoco la habría reconocido. Había cambiado de vestido y era de mi misma altura, porque las suelas de sus zapatos eran gruesas y los tacones muy altos. Se había maquillado la cara excesivamente, para ocultar los primeros signos de decadencia, y su pelo caía en mojados mechones sobre la frente.

–¿Tienes dinero, extranjero? –preguntó.

–Sí –dije–. Entra conmigo.

El hombre de detrás del mostrador nos saludó, pero le lanzó una mirada burlona a mi acompañante.

–¿Qué desea usted?

–Ese pájaro, quería comprar ese pájaro –me miró.

–Llevo largo tiempo esperándolo –dijo–. Cuando el señor Lace me traspasó este negocio, hace ya más de diez años, me pidió que mantuviera ese animal en el escaparate, porque dos niños del barrio estaban ahorrando para comprarlo. Insistió en que esos niños vendrían con toda seguridad, un día u otro. Y aquí están. A uno de ellos lo conozco, bien puedo decirlo –«¡Cállate!»–, interrumpió Mary Jane– ...y al otro no lo conozco. La verdad –prosiguió el hombre con su voz fina e inalterable– es que le he cogido cariño a ese pájaro.

–Aquí está el dinero –dije–. Acabe ya.

–Vaya, parece que tenemos prisa –dijo arrastrando las palabras, pero sacó a Janet del aparador y la colocó sobre el mostrador–. Estúpido cadáver –dijo y le dio unos golpecitos para desempolvarla.

Miré a Mary Jane.

–La he comprado –dije–. He comprado a Janet; tal vez sea un poco tarde, pero la he comprado.

–¿Cuántas veces tienes que mirar las cosas para comprenderlas? –preguntó ella.

Dos veces, pensé, la primera vez y ahora. Pero vi cómo Mary Jane cogía el pájaro del mostrador agarrándolo por las patas.

–¡Maldito bicho! –exclamó–. ¡A la mierda!

Y me pareció que Janet lanzaba un grito al caer entre nosotros. La cabeza se desprendió del cuello y salió rodando hacia los repulsivos intestinos de paja podrida, ahora desparramados. Más muertas que nunca, las patas duras y macabras dejaron suspendida en el aire la tabla a la que estaban pegadas en medio del polvo que se levantó tras la colisión, como un impacto de bomba en miniatura.

–¡Lárgate de aquí! –gritó Mary Jane, y yo sabía que ella y el hombre estaban detrás de mí, como dos figuras en una fatal pantomima. Al cruzar la puerta volvió a sonar la campanilla.

–¿La ha encontrado usted? –preguntaron los niños.

–Sí –contesté–. La he encontrado.

Y en efecto, la había encontrado. Y luego puede ocurrir que uno se ponga a hacer autostop. Quién sabe, igual en Alemania te encuentras con un muchacho que te pregunta: «¿Has visto a una muchacha con un rostro chino?». ¿Y por qué no ponerse a buscar juntos? Se trata de un objetivo, ¿no es así? Y a veces te sientas detrás de una cortina y cuentas tu historia, otra vez la misma historia, a alguien que está ahí pero que ni siquiera te escucha.

–Sí que te he escuchado –dije–. Lo he oído todo. Quiero salir.

Al salir por la puerta capté la imagen de la habitación: estaban ahí los tres de pie, con esa beatífica impavidez propia de las imágenes primitivas, cargada de nostalgia, tristeza y anhelo. Me apresuré a bajar las escaleras y entré en el jardín. Ya no llovía, pero soplaba un viento rugiente que hacía que los árboles se inclinasen como damas de honor borrachas cuando, riendo incontrolablemente, arrastraba las nubes a través del cielo.

Volví a oír a los dos chicos contar historias; volví a verlos, moviendo sus manos al ritmo de sus recuerdos. Tal vez habitara en ellos la soledad, como las moscas habitan un cadáver; pero nada sé de eso, aunque pienso que la soledad de la que tanto habla la gente no puede ser la verdadera, y que un día llegará una soledad que no marcará a la gente con el signo de Caín, sino con una señal que pruebe su humanidad. Aún nos hemos de acostumbrar a eso, creo yo. Quizá el tiempo en que vivimos sea sólo un preludio de la verdadera soledad.

No, ya no llovía, pero hacía tanto viento que no oí a Heinz acercarse.

–¿Conoces *La Pasión del Señor* de Gerardo de San Juan? –preguntó.

–¿Por qué has venido? –dije–. Quería estar solo. No quería hablar con vosotros. ¿Por qué has venido?

–¿Conoces *La Pasión del Señor* de Gerardo de San Juan? –volvió a preguntar.

–No –dije–. No la conozco.

–Vá a llover –dijo–. Vamos a resguardarnos en la galería.

–¿Por qué? Quiero estar bajo la lluvia.

–Entonces no podrás ver *La Pasión del Señor*.

Nos dirigimos a la galería, hasta donde la ventana de arriba lanzaba un débil rayo de luz.

–Mira –dijo–. *La Pasión del Señor* –y entre la caliza sequedad de sus delgadas manos me mostró una pequeña reproducción. Era una fotografía recortada de una revista y enganchada a un cartón.

–Está arrugada –dijo–. Y sucia. Apenas puedo verla.

–Queda lo suficiente de ella –repuso–. La llevo siempre conmigo, desde hace años, es mi negación. Mírala bien.

Representaba una figura de Jesucristo de pie, con el cuerpo destrozado. Con gesto de dolor, pero infantil, intenta detener la sangre que fluye de su costado. El sufrimiento sobre el rostro del martirizado, de su madre y de su amigo Juan se subraya de un modo cruel, acentuado por la cruz, oscura y brutal, colocada transversalmente en el lienzo. Ángeles de rostros menudos que expresan tristeza, llevan los atributos de la pasión, llenan un espacio sobrecargado y opresivo, y una sensación de angustia y asfixia encierra la mirada fija del martirizado.

–¿Lo ves? –preguntó Heinz–. Ésta es mi negación. Negación, igual que lo es la templanza de ellos, o la serenidad, si lo prefieres.

–¿Quiénes son ellos? –pregunté.

–Los otros monjes, los que estaban allí por vocación, no porque quisieran pertenecer a algo, como yo, tampoco porque se sintieran atraídos por la liturgia, sino por lo que hay detrás de la misma; no, por tanto, como yo, hechizado y embelesado por la maravillosa sabiduría de los salmos, y aún más por su melancólica entonación. Ellos no estaban allí por las vestiduras ni los gestos, sino por esto, esto y esto –y señaló las heridas del hombre de la imagen, con inesperada violencia, como si se las estuviera abriendo de nuevo.

»Para mí –continuó– él fue un hombre que, a pesar de su inocencia, fue golpeado y crucificado, como tantos otros en su tiempo. Un santo, quizá; tal vez un profeta, pero ¿un dios? Su divinidad me persiguió toda aquella época, porque ellos creían en ella. Por eso yo no tenía derecho a estar allí. Si al menos hubiese dudado, pero ni eso: para mí era el hombre herido, el hombre lleno de reproche en su agonía; para ellos era el hombre que les había llamado. Oh, sí, yo sabía muy bien lo que había tras los rostros que a todas horas veía a mi alrededor, graves y recatados como los de las pinturas primitivas. Jesucristo el hombre, mediador en virtud de la hipostática unión, y por tanto, ofreciendo el sacrificio de su vida a Dios para expiar los pecados de la humanidad, y como aquí en esta estampa, sufriendo. Y ellos, los monjes, continúan su sacrificio, fundamentando su sacerdocio en el alto ministerio de Cristo, pero también perpetuamente necesitados de Dios.

»¿Lo comprendes? Yo estaba celoso. De haber sido capaz, los hubiera odiado. Odiado, no porque ellos se levantaran, como yo, a las dos de la madrugada; no porque ellos, como yo, comieran pan seco, y jamás carne, pescado o huevos; no porque permanecieran en silencio, como yo, y sintieran frío en los pasillos y cansancio al trabajar la tierra. No por eso, sino porque tenían una razón externa a ellos mismos para hacer todo aquello, no como yo. Ésa era la razón. Tal vez suene extraño, pero en principio ellos siempre estaban fuera de sí mismos, y yo nunca. Te conté que tuve que marcharme en cuanto empecé a tener ataques. Decían que carecía de vocación, y acertaban doblemente, aunque sin saberlo. Tenían dos veces razón porque el canon exige una aptitud interior y otra exterior. Mi ineptitud interior la ocultaba; la negaba, perdonadme. Pero mi ineptitud exterior era evidente, y en cuestiones de salud física se sigue una lógica muy estricta: si uno no tiene un cuerpo sano, carece de aptitud externa; *ergo*, no ha sido llamado por Dios. Dios no llama a sacerdotes con una sola mano, Dios no llama a sacerdotes con epilepsia. Es cierto que esto debe de ser mucho peor para quienes creen tener una auténtica vocación, no para los tipos como yo, un parásito, ridículo ante mis propios ojos. Y en fin, por lo que respecta a mi ineptitud física, yo no les culpo. Si los tiempos hubiesen sido normales, seguro que antes de ingresar me habrían sometido a una revisión médica.

Calló, y pudimos oír el gemido de la casa bajo las impetuosas caricias del viento, y luego dijo: «Porque a fin de cuentas, amigos míos, un sacerdote es un mero utensilio».

El día siguiente fue un día silencioso. Estábamos todos allí, pero nadie decía nada; y aquel mismo día me marché. Los vi mientras dormían. Sus caras estaban sorprendentemente vacías después de las historias de la noche anterior. La blanda y sonrosada mano de Sargon reposaba sobre el hombro de Heinz. Parecía ahora algo más grande y pesado, como un angelito barroco caído del altar que hubiera crecido repentinamente. Se despertó y me buscó con la mirada.

–Me estabas mirando –dijo.

–Sí –respondí.

–¿Crees que la vida es corta? –me preguntó, y cuando le contesté que no lo sabía, me dijo que estaba seguro de que no era corta, sino terriblemente larga, y que siempre pensaba en eso cuando se despertaba.

–Fíjate en él, por ejemplo –señaló a su compañero–. Ya llevamos juntos más de un año. Él siempre dice que la vida es corta como la hierba, pero no es cierto. Mira aquí, estas manos delgadas y esta cara blanquizca y enfermiza que ya parece tan vieja, hace mucho tiempo que las conozco. ¿Y crees que las conocería si no las hubiera visto durante todo ese tiempo? Lo conozco como conoce un niño el camino que ha de recorrer diariamente para ir a la escuela: ese árbol y esa casa y esos viejos comiendo delante de la ventana; y aquí, esta mancha en su mano derecha, la sequedad de su piel y la vejez de su voz. Es como si hubiese pasado una vida conmigo mismo y otra con él; y a la larga llegas a reunir tantas vidas que parece que se sentaran sobre tus hombros y te presionaran y te asfixiaran hasta que te pones a hablar para deshacerte de ellas; pero continúan ahí, a pesar de todo, y lentamente van dejando su marca sobre tí, te marcan su peso y su opresión en la cara, en las manos... ¿Te has fijado en lo feo que soy? Esos que dicen que un año pasa muy rápido olvidan que necesitarían un año más sólo para contar lo que les ha sucedido el año anterior. Me voy a dormir.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Sus párpados reposaban como trocitos de violeta cansada sobre la palidez de su piel, y al momento ya estaba dormido, pues se chupaba los labios como suelen hacer ciertas personas cuando duermen, o como los niños.

¿Qué tengo yo que ver con esta gente?, me pregunté. Era como si procedieran de otro mundo, de una tierra extraña, pues mientras dormían se iban alejando más y más de mí. Decidí marcharme de allí e ir en busca de la muchacha china, porque la había visto en Calais y porque no se había detenido cuando la llamé bajo la lluvia, porque la había buscado entonces, en Calais y en todos aquellos lugares sin más razón que porque quería hablar con ella. Pero cuando tuve lista mi mochila, Fay me dijo:

–No debes irte todavía. Deja que se vayan ellos primero, quiero que te quedes un poco más.

–Estabas durmiendo –dije, pero ella me contestó que no dormía, y que no quería que me fuera.

–Mañana tengo que volver a coger flores y tienes que ayudarme.

–Volveré –dije–. Volveré. Dejaré mi mochila aquí –y partí en dirección a la ciudad de Luxemburgo.

Los trenes que llegan allí pasan por un puente con la forma de un alto y majestuoso acueducto romano. Anoheció cuando pasé a pie por debajo de ese puente en dirección a Les Trois Glands, un punto elevado desde donde se puede ver hasta muy lejos. Pero entonces todo estaba oscuro, y el valle era un enorme cuenco colmado de silencio, roto sólo a veces por algún rumor, ¿agua nocturna quizá, o tal vez la voz de la luna? No pude sentarme, porque todos los bancos estaban ocupados por gente que se amaba, o que al menos parecían amarse, a juzgar por el tipo de movimientos que llevaban a cabo.

Ahora conozco los parques; y no es difícil, porque caminas siempre sobre el mismo suelo de grava que cruje bajo tus zapatos; además, todos los parques lindan unos con otros: el Slottsparken de Oslo, el parisiense Luxembourg y el Vondelpark, en Amsterdam, y la Villa Borghese de Roma; vas cruzándolos por un larguísimo sendero, con bancos a ambos lados donde se sienta la gente. Ellos son el coro. El coro de la gente sentada en los

bancos de los parques y el muchacho que camina por en medio, a lo largo del sendero.

—¿Por qué nos molestas? —dicen—. Ésta era nuestra noche. Estaba especialmente preparada para nosotros, con silencio y con árboles que acaso susurrarán nuestros secretos. Era nuestra noche. La luna está presente, regia, y avanza melancólicamente a través del aroma de los árboles y de la tierra, rozando el olor de nuestros cuerpos, y en algún lugar —¿dónde?— rebosa el agua.

—¿Por qué decís eso? —pregunté yo.

Ellos: ¿No ves que cuando te acercas nos ponemos rígidos? Tú eres el intruso, el indeseado.

Yo: ¿Por qué os aferráis a lo que deberíais soltar? El objeto de vuestras caricias es mortal, no podéis retenerlo.

Ellos: Y cuando pasas por delante de nosotros nos quedamos rígidos, y a menudo hacemos el ridículo sentados de esa manera. Te has entrometido; eres una multitud.

Yo: Pronto os marcharéis juntos, y quizá os acostéis juntos, si no lo habéis hecho ya aquí; y por la mañana os despertaréis. Sí, uno antes que el otro, y verá a su lado lo que ama o lo que no ama, lo que ha acariciado con las manos y la boca. Visto a la luz del día, le resultará extraño, como aumentado; de repente será angustioso tener tan cerca un cuerpo extraño.

Ellos: Y cuando ya has pasado de largo oyes —y es odioso, muy odioso— el desplazamiento de un pie sobre el sendero, de un pie que se afirma para que el cuerpo pueda inclinarse mejor hacia delante.

Yo: Yo camino en medio de vosotros por todos los parques del mundo. Camino en medio del amor y no lo entiendo: uno no puede partirse en dos, eso está claro. Por la mañana, cuando llega la hora de ir al trabajo, os abandonáis el uno al otro, y los cuerpos emprenden su solitaria jornada. Así ocurre tanto con el cuerpo acariciado como con el mío, el no acariciado; se distancian los unos de los otros más de lo que la noche jamás pueda volver a conciliar o unir.

Ellos: ¿Y qué quieres? Ya somos conscientes de nuestra imperfección, pero uno no ama por compasión hacia la propia mortalidad. La mujer que tenemos aquí, junto a nosotros, es la única. Tenemos a esta única bajo la luz de la noche y se hace secreto; la tenemos bajo la luz de su secreto y se reviste de ternura.

Yo: Y si no hubieras encontrado a esa única, en algún momento o lugar, tendrías que haber encontrado a otra única, y es que el mundo está lleno de únicas, porque han de ser encontradas.

Ellos: Nunca se encuentra a la única; la única surge. Sus gestos la revelan, y surge de lo que dice y de lo que nosotros oímos que dice; y adquiere forma gracias a lo que nos incita y a las oportunidades que le damos para incitarnos. Ciertamente, lo que acariciamos y sujetamos es lo que hemos encontrado, en algún momento o lugar, pero lo que de ello conocemos, es lo que nosotros mismos hemos creado.

Yo: Si sigo caminando y caminando en la noche —que también se ha preparado para mí, ofreciendo sus delicias, reposando sus manos sobre la inquietud del día y sobre mi excesivo pensar—, si sigo, pues, caminando, y si encuentro un banco y me siento en él con otra persona, ¿no me perdería a mí mismo?

Ellos: Eso sería imposible. Nunca te pierdes a tí mismo, si no es en tu propia impotencia. Te angustia imitarnos, a nosotros y nuestros gestos; pero eso es imposible: cada cual tiene su propio gesto, sus propias palabras y su propio olor característico. Ni siquiera caminas por aquí con orgullo, sino con miedo y sensación de impotencia, y no está bien que sigas caminando por en medio de nosotros y que rompas lo que hemos costruido esta noche, como pedazos de leña seca, sobre la dureza de tus dudas. Tenemos poco tiempo. Un día más y seremos nosotros quienes caminemos por aquí; nos parecerá que se nos ha secado la sangre, y el cuerpo, con el que nos hemos conocido, iniciará su traidora decadencia, que reducirá a polvo nuestros recuerdos.

Yo: ¿Y al final cuál es la diferencia?

Ellos: Que no se vive al final; se vive en el presente, ahora, junto a la tensión de un cuerpo y la ternura de una mano que lo acaricia; ahora, con el secreto lenguaje de unos labios y el deseo de otros labios de reunirse con ellos.

—Sí —dije yo—, sí.

Fay me estaba esperando cuando llegué a su casa.

—¿Se han ido? —pregunté. Pero los otros aún no se habían ido.

Nos sentamos en la galería y me rodeó los hombros con su brazo. Entonces ella dijo:

—No, encima del muro.

Y nos fuimos al muro. Ella subió primero y tiró de mí. Nos sentamos encima del muro, de cara al agua. Creo que nos quedamos así sentados durante un buen rato, ella con el brazo apoyado sobre mis hombros y rozándome la boca de vez en cuando con su ancha mano de uñas rojas. Más tarde yo también le pasé el brazo alrededor de los hombros, como cuando caminaba con los amigos del colegio, con los brazos entrelazados y contándonos secretos.

–¡Hola, Fay! –dije, y ella se echó a reír. Entonces pregunté–: ¿No es extraño ser tan bonita?

–¿Extraño?

–Sí –dije, y con cuidado puse mi mano sobre su pecho–. Eres bonita; creo que eso debe de resultar extraño. Que las cosas sean bonitas es otra cosa, pero cuando una mujer es bonita, lo sabe. Y eso es muy distinto.

–Tú no me amas, ¿verdad? –preguntó.

–No lo sé –dije–. Creo que no, pero no puedo saberlo, porque no he amado nunca.

–La amas a ella, me parece –dijo.

«No lo sé –pensé–, sólo quiero hablar con ella.»

–Philip –volvió a decir Fay.

–¿Sí?

–¿Crees que soy demasiado vieja para jugar a la pelota?

–No –dije–. Creo que no.

–A veces, cuando no hay nadie por aquí, juego a la pelota yo sola. Corro por el patio y la hago botar, y cuento las veces que bota; a veces la lanzó contra la pared y la vuelvo a pillar. Tengo esa pelota desde hace mucho tiempo, pero ya sólo juego con ella cuando sé que no me ve nadie.

–Podemos jugar juntos –dije–. No ha pasado mucho tiempo desde la última vez que jugué a la pelota.

Descendimos del muro y ya en el suelo ella volvió a colocar su mano en mi nuca, como hizo aquella vez junto a las lilas.

–¿No crees que soy demasiado vieja para jugar a la pelota? –preguntó de nuevo.

–No –respondí.

–Sólo los niños juegan a la pelota.

–Los niños también.

Me hincó las uñas aún más. «No me muerdas», pensé, y ella dijo:

–No se ve nada; está demasiado oscuro. La pelota se perderá y no podremos encontrarla.

–Vete a por la pelota –le pedí–. Hay luna, ¿no?

–Sí, hay luna –dijo, y echó la cabeza hacia atrás y me miró con los ojos semicerrados–. Me he acostado con muchos hombres.

–Lo sé –dije.

–Desde entonces no he vuelto a jugar a la pelota con un chico.

–Pues ve por ella.

Y ella asintió y se dirigió a la casa para coger la pelota. Era una gran pelota azul, con rayas amarillas, y nos pusimos a jugar entre los montones de piedra mientras los otros dormían. No decíamos nada, y nos lanzábamos la pelota lo más fuerte posible. Más tarde jugamos una partida, y ganó ella, porque era flexible como un animal. Era casi como si bailara cuando saltaba para cogerla, o cuando se inclinaba hacia atrás para lanzarla. En un momento dado vino hacia mí con la pelota en la mano.

–Creo que la pelota es la felicidad –dijo–. Yo debo cogerla siempre, pero tú has de lanzarla lo más fuerte que puedas.

Cuando Fay volvió a su sitio le lancé la pelota bien alto y lejos hacia la luna, tanto que por un instante se quedó brillando, fría y amenazadora.

–¡Ahí va tu felicidad! –exclamé–. ¡Cógela! –y ella pegó un saltó hacia la pelota como un gran pájaro desesperado, sus brazos cual alas resplandecientes, entre las cuales recogió la pelota mientras caía.

–¿Te has hecho daño? –pregunté, pero ella sólo dijo:

–La tengo –y continuamos jugando, tal vez durante horas, y luego nos pusimos a dormir en la galería, porque esa noche no hacía frío.

Me desperté por el ruido de los otros al bajar por la escalera. Ví que Fay aún dormía; tenía el brazo derecho tendido como un arco, como si agarrara a alguien o estuviese haciendo señas, y la mano izquierda reposaba sobre la pelota, que estaba entre nosotros, inocentemente azul y amarilla bajo la luz del día.

Heinz desplegó en el suelo un gran mapa de Europa, y con un lápiz rojo trazó una línea desde Plymouth hasta Trieste, vía París y Zúrich.

–¿Qué es eso? –pregunté, y él marcó la parte de Europa encima de la raya con un 1 y la de debajo de la raya con un 2. El 1 era, por tanto, Inglaterra, el norte de Francia, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Escandinavia; y el 2 incluía a Francia, España, Portugal, Suiza, Italia y Yugoslavia.

–Estrategia –dijo–. Esto es simplemente una cuestión de estrategia. Tú eres el 1 y nosotros somos el 2; tú buscas en el 1, y nosotros buscamos en el 2.

No, pensé, yo buscaré donde me de la gana; pero no tenía inconveniente en tomar ese rumbo, así que dije que me parecía bien.

La mochila de Heinz estaba hundida y aplastada, un atributo quijotesco asombrosamente apropiado para su portador. Pasó la punta de la lengua por sus labios secos y dijo: «¡Adiós, amigo!», tras lo cual hizo un gesto con las manos como si fuera a añadir o a hacer algo, pero se largó sin decir ni hacer nada más, y enfiló la carretera de acceso lentamente, como arrastrando una pesada carga. Sólo se volvió una vez, para ver si le seguía Sargon, y estaba pálido como el amanecer.

–¿Te vienes, Sargon? –preguntó.

–¡Aún tengo que explicarle una cosa! –gritó Sargon.

–No –dije–. Yo no formo parte de vosotros. Yo soy el 1 y vosotros sois el 2. Él ha cortado la relación, ahora ya no necesito oír nada.

Pero me agarró del brazo y tiró de mí suavemente para que le siguiera.

–Hasta la carretera principal ¿vale? –me rogó. Y hasta la carretera principal me estuvo contando, la boca ancha y rosada, los ojos casi ocultos en el hinchado rostro gris, cosas de Sargon. Sí, me contó que había escrito poemas, y que al fin había abandonado la escritura porque lo único que lograba hallar en el papel era a sí mismo, a sí mismo desquiciado–. Lo he intentado con la filosofía –prosiguió, y así iba hablando sin parar, y escuché mencionar a Tomás de Aquino y sus cinco vías para demostrar la existencia de Dios. Seguro que ésa es la respuesta, había pensado él, todo encajaba; pero la negación simplista del Creador por parte de Schopenhauer le había desconcertado. Todos los filósofos acababan por confundirlo, y sus contradictorias seguridades al fin le hacían sentirse inseguro. Acusadamente inseguro, pues si bien en el estudio de sus obras no había ido más allá de los comentarios populares, las citas contenidas le habían dejado una huella que él había considerado el aroma de la verdad.

–He renunciado –dijo.

–¡Sargon! –gritó Heinz, que ya estaba bastante lejos.

–Más vale que regreses –me dijo Sargon. Nos despedimos y yo volví al lado de Fay.

–Se han ido –dije, y ella dijo que yo también debería irme, y por eso subí a coger la mochila; pero cuando volví a bajar Fay no estaba allí para despedirse. Tal vez se había subido al muro y estaba ahora al otro lado cogiendo flores, o jugando a la pelota. No lo sé; en cualquier caso, yo me marché; y puesto que yo era el 1, me dirigí al norte.

En la tierra del Mosa y el Waal trabajé en la recolección de cerezas porque me había quedado sin dinero. Recorriamos los huertos con una carraca para ahuyentar a los estorninos. «¡Uoh uuuh, uoh uuuh!», gritábamos y le dábamos a la carraca y golpeábamos una lata. Una vez acabada la recolección de cerezas partí hacia la isla de Texel para arrancar hierbas y luego desenterrar tubérculos. No recuerdo mucho de eso: la tierra estaba mojada por la mañana, seca y dolorosa por la tarde, cuando el sol estaba alto. De rodillas en el suelo, desenterrábamos los bulbos con las manos y después los metíamos en unos grandes cedazos, que agitábamos de modo que saltasen los restos de tierra. Y recuerdo que a veces llovía y entonces nos tumbábamos sobre la vastedad del campo que trabajábamos, tal si estuviéramos acariciando la tierra, amorosamente, como deseando regresar a ella. Porque aunque quizá no sea cierto, muchos de nosotros hemos tenido a veces la sensación de haber nacido de la tierra más que de una mujer.

Hice todo eso para ganar dinero, porque quería seguir buscándola; y así lo hice, en Holanda, pero no la encontré; luego en Alemania, y tampoco di con ella. Y así llegó septiembre, y una mañana otoñal, bien temprano, crucé la frontera de Dinamarca.

Al pasar el control de pasaportes miré el sello y vi: «KRUSAA, Entrada». Miré a mi alrededor, y vi que en realidad allí estaba ella.

5

Quien acabe de cruzar el control de pasaportes y llegue ahora a Krusaa, quizá aún pueda verme. Estoy a la derecha de la carretera, junto a los matorrales, diciéndole a ella:

–Hola, te he buscado por todas partes.

Ella llevaba en ese momento una chaqueta de terciopelo negro sobre los ajustados pantalones de pana y unos pequeños zapatos de niña atados con correas a sus pies desnudos.

–¿No tienes frío con los pies al descubierto? –le pregunté–. Aquí ya ha llegado el otoño.

–Sí –dijo ella–. Compraremos calcetines en Copenhague.

–A lo mejor podemos conseguirlos antes, si nos para algún coche que no vaya directamente a Copenhague. Pero mientras tanto puedes ponerte unos míos.

Así hizo, pues mis pies no eran mucho más grandes que los suyos, y luego nos echamos a la carretera. Ella llevaba en su mano izquierda un par de cajas alargadas y planas. Había unido las asas con cordones de los zapatos para poder transportarlas más fácilmente. De su brazo derecho colgaba un bolso con ropa y algo de comida.

El primer coche que paró nos llevó a Aabenraa, y ahí compramos calcetines, y jugamos a las cartas en un café.

«No voy más allá de Haderslev» –dijo el siguiente conductor. Sin embargo, nos llevó hasta Copenhague, y nunca supimos por qué, pues no nos dirigió la palabra. Era por la tarde cuando nos recogió y había anochecido cuando nos dejó en las afueras de Copenhague. Como él no decía nada, nosotros tampoco hablábamos entre nosotros. Ella volvió a hablarme en el transbordador, después de que el hombre nos dejara solos. Estábamos en la parte de atrás, reclinados sobre la barandilla de cubierta, mirando el rastro de la embarcación en el agua y cómo se encendían las luces en Nyborg, pues estaba cayendo la noche.

–¿Qué te gusta hacer? –me preguntó ella.

–Me gusta leer, y mirar láminas, y me gusta ir en autobús al atardecer, o de noche, como cuando estoy de fiesta en casa de mi tío Antonin Alexander.

–¿Y qué más?

–Sentarme junto al agua –dije– y caminar bajo la lluvia, y a veces besar a alguien. ¿Y a ti?

Reflexionó un instante y luego dijo:

–Cantar en la calle, o sentarme en la acera y hablar sola, o llorar porque está a punto de llover. Pero ninguna de estas cosas se pueden hacer; no puedes sentarte en la acera y ponerte a hablar sola, porque la gente te toma por loca, y entonces te tienes que marchar.

–¿Y qué más te gusta hacer?

–Pensar que soy como mi abuela.

«¿Cómo es tu abuela?», me pregunté, y antes de que se lo preguntase ella contestó:

–A veces es un poco rara, incluso para mí, porque vivir sola hace difícil la relación con los niños.

«Tú no tienes ninguna abuela –pensé yo–, no es verdad; si la tuvieses me lo habría contado Maventer.»

–Ya es vieja y muy recta, y a menudo se enfada con nosotros, los niños, sin que sepamos por qué. A mí me da mucha pena, porque ahora todos critican su manera de vivir. Nadie entiende que es un espíritu salvaje que vive y sufre en un rincón, donde pronto morirá. Creo que se parece mucho al mes de noviembre. Me han dicho que tiene las piernas llagadas y llenas de arañazos a causa de las raíces, las espinas y los troncos de los bosques por los que camina durante varias horas. Siempre anda sola y con una hoz en la mano. Alguna vez la he seguido. Es

como un animal del bosque, un animal salvaje en busca de un lugar apropiado para morir solo.

Supuse que ésa era la imagen que ella había creado de sí misma, para cuando fuera vieja, aunque no estoy del todo seguro. Debajo de nosotros saltaba la espuma, y la vimos jugar con la luna, que trataba de mantenerse a la velocidad del barco. Pero fue en la ciudad, avanzada la noche, cuando nació nuestro propio juego, porque era ya tan tarde que en lugar de irnos a dormir preferimos coger un tranvía hasta donde viésemos agua; y el nombre de ese lugar era Nyhavn.

–Ahí hay un pequeño bote –dijo. Dejamos nuestro equipaje en el muelle y nos sentamos dentro.

–¿Cómo te llamas? –pregunté, aunque ya sabía que se llamaba Marcelle, pues me lo había contado Maventer.

–Tienes que buscarme un nombre –dijo, y se volvió hacia mí, muy rápidamente, de manera que el bote se balanceó durante un instante en el agua. El viejo marfil de su rostro se hizo extraño y rígido ante mis ojos.

–Estás tan cerca ahora –susurré–. ¿Puedo sostenerte la cara? –y como no contestó, puse las manos alrededor de su cara, pues estaban hechas para eso: la forma de sus altos pómulos encajaba a la perfección en las palmas de mis manos–. Cierra los ojos –dije. Quería que cerrase los ojos para besarla en los párpados, que tapaban ahora sus ojos temblorosamente, morados como esas flores (no recuerdo el nombre) que a veces se ven junto a los terrenos pantanosos en el sur.

–Te llamaré Champiñón –dije, y luego la solté, con cuidado, temeroso de que mis manos le lastimaran la cara. De pronto se echó a reír, y su cara se cubrió de dulzura, mientras que la luz jugueteaba en sus dientes, ocultándose y persiguiéndose a sí misma bajo los ojos, grandes y todavía indescifrables–. ¿Qué hay en esas cajas? –pregunté, creyendo que no me lo iba a querer decir, ya que tampoco me había dicho su nombre. Pero desató los cordones y abrió las cajas.

–Éste es mi séquito –dijo–. Voy a convocar a la corte –y seguidamente se transformó en princesa. Era un pequeño gramófono con discos–. Y eso también pertenece a mi séquito –dijo señalando un librito que asomaba por encima del borde de su chaqueta–. ¿Y si llamo a mi séquito?

«Sí», pensé, y dije:

–¿Por qué no?

–Pero entonces tú también has de llamar al tuyo.

«Yo no tengo séquito», quise decir, pero me acordé de todo lo que Maventer me había contado de ella, y por eso contesté:

–Creo que sí lo llamaré; creo que sí.

–Supongo que tú también tendrás un libro.

–Sí –admití, pues aunque la mayoría de la gente encuentre extraño que uno lea poemas, pensé que ella seguramente no se reiría de mi afición. Le enseñé el librito que siempre llevo encima, y en el que escribo mis poemas favoritos.

–Bien –asintió ella–. Es como el mío, un buen séquito, *un très noble cortège*. ¿Tienes un peine?

Le entregué mi peine, y ella se peinó y se arregló la ropa, y me dijo que yo debía hacer lo mismo.

–¿Por qué? –pregunté, pero ella no respondió y quiso saber dónde estábamos–. En un bote de remos –dijo–. En el Nyhavn, Copenhague.

–Sí –dijo, como si eso le pareciera muy importante–, y ya nos hemos peinado, así que considero que estamos preparados para recibir al séquito.

Puso un disco, el *cortège* de una sonata de Domenico Scarlatti y entonces tuve una fantástica visión. Vi tres botes decorados con asteres y escabiosas navegando hacia nosotros desde el Havngade. En el primer bote, engalanado con los colores del otoño, los músicos de una orquesta de cámara permanecían sentados, inmóviles, aunque tal vez se movía la plata de una peluca bajo la luz o el encaje de alguna chorrera. Pero eso no era importante; estaban todos allí sentados como estatuas, mientras el clavicordista tocaba el *cortège*.

–Es el propio Scarlatti –susurró ella, y yo recordé que ése era el hombre que a veces venía a visitar a mi tío Antonin Alexander y a quien me presentó en una ocasión, sin que yo llegara a verlo.

–¿También están ahí los otros? –pregunté, pero sólo habían acudido los compositores que aparecían en sus discos.

–Ese pelirrojo de ahí atrás –señaló–; ése es Vivaldi –y la vi sonrojarse un instante, cuando éste se inclinó para saludarla.

Los botes pasaron junto al nuestro.

–Si miras en nuestros libros los reconocerás. Mira –dijo, colocándose el librito abierto en el regazo. Vi que los

hombres conversaban entre ellos en voz baja y noté que algunos de ellos llevaban trajes de tiempos remotos, ya olvidados, y que algunos eran viejos y estaban muy cansados, y que, en realidad, todas aquellas caras tenían un aire de vejez.

Ella me tocó con el codo:

–Ahí está Paul Éluard.

–¿Por qué está él aquí? –susurré al verlo, y entonces ella me señaló algo en su librito. En un momento en que las nubes dejaron de tapar la luz pude leer estas líneas:

avec tes yeux, je change comme avec les lunes

y

Pourquoi suis-je si belle?

Parce que mon maître me lave.

Paul Éluard nos dio la mano y se sentó un rato a charlar con nosotros. Así mismo hablé con mucha gente durante aquella noche. Y yo también le presenté a ella los miembros de mi séquito, como E. E. Cummings, porque había escrito el poema que dice: «Somewhere I never travelled, gladly beyond any experience, your eyes have their silence...», y porque el poema acaba así: «the voice of your eyes is deeper than all roses, nobody, not even the rain, has such small hands».

Y ahí estaban otros personajes de mi libro; como mi Bécquer de España: «yo de ternura guardo un tesoro...»; y también del suyo: «mas non sai quoras la veyrai, / car trop son nostras terras lonh...». Con el hombre que había escrito esto ella habló en la lengua que yo había oído en aquel pueblo cerca de Chez Sylvestre, y por su forma de vestir deduje que se trataba de un trovador. Se trataba de Jaufré Rudel y junto a él estaban Arnaut Daniel y Bernard de Ventadour.

Fue una noche mágica, pues la ciudad se mantuvo silenciosa a nuestras espaldas, y en los momentos en que la orquesta no tocaba, hablaban los hombres de las tres barcas que como una herradura rodeaban nuestro pequeño bote de remos. Acompañado de una suave música, Hans Lodeizen volvió a pronunciar estas palabras:

Vivo en otra casa;

a veces nos encontramos.

Siempre duermo sin ti

y siempre estamos juntos.

Y hasta vino Paul van Ostayen, con el Arlequín verdemar y la Colombina rosa pálido de su polka insignificante. Así convocó ella su corte en Nyhavn aquella noche, y al rayar el alba, cuando la ciudad empezó a palidecer, partieron los botes y nosotros regresamos, caminando al filo del agua hasta donde estaba la gente.

Sin embargo, no le dije que la amaba quizá hasta una semana más tarde, pues para entonces ya la había visto al sol y bajo la lluvia, formando parte de una o de otra brisa marina y hablando en voz baja en el frío del primer amanecer, cuando no habíamos dormido, o de noche, durmiendo apoyada en mi hombro, en el asfixiante calor de un camión mientras recorriamos las carreteras de Suecia. Y nos conocíamos porque estábamos juntos, zarpando de Elsinor, con el castillo de Hamlet detrás de nosotros, y durmiendo en los bosques del lago Vänern, donde las noches están colmadas del misterio de lo antiguo y se puede sentir la ira de Loki tras las caprichosas y siniestras sombras.

Se lo dije, por tanto, en Estocolmo. Y acaso, nunca se sabe, tampoco se lo hubiera dicho entonces de no haber estado lloviendo; porque yo no creía que ella me amase, y en tales casos es mejor no decir esas cosas. Pero llovía, y puesto que siempre buscábamos el agua, estábamos tumbados bajo un puente, el Kungsbron, resguardados de la lluvia en un hoyo entre el firme de la carretera y el suave arco sobre el que descansaba el puente. Los coches pasaban por encima de nuestras cabezas y yo dije:

–*Je t'aime* –pero ella abrió los ojos, me tocó la cara y la acarició unos instantes antes de responder, si es que esto es una respuesta:

–*Bien sûr.*

Luego aún estuvimos tendidos en silencio durante mucho tiempo, hasta que ella empezó a hablar de nuevo:

–¿Sabes que me voy a ir?

–No –dije yo–. No lo sabía –y supe que iba a perder este juego, porque la amaba, porque nos ajustábamos el uno al otro como dos manos que se entrelazan y sin embargo, ella se iría.

–¿Sabes que la vida es una tarea agradable? –me preguntó, y sin darme tiempo a responder prosiguió–: Continuarás buscando las más mínimas certezas, creo yo, y continuarás tomándole cariño a la gente y a los lugares, pues eso es lo que siempre has hecho, y por encima de todo, el mundo te seguirá pareciendo agradable. Yo hago lo mismo, aunque apenas sepa quién soy y no tenga la menor idea de por qué estoy aquí. Tal vez sólo existo para asombrarme y para observar a la gente y ver que la vida es un consuelo para sí misma; aunque pienso que eso sólo lo puedes ver si opinas que este mundo es el peor de los mundos posibles, triste, desesperanzado y condenado a perecer; y sin embargo, por idéntica razón, este mismo mundo es algo maravilloso, algo que despierta la ternura y que, sobre todo, es agradable.

Después se quedó en silencio y yo la aupé ligeramente para que pudiera descansar en el recodo que formaba mi brazo. La lluvia no cesaba y brotaba delante del hoyo como flores en una ventana, y pensé que lo agradable del mundo nace de nuevo con cada nueva persona, que es algo que no puede ser explicado y que en fin, como me dijo tío Antonin Alexander, «el paraíso está aquí al lado». Y comprendí que también nosotros somos maravillosos y despertamos ternura, porque somos frágiles, dioses frustrados, condenados de antemano, cada uno de nosotros. Pero siempre podemos jugar; todo el mundo puede jugar.

Amarla fue algo extraño; aunque bien mirado hubiese sido extraño amar a cualquiera, pues nunca antes había amado. Reparaba en todo lo que tuviera que ver con ella: en su rostro, que a veces sentía en mis manos como si yo mismo fuese a crearlo de nuevo; en las cosas que decía y que no decía; en la manera como se preparaba para recibir a su corte, peinándose el cabello y pintándose los labios con un pincelito. Hacía todo esto con la misma seriedad que un niño al jugar con los objetos de los adultos. El último gesto de la ceremonia consistía siempre en que yo frotaba la suave piel del dorso de sus orejas con el perfume Ma Griffe de Carven.

Al día siguiente nos sentamos en el Saltsjön bajo los pesados robles de Djurgarden, desde donde contemplamos los barcos que iban y venían en la ruta del mar Báltico. Las cornejas chillaban ruidosamente sobre nuestras cabezas, anunciando la cercanía del invierno, y el otoño ya se había extendido por todos los rincones, especialmente del interior, por donde marchamos los días siguientes de camino hacia el norte.

Aquella noche de tormenta aún tenía que perderla. Habíamos viajado a través de Laponia y descendido de nuevo a lo largo de las costas de Noruega hasta Nordfjord. Acurrucadas ante la boca del fiordo, las montañas parecían adoptar la forma de poderosos animales, retumbaban y bramaban con la tormenta, y oíamos también el rugido y el aullido del agua. La lluvia nos azotaba, y sosteniéndonos uno a otro nos dirigimos a un cobertizo que habíamos divisado desde la carretera.

Encendí mi linterna y vi que me estaba mirando. Advertí tal vez por primera vez el color de jaspe rojizo en sus ojos.

Me miró tal como me había mirado una vez que no se sentía muy bien, cuando estábamos en el norte, cerca de Abisko.

–¿Estás enferma? –le había preguntado entonces–. ¿O es que estás sencillamente triste?

Y ella había reído antes de responder:

–*O, mais tu sais que les filles ont des ennuis chaque mois.*

Esta vez dijo:

–Estamos tristes.

–Sí, porque te vas a ir.

Estábamos a cierta distancia, y de repente vino hacia mí. Yo la cogí, la recosté en el suelo y la besé. La sujeté muy fuerte, como si pudiera impedir que se fuese, porque sabía que se iba a ir. Lo sabía, como sabía que la había buscado y la había encontrado, que me pertenecía y que, a pesar de todo, se marcharía sola. Me acarició la espalda mientras yo la tenía en mis brazos. Tomé su cabello entre mis labios y probé su sabor. Yácidos así durante mucho tiempo, yo ya perdiéndola y ella preparándose para marchar.

–Tengo que levantarme –susurró–. Debo irme ahora.

–No –dije yo–. No puedes irte ahora; está lloviendo y te pondrás enferma.

–Sabes que voy a irme –dijo–. Sabes que tengo que estar sola; no puedo quedarme con la gente y vivir con ella.

–Conmigo sí –dije–. Conmigo sí puedes vivir. Conmigo puedes jugar, siempre. ¿no es así? Puedo darte seguridad en las cosas. Hemos estado jugando juntos todo este tiempo, ¿verdad? Durante todo un viaje.

–Lo sé –ella mantenía mi mano bien asida–. Eres el único con quien podría vivir, pero no quiero; quiero estar sola y tú lo sabes.

Sí, pensé, lo sé.

–¿Volverás? –pregunté, y ella respondió que no volvería. Y yo dejé que se fuera. Y lloré.

–Llueve –dije–. Está lloviendo –pero ella no dijo nada más. Colocó sus dos manos alrededor de mi cuello y me dio un beso en la boca, un beso muy largo. Luego salió del cobertizo, y con las manos aferradas a la puerta la vi desaparecer. La luna la iluminaba a veces desde detrás de una masa de nubes, y en esos momentos ella parecía una muchacha que hubiese venido de la luna, hacia donde se disponía a regresar ahora movida por la nostalgia. Yo lo vi y grité:

–¡Tienes que volver! ¡Regresa! ¡A donde quiera que vayas te encontrarás con lo mismo! –hasta que ya no pude distinguirla, y me quedé solo.

Mucho tiempo después, o quizá no tanto, regresé a casa de mi tío Alexander.

–¿Eres tú, Philip? –me preguntó cuando entré por el jardín.

–Sí, tío –respondí yo.

–¿Traes algo para mí?

–No, tío –dije–. No le he traído nada.

Junio-septiembre de 1954

Cees Nootboom

Epílogo

Hace mucho tiempo –una eternidad de casi cuarenta años–, un joven con quien comparto nombre y apellidos estaba sentado en una biblioteca municipal de una pequeña ciudad de provincias en los Países Bajos. Estaba escribiendo este libro. Debido a las continuas maquinaciones del tiempo, yo ya no me parezco a él. Sin embargo, cuando me muestran una fotografía de ese flaco extraño con su penetrante mirada romántica, me doy cuenta de la cruel desfiguración de este rasgo juvenil que había tomado forma en mi cara.

En aquel tiempo él estaba marcado por el caos de la guerra y la educación medieval recibida en una escuela monástica de los agustinos; pero, sea como fuere, se las ingenió para mantener vivo un sueño que no poseía relación alguna ni con él mismo, ni con la realidad holandesa. En pocos meses el sueño habría de adquirir forma concreta en este libro, como dictado por una instancia que jamás iba a tener nombre.

El libro se publicó, y a partir de ese momento el joven fue reconocido en su país como escritor. Él era probablemente el único que era consciente de que ése iba a ser durante mucho tiempo su único libro. La realidad de aquel verano de 1954 no parecía corresponderse del todo con su sueño. Transcurridos muchos años, después de haber viajado por gran parte del mundo y de maneras muy diferentes, escribiría un libro más extenso, y después bastantes más.

Cuando se le mencionaba su primer libro –a quien se había ido transformando inevitablemente en ese otro yo, que soy yo mismo– le embargaba una desagradable sensación, como si no fuera realmente suyo. Evitaba su lectura, como quien ocasionalmente evita contemplar su propio retrato, y no precisamente por miedo o tristeza, sino sencillamente porque el misterio del paso del tiempo se ha hecho demasiado desconcertante. El libro, lo mismo que el retrato, se opondría a esa combinación, perdida para siempre, de inocencia imposible, poder del sueño y feliz inexperiencia. Cuando, a pesar de ello, echaba una ojeada a una página o a un capítulo, se sorprendía de reconocerse hasta en el último detalle. No había recorrido aún suficiente mundo como para ocultar algo, y así pues, prefería ignorar a ese joven desconocido y considerarlo como un improbable yo prehistórico, que de alguna manera había conseguido no morir, sino exigir una entrada en su vida posterior.

Al cabo de un tiempo, tras todos esos años de menosprecio, el joven estaba en California, al otro lado del mundo, dando vueltas por un aula, donde un grupo de estudiantes de su edad escuchaba a un hombre mayor de 53 años, que hablaba con palabras casi de disculpa acerca del libro escrito por ambos. Pero esta vez el joven autor contó con aliados y así, cuando el hombre mayor adujo el «terrible paso del tiempo» como razón por la que ignoraba el libro en favor de sus posteriores trabajos, los estudiantes le mostraron su desacuerdo y le explicaron el libro. Le dijeron que no tenía derecho alguno a censurar al joven, que ya no era asunto suyo, que a ellos les gustaba que el joven hubiera publicado el libro en el lenguaje de ellos, y que él, su profesor, era demasiado viejo para comprender un libro de este tipo. Citaron nombres y frases del libro que él recordaba vagamente y se sintió avergonzado y satisfecho al mismo tiempo. Algo había sobrevivido de alguna manera durante todos esos años, y ahora ese algo inefable le era devuelto a través de esos ojos jóvenes y de esas voces jóvenes. Si bien no estaban éstos en condiciones de devolverle el tiempo perdido, a través de sus voces pudo él, sin embargo, escuchar esa única voz inequívoca que una vez, durante un verano holandés muchos años atrás, inició una historia, aparentemente sacada de la nada, con las palabras: «Mi tío Antonin Alexander era un hombre extraño».

Título original: *Philip en de anderen*

Edición en formato digital: julio de 2010

© Cees Nooteboom, 2010

© De la traducción, Pedro Gómez Carrizo e Isabel-Clara Lorda Vidal, 1999, cedida por Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)

© Del prólogo, Rüdiger Safranski

© De la traducción del prólogo, María Condor, 2010

© 2010, Ediciones Siruela

calle Almagro, 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-741-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Cubierta	2
Portadilla	4
Prólogo	5
Philip y los otros	10
Libro primero	13
Libro segundo	35
Epílogo	70
Créditos	71